







- 2 de 3

ANT 400

XIX

937

LITERATURA,

HISTORIA Y POLÍTICA.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Editores: los SRES. SAN MARTIN Y JUBERA.

Imprenta á cargo de Julian Peña , Alcalá, 44.

R. 31.199

LITERATURA,

HISTORIA Y POLÍTICA,

POR

D. JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

MADRID.

ANTONIO SAN MARTIN,
Victoria, 9.

AGUSTIN JUBERA,
Bola 11.

1864



La Coleccion que ofrecemos al público, bajo el triple título de LITERATURA, HISTORIA y POLÍTICA, comprende aquellas obras, ya de nuestra juventud, ya de nuestra edad viril, que, no formando un cuerpo importante para imprimirse ó para durar por sí solas, nos han parecido, sin embargo, no indignas de ser guardadas y conservadas.

(Quizá será equivocado este juicio: quizá no merecerian ellas, más que otras, traspasar el instante de su nacimiento, ni presentarse con ese anhelo de perpetuidad. Podemos errar en tal presuncion, como han errado muchos. Protestando de nuestra buena fé, nada tendremos que decir, y nada diremos contra el fallo, que válida y soberanamente las juzgue y nos juzgue.

Es la verdad que v^{an} pasando los años; que se nos va escapando la vida; que vamos dejando atrás todo lo transitorio y perecedero, para venir á caer en lo perdurable. Es la verdad que empezamos á existir de recuerdos más que de esperanzas. Es la verdad que, viendo desaparecer á tantos con quienes hemos seguido la áspera carrera del mundo, nos hallamos sólo, nos sentimos tristes, y en la natural repugnancia á morir por

entero, pensamos en lo que pueda rodear, despues de estos breves dias, nuestro nombre y nuestra memoria.

El deseo de la inmortalidad es una condicion de la naturaleza humana: el afan del aprecio público lo es de nuestra honra y nuestra dignidad. Dios ha puesto en el fondo del alma esos sentimientos indelebles, que confirman lo eterno de nuestro sér, y lo noble de nuestro origen. La Religion misma, asegurándonos una existencia futura, dándonos la esperanza de una felicidad inefable, no condena, sino que dirige mejor al purificarlos, los propios sentimientos.

¿Qué mucho el que queramos ser conocidos y estimados, ya de los que nos encontraran en esta peregrinacion, ya de los que posteriormente tengan noticia de nosotros? ¿Qué mucho el que deseemos no se pierdan de todo punto nuestras obras, si las hay entre ellas que nos parezcan distinguidas ó apreciables, ya que no extraordinarias, ni sublimes, ni sorprendentes? ¿Qué mucho, en fin, el que nos propongamos hacer por nosotros mismos esta eleccion, y no la abandonemos, ni á los azares de la casualidad, ni á las ciegas aventuras del mercantilismo y del interés?

Siempre nos ha parecido mal que el hombre que ha escrito larga, y como es necesario desigualmente, en su vida, no separe él propio lo que estima producto de meditacion, trabajo de arte y de conciencia, de aquello que no tuvo importancia, y que destinado para un dia sólo, cumplió su objeto al llenarlo. Siempre nos ha parecido una profanacion que personas extrañas registren con avidéz los papeles del que muriera, para entresacar de allí lo que no pueden juzgar con su criterio, y para estampar lo que él quizá no hubiera dado á la luz pública. Siempre hemos rechazado con disgusto la idea de las *obras*

completas, ordenadas por los herederos ó los amigos de los herederos; así como hemos recibido con placer las *obras escogidas*, preparadas por los mismos autores. Hoy que tanto se habla de *propiedad* en los productos de la mente, debíamos no olvidar que tambien es una parte de ella el derecho de no poner en circulacion tales productos.—Sabemos sin duda que no es una regla universal la que estamos enunciando: que fué menester infringirla á fin de que existiese la Eneida; que todo borron que se encontrara del que escribió *El Quijote*, seria de un inapreciable valor en la historia de las letras españolas. Mas aquí hablamos de los hombres comunes, ó poco más que comunes, y no de los príncipes de la ciencia ó de la literatura de cualquier nacion; aquí hablamos de nosotros mismos, del que traza estas líneas y de los que ordinariamente han de leerlas:—los pensamientos vulgares y la norma usual no se aplican ni se aplicaron nunca á los Cervantes ni á los Virgilio.

Nuestra vida intelectual, si no ha producido altos y preclaros frutos, ha sido por lo ménos activa y fecunda. Amamos el saber desde niños: nos dedicamos de muy luego al estudio: empezamos á imaginar, á pensar, á escribir, más temprano de lo que era costumbre por aquellos tiempos. El consejo de un padre cariñoso é inteligente nos impelia y nos sostenia en este camino, por donde despues habia de llevarnos, no sólo el gusto sino aun la misma necesidad. A la par con el latin, con la filosofía y con las matemáticas, devorábamos las Poesías de Melendez y las Comedias de Calderon: entre una disertacion sobre la tutela y otra sobre el derecho de tanteo, brotaba de nuestra mente un romance descriptivo, una oda á la libertad de Grecia, ó un acto de tragedia de la escuela de Racine. El arte y la literatura eran nuestro deleite y nuestro amor: un porvenir artís-

tico y literario, una reputacion de poeta, eran nuestro ideal, nuestro anhelo, nuestra esperanza.

No escribiendo aquí unas Memorias, sino el Prólogo de la presente *Coleccion*, es innecesario decir cómo esas inocentes y bellas aspiraciones tuvieron que ceder el puesto á las más graves y laboriosas de la jurisprudencia y de la política. El torbellino de la época hubo por una parte de arrastrarnos; y los deberes apremiantes de una situacion no holgada nos lanzaron, por otra, en la carrera y en los compromisos del foro. Quien se habia criado para ser hombre de letras, vino á ser Diputado á Córtes, Orador de Parlamento, Consejero, Embajador, Ministro; y á rellenar los intervalos de esa existencia azarosa con la Fiscalfía del Tribunal Supremo, y más aún, con la simple y constante profesion de Abogado.

Pero la idea artística, pero el gusto de lo bello, pero la memoria y la adoracion perpétua de lo que habia sido nuestros primeros amores, eso, no salió jamás de nuestra alma. Siempre que nos fué posible volvimos los ojos á las puras letras y á las puras artes, buscando en ellas descanso y consuelo; aun sin perjuicio de dar la forma más literaria que cabia en nuestras facultades á las ásperas y secas tareas de nuestra comun y forzosa ocupacion.

Nuestras obras de derecho corren impresas por el mundo, y han tenido una fortuna que nos halaga y nos envanece. Algun periódico jurídico en que tomamos parte (el *Boletin de Jurisprudencia*), alcanzó un éxito superior á toda fundada esperanza. El *Comentario á las Leyes de Desvinculacion*, y el que corre unido á él *sobre los Recursos de Nulidad*, no han contado ménos de cuatro ediciones. *Las Lecciones de Derecho Penal*, que dimos en el Atenéo, son libro de texto en casi todas las Repúblicas Hispano-Americanas. El *Comentario al Código Penal* está ya ne-

cesitando una tercera impresion. Por último, la principiada obra sobre *las Leyes de Toro*, ha sido recientemente recibida, en cuanto vió la luz pública, con una benevolencia, con un favor extraordinarios. Empeñados y comprometidos más por tales distinciones, nuestro deber y nuestro conato se cifran en terminarla de un modo que no las desmerezca.—Todos esos trabajos forman una série especial, en la que por ahora nada tenemos que hacer aparte de concluiría.

Otro es el objeto presente, como queda dicho al principio de estos apuntes. Si en lo tocante á las ciencias del Derecho nos conoce el público cuáles somos; si en lo respectivo á Artes nos ha juzgado ó nos puede juzgar tambien por nuestro libro *de Italia*; quizá no sucede lo mismo hoy en historia y en política, y de seguro no sucede en literatura, en cuyos terrenos, ó no se han publicado, ó están diseminadas entre otras mil de escasísima importancia, las obras á que damos algúna en nuestro sincero juicio. Justa estimacion ú orgullo, dignidad ó vanidad,—lo que sea,—ya hemos dicho que no queremos morir completamente, y que deseamos rodear nuestro nombre y nuestra memoria de lo que creamos noble y honroso. Si es, en efecto, justa estimacion, cumpliremos al realizarlo un acto útil: si es meramente decepcion orgullosa y vana, será por lo ménos una ilusion inocente, que á nadie perjudique, que á nadie dañe.

Esta *Coleccion* va á tener tres partes, como lo declara su propio título. En la primera, denominada LITERATURA, nos proponemos comprender las pocas *poesías líricas* que hemos conservado de las muchas escritas en nuestra juventud; tres *tragedias ó dramas* que compusimos; y por último los *discursos académicos*, que en diversas ocasiones pronunciamos, y que no nos parecen indignos de recogerse y durar. Tales obras formarán

dos tomos.—En la segunda seccion, denominada HISTORIA, vamos á comprender: 1.º Lo que llamamos hoy «*Introduccion á la Historia de nuestro tiempo*,» y que dimos á luz hace más de veinte años, con el nombre de «*Introduccion á la historia de la Regencia de la Reina Cristina*.» Este es un estudio que obtuvo gran éxito por entónces, y cuya edicion quedó muy luego agotada de todo punto.—2.º Otra obra, escrita con el título «*de la Monarquía Goda, y de su Código el Fuero Juzgo*», que sirvió de prefacio á la reimpression de éste, hecha en 1848 por la Empresa de la Publicidad. Fué un trabajo de conciencia, que no creemos desmerezca hoy mismo, y que puede bien estar en otras manos que en las de los que estudian ó consultan meramente las leyes.—Y 3.º Un «*Ensayo sobre la Historia de las ideas é instituciones liberales en España*»; lecciones que por los años de 1830 pronunciamos en el Atenéo, que así mismo lograron completo éxito en aquella sazón, y que hasta ahora no se han impreso ni publicado jamás. Tambien estas obras compondrán dos volúmenes, aunque tengamos que dividir materialmente una de ellas.—La última y tercera parte, POLÍTICA, comprenderá: 1.º Los *Despachos diplomáticos*, que sin faltar ni á secretos ni á consideraciones puedan publicarse, entre los muchos que hemos escrito. 2.º Aquellos de nuestros *Discursos parlamentarios*, desde 1840 hasta el dia, que por las materias á que se refieren, ó por las doctrinas sustentadas, merezcan conservarse. Y 3.º, y en fin, unos pocos *artículos* escojidos en nuestra larga carrera periodística, ya como muestra de nuestro modo de ver, ya como ejemplo de nuestra manera de discutir, en una tribuna tan importante y en unos tiempos tan difíciles como la que y los que hemos ocupado y atravesado.—Esta seccion pudiera ser mucho más extensa, y llenar una docena de

tomos : el deseo de que no comprenda sino lo de verdadero interés , nos hará reducirla á otros dos. Dos volúmenes bastan de seguro en tal materia para darnos á conocer, y para honrarnos ó condenarnos.

Ninguna otra cosa tenemos que decir aquí. Anunciando al público nuestro propósito , sin falsa molestia, como sin ridícula arrogancia , sólo añadiremos que ha de sernos permitido el acompañar á veces nuestras obras , especialmente las antiguas, con los juicios que en el dia, al leerlas de nuevo, nos merecieren. Seguiremos en ello la enseñanza de algun autor ilustre ; y lo haremos con tanta libertad, con tanta imparcialidad, como podrán ver nuestros lectores. Parécenos que Dios nos ha concedido la gracia de que nos veamos bien á nosotros mismos , y de que, no siendo César , ni comparables á César , podamos hablar en tercera persona, al juzgar nuestras obras, como al referir nuestros hechos todos.

Madrid , 1864.

PARTE PRIMERA.

LITERATURA.

A LA AMNISTÍA DE 1832.

«Yace, sí, yace en vergonzoso olvido
Y en polvo funeral la Musa mía,
Inútil á la plácida armonía,
Tambien inútil al letal quejido.
Yace: la llama ardiente
De férvido entusiasmo que agitaba
Mi pecho estremecido,
Que en mis ojos brillaba y en mi frente,
Cual relámpago huyó, y en lugar de ella
Helado soplo de ceniza fría

Grabó en el corazon profunda huella.

» Empero ¿qué cantar?... Extraviada
Vaga la vista en afanoso anhelo,
Y en vano pide al irritado cielo
Objeto digno de cancion sagrada.

Doliente luto oprime
Los tristes hijos de la antigua Iberia,
Con eco de afliccion su pecho gime,
Y en su rostro se escribe la miseria.
Patria de amor! de la Discordia impía
El agudo puñal hiere tu seno;

Y ese manto rasgado,
Esa lágrima fria,
Ese quejido de amargura lleno.....
No, Patria, no: mi Musa,
Cuando el Destino tu esplendor desdora,
Su grande acento desplegar rehusa:
No canto yo miéntras España llora.»

Pensaba así. Mi planta vacilante
A solitario yermo se alejaba,
Huyendo la confusa gritería:
Mi lira, en otro tiempo resonante,
Con enérgica mano desechaba:
Llanto de rabia en mi mejilla ardía... —
«¡ Salud, desierto valle, bosque umbroso,
Morada de la paz y del reposo,
Asilo dulce al corazon doliente!

¡ Salud! — mi triste pecho,

Mi pecho ¡ ay Dios ! que para amar naciera ,
 En tempestad tan áspera y rugiente
 Sólo de tí su salvacion espera.

» Más ¿ por siempre ha de ser ? ¿ Negado el día
 Nos estará de plácido consuelo ?

¿ Se ha cerrado tal vez la tumba fria ?

¿ Es de bronce quizá su oscuro velo ?

Esperad , esperad . — Yo ví tronando

Estremecerse en derredor la esfera ,

Arder los aires en inmensa hoguera ,

Conmoverse la tierra vacilando :

Y luego ví que su color brillante

El cielo recobró , la fuente pura

Su apacible murmullo ,

Y que en vez del estruendo horrisonante

Escuchábase ledo en la espesura

De enamorada tórtola el arrullo .

¿ Por qué no así... ? Del miserable humano ,

Entregando su vida á la mudanza ,

Tal el Destino decretó la suerte .

¡ Esperad , esperad !... » — « Consuelo vano

Insensato , abandona la esperanza ;

Infelice serás hasta la muerte ! » —

Tremendo són que retumbó en mi oído

Cual huracán dél polo desatado ,

O cual ronco bramido

De tormentoso mar . Sobre mi frente

Erízase el cabello

Al sonido de horror ; la voz se hiela ;
 Respiro apénas condensado ambiente ,
 Ambiente sepulcral que en torno vuela ;

Y en tanto el eco sordo

La terrible amenaza repetía
 Con nuevo són , y en prolongado trueno
 Con nueva furia el corazon hería.

¿ Quién fué , cielos ! quién fué ? — Quizá la mente

Lo que entónce mirara

Acierte á recordar ; el labio empero
 Jamás ; ay Dios ! manifestar lograra
 De la cruda vision el trance fiero.

En vano ; oh Musa ! en vano

Me cedieras tu acento y tus colores :
 Podrás cantar el hombre y sus horrores,
 El rayo , el trueno , el férvido Oceano.....

Mas no te es dado la infernal braveza
 Que se descubre en *él* ; ni esa mirada
 Que luce cual siniestro metèoro ;
 Ni su agudo puñal ; ni aquella tea

Que en azufrada lumbre
 Cual torbellino del averno humea ;

Ni la bárbara risa
 Que de su labio cárdeno derrama :
 Cuando al fulgor de la estallante llama
 Se baña en lloros y esqueletos pisa.

« No hay esperar ; triunfé. » — Con roco acento
 Así dijo su voz , que el raudo viento

Cual mujido de tumba repetía.

Entreabrir se veía

La nube oscura que su frente vela,

Y su mirada de feroz contento

Cual trueno espanta y como rayo vuela. —

« Triunfé : por siempre al carro

De mi victoria encadené la España

Con nudo indisoluble , diamantino :

Sufra el Ibero mi terrible saña ;

Mi hoguera y mi puñal son su destino.»

— ¡ Blasfemo ! iba á clamar... cuando su dedo

Tiende y señala en el inmenso espacio ;

Y á su ademan gozoso

Flamígero nublado y horroroso

Flotante miro sobre el Real Palacio.

— « ¡ Muerte , Muerte , gritaba , — Hermana mia !

Descarga la segur : glorioso dia

Prepárase por fin á mi esperanza.

Descarga la segur : su frente hiera ;

Y nuevo campo de feroz matanza

Abrir verás cuando Fernando muera.»

Mas ¡ ay !... Rayo estallante

Cruza abrasando el cielo enardecido ;

El trueno se derrama resonante,

Y estremécese el orbe á su estampido.

¿ Por qué , por qué se apaga

De su mirada atroz el fuego impuro ?

¿ Por qué ese surco sobre el rostro oscuro ?

¿Por qué helado vapor en torno vaga?
 ¿Llegó quizás... ¿llegó? — «Mónstruo execrable,
 Largo tiempo tu enseña de dolores
 En el suelo español has agitado:
 Húndete para siempre en el abismo,
 Y deja que renazcan los amores
 A la patria feliz del heroísmo.» —

Y al sonar esta voz, el alto cielo
 En torrentes derrama pura lumbre,
 Y allá del polo sobre la alta cumbre
 Luce el astro de paz y de consuelo.

Miradla: es Ella, es Ella....

Ved el leve carmin de su mejilla;
 Ved la azucena de su frente bella;
 Mirad el fuego que en sus ojos brilla;
 Su gracioso ademan; la tierna mano
 Con que del infeliz enjuga el lloro;
 Su pecho que palpita compasivo;
 El eco dulce de su hablar sonoro...
 Es Ella, es Ella, que en modesto traje
 Aun luce más. La cándida aureola
 Que su blondo cabello enseñoorea
 ¿No vale más que la diadema de oro
 Con que tal vez el crimen se rodea?...
 Contempladla: jamás tan refulgente
 El igneo sol á su cenit camina,
 Como elevando la sencilla frente,
 Angel de amor, apareció Cristina.

Apareció !... Desciende,
 Oh Musa celestial ! Las vagarosas,
 Nítidas alas por el aire tiende,
 Ceñida en torno de fragantes rosas.

Desciende ! Ya mi lira
 Se agita de placer : arrebatado
 Hierve mi pecho ; y el cantar sonoro,
 En metálico acento , prolongado,
 Mi voz eleva hasta el celeste coro.

Desciende ! Nunca , oh Musa ,
 Mayor objeto se ofreció á tu gloria :
 Nunca el alma poder de la armonía
 Fué consagrado á tan feliz victoria.
 Que canten otros mortandad , rüina ,
 De cruda asolacion el triste llanto ;
 En los plácidos sonos de mi canto
 Sólo reina el amor , sólo Cristina.

« Paz y contento á la querida España :
 (Así siguió .) Que sempiterno olvido
 Su velo de salud extienda en ella ;
 Y el bálsamo felice derramando
 De su acerbo pesar borre la huella.
 ¡ Amor y paz ! Al eco rencoroso

El cántico gozoso
 Suceda del placer y la ventura ,
 Y al afan de inquietud y de amargura
 Plácida calma de veraz reposo.

Venid : mi amante seno
 A todos se abrirá : todos iguales,

Todos mis hijos son... Cuando pisaba
 La cumbre del altivo Pirineo
 Por madre vuestro labio me invocaba...
 Pues vuestra madre ser, es mi deseo.» —

Y lo serás, Cristina; y entre tanto
 Que exista un español y arda su seno,
 De puro gozo y de arrogancia lleno,
 Madre te aclamará con tierno encanto.
 ¿Su júbilo no ves? ¿Las bendiciones
 Que llueven sobre tí? ¿Tanta oleada,
 Cual de piélagos inmenso, que á estrellarse
 Vienen, oh Reina, en tu feliz morada,
 Con tu angélica vista á consolarse?
 No; no la adulacion su lengua mueve;
 No la lisonja vil, — yo te lo juro:
 Puro es su corazon, su acento puro,
 Como el rayo del sol en limpia nieve.

¡ Ah! si tú, descendiendo
 De ese brillante sólio do presides
 En gloria eterna á la Nacion Hispana,
 Siguieras, oh Cristina, el alto estruendo
 Que acompaña á tu voz! Si penetrases
 En la morada umbría,
 Albergue un tiempo de letal tristeza,
 Y ya por tí de plácida alegría!
 Si el acento escuchases
 De tierna madre, de anhelante esposa,
 Que estrecha contra el seno sus amores,

Y enjuga el llanto y de placer rebosa!...

Entónces, Reina, entónces
 ¡Cómo gozarás tú! ¡Cuál derramando
 Lágrimas de contento, de ternura,
 Tú bendijeras el felice mando
 Que así vierte la paz y la ventura!

¡Desdichados, vivid! Rotas se miran
 De dura cárcel las ferradas puertas;
 Y en vez de muerte en sus prisiones yertas,
 Ya vuestros pechos la salud respiran.

Vivid! Mas á sus plantas
 Corred primero á presentar la ofrenda
 De vuestra gratitud, el fiel tributo
 En que se cambia el doloroso luto,
 De perdurable bien segura prenda.
 Yo á vuestro frente iré; yo... Y ¿quién osara
 No acompañar, aunque con pobre acento,
 El eco grande de placer y gloria
 Que corre ufano por el ancho viento?

¿A quién, á quien no alcanza
 La voz de la piedad?... Si tú, felice,
 Siempre fuiste *leal*, siempre prudente,
 ¿Quién te dice, insensato, quién te dice
 Que de aleve calumnia
 Exento estabas al infame diente?

¿No tuviste un hermano? no, un amigo?...
 —Perdona ¡oh Reina! si al sonar tal nombre
 Se destempla mi voz y no prosigo.

Lágrimas y no canto
 El pecho brota, pero lloro tierno,
 Lloro de gratitud, de amores llanto. —
 En prisiones moraba: lazo eterno
 Me unió con él desde la edad primera:

Un techo nos cubriera:
 Comun nos fué de niños la alegría,
 Y el pesar juvenil comun nos fuera.

Y luego... si inocente,
 Víctima triste de venganza odiosa...
 Ay! no lo sé;... pero la Parca impía

Sobre su débil frente
 La segur agitaba sanguinosa.
 Y vive! por tí vive! y á mi pecho
 Ya le puedo estrechar! y el dulce olvido
 Borró de su desgracia la memoria!...
 ¿De qué sirve el cantar? ¡Fuera la lira!
 ¡Lágrimas y no más á tanta gloria!

Y mil y mil cual yo. — Vuelan en tanto
 Los ecos de ventura
 En las alas del céfiro sonante;
 Y ni el inmenso piélago de Atlante,
 Ni del árduo Pirene la espesura,
 Los pueden contener. — ¡Hijos de Iberia!
 Vosotros ¡ay! los que en region extraña,
 Sumidos en la rabia y la miseria,
 Tornais la vaga vista
 Al claro cielo de la bella España:
 Vosotros, que flotando

De incierto mar entre las turbias olas ,
 Un vale postrimero de agonía
 Mandábais á las playas españolas ;.....

¡ Ay ! quizá vuestro acento
 Tan sólo les pedia

Do reclinar la lánguida cabeza
 Y breve espacio para tumba pia !...

Pues vosotros volved : vuestro lamento
 En júbilo tornad ; que de Cristina

A la voz bienhechora , omnipotente ,
 La valla de Pirene ya se inclina

Y el mar os presta su feliz corriente.
 Volved , volved : los amorosos brazos

Ved cual os tiende nuestra Patria cara :
 ¡ Maldicion , maldicion á quien osara

Rómper jamás tan inefables lazos !

¡ Eterna maldicion ! — Pero en mi lira
 ¿ Por qué esta voz de desventura suena ,

Cuando olvido y placer todo respira ,
 Cuando ambiente de amor el aire llena ?

¿ No lo sentís ? El estandarte ibero
 ¿ No mirais desplegar , que ondeando ,

Cargado de laureles ,
 De eterno bien el plácido sendero ,

Astro de gloria , nos está mostrando ?
 Al tremolarle la adorada Esposa ,

Del caro Rey en el doliente pecho
 Bálsamo de consuelo se derrama ;

Y en su ajada mejilla ,

Do el gozo se retrata en que rebosa ,
Lágrima dulce de ternura brilla.

Jamás , jamás , oh Iberia ,
De Pelayo la fúlgida corona
En tan augustas sienes descansara ;
Jamás tal soberana dominara
Del yerto polo á la abrasada zona.

Sigue , sigue feliz ! Mi débil Musa
Ya desfallece , oh Reina ; ya el aliento
Falta en el corazon , y la voz muere.
Más ¿ qué importa mi voz , si el vago viento
Dilatando otras mil al polo hiere ?
; Oh ! siempre , siempre así ! Siempre llevada
En sonido de amor tu fama veas :

De eternas bendiciones ,
De júbilo incesante rodēada ,
Idolo eterno de la España seas ,
Y modelo y envidia á las naciones ! —

Hora hierva en mi seno
Sangre de juventud : cuando se apague
Allá en el borde de la tumba fria
Su ardiente llama : cuando incierta vague
Mi vista débil , y la Parca impía
Con tremenda segur mi frente hiera ;
Pueda volverme á tí ! Sobre ese trono

De inmarcesible gloria
Brilles , lumbre de Iberia , aun asentada ,
Siempre de régia prole coronada ,
Que dilate á los siglos tu memoria !

Y puro gozo inundará mi pecho ,
Y de mis ojos que la muerte inclina ,
Y de mi labio trémulo y deshecho
Salud y amor te mandaré , Cristina !

(1832.)

GRECIA.

Alzaste, oh Grecia, la abatida frente,
Clamando libertad con grito osado,
Y en su trono sintióse amenazado
El déspota ominoso del Oriente.

Y despeñó en la lucha cual torrente
El numeroso pueblo esclavizado
Que se humilla á su pié; y el yugo odiado
Juró imponer á la Nacion valiente.

Al número ; oh dolor! sucumbe Ipsara ,
 Sucumbe Misolonghi ; ... mas ¿ lograra
 Del derecho triunfar ? No , no hay temerlo .

Sigue, impávida mártir, tu camino ;
 Que escrito está en el libro del Destino
 Que es libre la Nacion que quiere serlo .

(1827.)

Á LA SEÑORA DOÑA ***

EN LA MUERTE DE ***

Sí, lo sé.....que amarga pena
En tu pecho se embravece,
Y cual bárbara cadena
Le comprime sin piedad.
Tu megilla empalidece,
De tus ojos corre el llanto.....
Ese afán, ese quebranto
Muestra son de su crueldad.

Muestra son. La Parca dura
Tendió su recia guadaña,
Y quejido de amargura
En los aires se escuchó.

Detén ¡ oh ! detén la saña !
Embota ese golpe impío !
Oye, oh Muerte, el ruego mio !
¡ Ay ! el golpe resonó !.....

Y por siempre hundió en la huesa
A tu amigo virtuoso,
Y voló, leve pavesa,
La luz que brillaba en él.

De su pecho generoso
Cesó súbito el latido.....
El Arcángel del olvido
Le echó su velo cruel.—

Y tú lloras, dulce amiga ?
Llora, llora con el llanto
Que la pena no mitiga,
Sino pábulo le da.

¡ Es tan justo tu quebranto !
Cual le amabas él te amaba,
Y el destino te guardaba
La suerte que cumples ya.

¡ Llanto, llanto !..... dón del cielo,
Esperanza del que gime,
Númen de triste consuelo,

Homenaje del amor !

¡ Llanto ! Cual prenda sublime
A los hombres fuiste dado :
¡ Desdichado , desdichado
Quien no goza tu dolor !

Yo tambien... Su férrea mano
Levantó el espectro impío ,
Y con estallido insano
Se oyó su flecha crujir.
¡ Recuerdo del dolor mio !
¡ Triste y afanosa suerte !
Tambien reinó aquí la muerte :
Tambien yo he visto morir !

Y lloré ; y acerbo llanto
Ora corre por mi pecho.....
¡ Ay ! él es el himno santo
De la férvida amistad.

Cuando en lágrimas deshecho
Me humillo al pié de *su* tumba ,
Si la esfera no retumba
Los cielos claman piedad. —

¡ Oh ! ¿ qué somos ! Breve instante
De relámpago lijero ,
Soplo de cierzo inconstante
Nuestra frágil vida es.

Y en descuido lisongero
Ni la espada reparamos

Suspendida , ni miramos
La eternidad á los pies !

¡ Eternidad ! Nombre santo ,
Dulce esperanza del bueno ,
Al malvado horrible espanto
Que envenena su interior !.....

¡ Eternidad ! En su seno
Tu noble amigo respira ,
Y cuando á la tierra espira
Nace allí á vida mejor.

A vida donde no alcanza
El rigor de injusto hado ,
Do no se siente mudanza ,
Do no existe esclavitud :

Mas en placer bienhadado
Feliz por siempre se vive ,
Y el varon fuerte recibe
Premio digno á su virtud. —

El nos espera..... De el puerto
Ve las mares agitadas ,
Y en su espantoso desierto
Nuestra barquilla flotar.

El nos llama..... Apresuradas
Vuelan las horas , oh amiga.....
Te acercas..... ¿ no se mitiga
Al mirarle tu pesar ?

¿Qué tardamos? En su frente
Brilla la lumbre del cielo :
De amistad el fuego hirviente
Míralo en su pecho arder.

¡ Oh esperanza de consuelo !
¡ Oh placer ! ¡ Oh tierno amigo !
Vamos á morir contigo.....
¡ En la muerte está el placer !!!

(1831.)

¿Qué tardamos? En su punto
 En la punta del cielo :
 De amistad el fuego herviente
 Miró en su pecho ardor.
 ¡ Oh esperanza de consuelo !
 ¡ Oh placer ! ¡ Oh tanto anhelo !
 Venas á morir cortadas
 ¡ En la guerra está el placer !

(1881)
 Y en el
 Y en el

A la dulce
 El rigor de
 En el
 En el
 Y el

El
 Y
 Y
 Y
 Y

¿Sociedad Catón?... Con voz ardiente,
 Alto el punto, — a non libre soy a esclava,
 Y el pecho rompe con valiente estampo.

El crimen cortado siempre y siempre,
 La libertad á su nuncio se llama,
 Y la libertad se dice en tiempo.

(1852)

CATON.

El hierro agudo en la cansada mano,
 Fija la vista en el Phedon divino,
 Miradlo, ese es Caton... Fatal destino
 Por doblegarle se impacienta en vano.

Su patria ha perecido. Ya el Romano
 De la antigua virtud perdió el camino :
 Ya el Pueblo-Rey, el que lanzó á Tarquino,
 Se humilla al pié del vencedor tirano.

¿Sucumbirá Caton?... Con voz sublime,
 Alto el puñal,—« aun libre soy » exclama,
 Y el pecho rompe con valiente ejemplo.

El crimen coronado tiembla y gime,
 La Libertad á su mansion le llama,
 Y la Inmortalidad le abre su templo.

(1828.)

CATONE.

(TRADUCCION DEL ANTERIOR.)

Il ferro acuto nella stanca mano,
E gli occhi fissi sul Fedon divino.....
Guardatelo, é Caton. Duro destino
Per abbassarlo s'affatica in vano.

Cadde la patria, é vero. Già il Romano
Della antica virtù fugge il cammino :
Già il Popol-Ré, quel che scacció Tarquino,
I piedi baccia al vincitor insano.

Egli pur non s'umilia. Con fremente
 Voce, alzando il pugnol, — « libero ! » sclama,
 E il petto rompe in valoroso esempio :

Ed il tiran spaventasi gemente,
 Ed al suo sen la Libertá lo chiama,
 E l'Immortalitá l'apre il suo tempio !

(Roma, 1865.)

Á D.***

ENVIÁNDOLA UNA ROSA.

Emblema de tu hermosa
Es, oh querida, esta Rosa ;
Lozana , roja , olorosa ,
Fresca cual tú , cual tú pura .
Su virginal donosura ,
De su forma los primores ,
El brillo de sus colores ,
La aroma que exhala de ella.....

Nunca una rosa más bella
Nació el mes de los amores.

Yo la ví. De la mañana
El dudoso resplandor
Daba su primer albor
Entre nubes de oro y grana.
La flor esbelta y galana,
Bañada en dulce rocío,
Bajo un naranjo sombrío,
Dosel de eterna verdura,
Descubrí, y en su hermosura
Miré la del dueño mio.

Y le dije: « tú y Dolores
Sois, oh Flor, las más hermosas:
Tú, la reina de las rosas,
Ella la de los amores.
Guarnecidas de rigores
Fuísteis las dos por el cielo;
Mas yo emboto sin recelo
Tus espinas, bella Flor,
Cuando de mi dulce amor
No puedo ablandar el hielo.

» Pero tu altiveza vana
Forzoso será que humilles,
Pues no es posible que brilles
Donde está mi gaditana.
No te vale, oh Rosa ufana,

Ser de Flora dón preciado :
 No , mi dueño idolatrado
 Es dón de Vénus hermosa ;
 Y donde brilla una diosa
 Nunca una flor ha brillado .

» Y con todo , tú felice
 Que posarás en su seno ,
 Mientras yo de envidia lleno
 Te contemplaré infelice .
 ¿Qué importa que se deslice
 Como un soplo tu memoria ?
 ¿Que se reduzca tu historia
 A tan fímero durar ,
 Si en ella puedes llegar
 A la cumbre de la gloria ?

» Un dia tras otro dia
 Para mí se vãn huyendo ,
 Y con ellos van muriendo
 Los años de la alegría .
 Y en tanto la amada mia ,
 Si cada vez más hermosa ,
 Cada vez más rigurosa
 Se muestra para mi daño.....
 Yo diera de vida un año
 Por un hora tuya , oh Rosa ! »

— Perdona , amada Dolores ,
 Perdónale á mi pasion

La enardecida expresion
 Que me arrancan tus rigores.
 Esa reina de las flores
 Que te ofrezco palpitante,
 De tu pecho de diamante
 Pueda templar la esquivéz,
 Y consiga alguna vez
 Un recuerdo hácia tu amante !

(1832.)

Á UNA ACTRIZ.

«No, no fué la atrevida *Magdalena*, *
No la tierna y amante *Celestina*, *
Quienes vierten la mágia peregrina
que se difunde en la agitada escena.

» Ese férvido aplauso que resuena
Al desplegar tu boca purpurina,
Sólo se debe á tí, Juana divina,
A tí, oh mortal de perfecciones llena. »—

* * Alusión á los personajes de dos comedias que habia representado.

Así yo deliraba enardecido ,
Cuando en flotante nube de oro y grana
Al lado tuyo descubrí á Cupido :

Y «Necio , — dijo , — la que nombras Juana ,
La que llamas mortal , nunca lo ha sido ;
Hija es de Vénus y mi dulce hermana. »

(1831.)

NOCHE Y AMOR.

¡Noche que ansié!.... Con lóbrega belleza
Hieres por fin mi lánguida mirada.....
Parda bandera en el cenit alzada
 Tu mano tiende ya.
Del infelice bálsamo suäve,
Madre de amor, de plácida ternura,
Que al sol celebre quien penar no sabe.....
 Mi voz te cantará.

Mi voz , que un tiempo en férvida armonía
Resonaba con cánticos de gloria.....

¡ Ay ! sólo resta la fatal memoria

Del bien que gocé en tí.

Tu diadema de fúlgido diamante,

Ese velo magnífico que ondeas ,

Todo recuerda el venturoso instante.....

¡ Yo , todo lo perdí !

¡ A olvidar , pues !.... Complázcase en buen hora

Léjos de mí la pérvida que amaba :

Su nombre sólo en mi laud sonaba ;

Su nombre olvidaré.

Y del lauro la espléndida corona

Que á su frente solícito ceñía ,

Como Noviembre á la fugaz Pomona ,

Así deshojaré.

¡ A olvidar ! — Que del céfiro sonante

Flébil eco en mi cítara suspire :

Que el triste pecho su fragancia aspire

Empapada en la flor.

Que de su aroma el mágico beleño

Sobre mi sien sus hálitos derrame :

Cual pasa y muere vagaroso sueño

Que muera así mi amor !

¡ Pues qué ! ¿ tan sólo en cándida garganta

El goce está , ó en mórbida cintura ?

No : por do quiera la feraz Natura

Vertiendo va el placer.

Murmullo de la armónica ribera,
 Aliento de los árboles frondosos,
 Mares inmensos, estrellada esfera.....

¿Qué busco otro placer?

Mirad, mirad. Elévase al Oriente
 El astro de purísimo sosiego:
 Raudal copioso de ondulante fuego
 Derrama su esplendor.

Miradle arder en la áspera colina;
 Vedle inundar el ámbito del polo;
 Ved, si su frente en el estanque inclina,
 Llenarlo su fulgor.

Cual suspiro de párvulo adormido
 Un vago són dilátase en la esfera,
 Blando, apacible, como en tiempos era
 La voz de la que amé.

¿Fué un eco de la bóveda estrellada
 Que difunde dulcísimo embeleso?
 ¿Tierno suspiro de la mar plateada?
 ¿Voz de la selva fué?

Mortales, á tan célica dulzura
 ¡Ay! ensanchad el ánima oprimida:
 Torrente inmenso de placer y vida
 Os cerca en derredor.

Placer os clama el límpido arroyuelo;
 Placer dicen los álamos del valle;

Placer y vida en el cenit del cielo

El astro triunfador. —

Mas ¡ ay ! ¿ por qué una lágrima ardorosa
Se escapa de mi párpado abatido ?

¿ Por qué en el pecho funeral gemido

Aún pugna por brotar ?

¿ Por qué , decid , destémplase mi lira ,
Y enronquece con lúgubres acentos ?

¿ Por qué en mi labio la palabra espira ?

— Vencistes , oh pesar !

Venciste , sí : tu rígida punzada

Atraviesa mi espíritu doliente !

En otro tiempo mi encendida frente

Su mano coronó .

Y hora solo ! — ¡ Tristísima memoria
Que en mis entrañas bárbara se ceba !

En *ella* estaba mi placer , mi gloria ;

Dejóme , y feneció .

No , no hay placer . . . Fatídico silencio
Reina , oh Noche , en tu fúnebre vacía

¡ Ilusion vana del orgullo mio

Ay ! no , no puedo más !

Brillabas cual efímera centella

Cuando duerme en sus cóncavos Eolo :

Él se levanta , y apagóse ella

Para siempre jamás !!!

RETRATO.

Te voy á retratar. — Altiva frente
De onduloso cabello coronada ;
Boca donde el Amor hizo morada ;
Luceros de fulgor resplandeciente ;

Níveo seno , pequeño aunque turgente ;
Espalda por las Gracias modelada ;
Luego , breve cintura y delicada ;
Luego , anchurosa forma y prepotente.

De Psiquis piés y manos ; gallardía
Cual daba Fídias á la Cipria diosa
Que de la espuma de la mar salía.

Tez de jazmines ; hálito de rosa...—
¿ Te agrada este retrato , oh Gloria mia ?
Pues á mí no , que aún eres más hermosa.

A D***

Hubo un tiempo, oh mi Gloria, — (eterno olvido
Cúbralo siempre con su espeso manto!) —
En que eran ecos de letal quejido
 Los ecos de mi canto.
 Ingrata te creía
Al que en tu luz de amores se abrasaba;
Y el pecho entónces de furor temblaba,
Y «pérfida» en mi rabia te decía.

Mas nunca , nunca el corazon doliente
 Pudo lanzar de sí tu imágen bella.
 El dolor y el amor con planta ardiente
 Me imprimieron su huella :
 Y en vano ansiaba , en vano ,
 Adormirme en cantares de reposo ;
 Ahogábalos mi pecho borrascoso ,
 Imágen fiel del férvido Oceáno.

Rásgase empero la tiniebla oscura
 Que nos cegaba en su tupido velo ,
 Y brilla el astro de eternal ventura
 En el azul del cielo.
 ¡Perezca la memoria
 De tan aciago y doloroso instante !
 Yo seré siempre tu rendido amante :
 Sé tú siempre mi amor , siempre mi gloria !

Ven , ven ! Jamás de mi ferviente lira
 Se ha dilatado el eco tan sonoro.....
 ¿No escuchas cómo el céfiro suspira
 Entre sus cuerdas de oro ?
 ¡ Ven ! Mi agitada mente
 Cual llama sube á la celeste zona :
 Yo arrancaré á los cielos su corona ,
 Y su corona ceñirá tu frente.

Tu frente , sí , tu frente nacarada ,
 Donde el misterio del placer se anida :
 Más limpia que la luna p'atçada

En las ondas mecida.

Tu frente... y luego en ella

El beso imprimiré de mis ardores.....

¿No eres la reina tú de los amores?

¿No eres tú de mi Océano la estrella?

— Ven; que del árbol sobre el seco tronco

El velo se despliega de esmeralda;

Que muere de aquilon el silvo ronco

En la repuesta falda;

Que la rosa florece,

Y en perfume de amor baña la esfera.....

Ven; que ya la apacible Primavera

En las auras purísimas se mece.

Yo he visto ya cuando al nacer del día

Su matizada gasa tiende Flora,

Y como perlas nítidas rocía

Leve llanto la Aurora:

Yo he visto al Occidente

Sus términos llenar mares de lumbre,

Y al sol, cayendo de la altiva cumbre,

En las ondas bañar su régia frente.

Mas ¿qué es sin tí la cándida mañana,

Aunque rayo de luz el cielo dore;

Ni qué es la tarde, aunque encendida grana

Sus ámbitos colore?

Horroroso vacío,

Do no hay placer, ni amores, ni consuelo;

Flor inodora de agostado suelo ;
 ¡ Vana ilusion , estéril desvarío !

— Ven ; ¿ por qué tardas ! — La fragante rosa
 Nos ofrecen las puertas de la vida :
 Respiremos su aroma deliciosa ;

Vivamos , ¡ oh querida !

Rápido el tiempo vuela.

Cual vuela el sueño cuando el alba nace :
 En breve la guirnalda se deshace ,
 Y dentro el pecho el corazon se hiela.

¡ Gocemos sin temor , Gloria adorada ! . . .

¿ Por qué esquivar la copa de ventura ,
 Que el cielo nos ofrece tan colmada ,

Tan plácida , tan pura ?

¿ No sientes en tu pecho

Latir tambien el corazon amante ,

Y un suspiro escapársete anhelante ,

Y serte el orbe en su grandeza estrecho ?

No tiembles , no : mi labio no profana

Del amor el secreto misterioso ,

Ni se complace con teñir de grana

Tu rostro candoroso .

— ¡ Pudor ! ¡ Sagrado velo ,

De la hermosura encantador instinto !

¿ Nos dices ¡ ay ! que su natal recinto

No es este valle sino el alma cielo ?

¿ O te avergüenzas, dí, de ser tan bella? —
 Reina, reina sin par en los amores,
 Como en la tarde la fulgente estrella,
 Cual la rosa en las flores.
 Ese fué tu destino
 Desde la aurora en que nació tu día:
 Tal manda el astro que tu suerte guía,
 Virgen de amor, por plácido camino.

— ¡ Ven! Enlaza tu mano con mi mano,
 Y sigamos el linde á la ribera:
 Lleguemos hasta el álamo lózano
 Honor de la pradera.
 Como dosel sombrío
 El nos dará vivífica frescura,
 El césped de la orilla su blandura,
 Su aliento el aura, su murmurio el rio!

Mira ese azul purísimo, esplendente,
 Que hasta el cenit de el horizonte sube,
 Piélago inmenso, etéreo, transparente,
 Que no mancha una nube.
 ¡Míralo cuál retrata
 Su lumbré en el cristal terso y brillante,
 Cuál la torna ondulando, vacilante,
 El vivo fondo de la undosa plata!

Nada turba tan mágico reposo.
 Dos tórtolas, no más, allá en el cielo,
 Arrullando en concierto sonoro,

Tienden su blando vuelo.

¿Qué falta á sus amores?

¿Qué les importa el porvenir remoto

Agua el onda les da, morada el soto,

El sol sus encendidos resplandores.

¡Oh! que esa suerte nuestra suerte sea,

¡Y esa vida felice nuestra vida!

La bandera de Amor al aire ondea,

Su acento nos convida.....

Vida, placer, memoria,

Nada hay fuera de amor; puro, incesante.....

Yo seré siempre tu ardoroso amante;

Sé tú siempre mi bien, siempre mi gloria!

(1834.)

CÁDIZ.

Soñó la antigüedad alma hermosa ,
De la espuma del mar hija lozana ,
Por quien la rosa recibió su grana ,
Quien enfrenó de Marte la bravura .

Soñó también , con célica apostura ,
Etérea vírgen que de Jove emana :
La que de oliva y lauro se engalana ,
De ingenio y fortaleza deidad pura .

Ilusiones de vaga fantasía
No hubieron ser ; pero lució tu estrella ,
Y el sueño en realidad trocóse al verte .

Perla de nuestro mar de Andalucía ,
Tú eres más que la Vénus alba y bella ,
Tú eres más que la Pálas noble y fuerte !

MEDITACION.

Venid ¡ ay! sobre el aura vagarosa
Recuerdos de la patria idolatrada :
Blandos como aliento de la rosa ,
Bellos como la sombra de mi amada.

Ya el astro inmenso de enojosa lumbre
Se despeña en los mares de Occidente ;
Vaga la tarde en la celeste cumbre ,
Y el crespon ciñe á su adormida frente.

Hora de melancólica esperanza ,
 Mágico adios del moribundo día ,
 Emblema de dulcísima bonanza ,
 ¿No decís nada de la patria mía ?

Venid , alzáos como la nube de oro
 Que de grana en el piélago se mece :
 Herid mi corazón , como el sonoro
 Murmullo de la brisa que fenece.....

¡ Cuántas veces , oh tarde , en la estacada
 Do Genil rompe su bullente espuma ,
 Miramos entre el onda nacarada
 Deslizarse y pasar ligera pluma !

¡ Cuántas , bajo del álamo frondoso ,
 Sus leves hojas al llevar el viento ,
 Allá do el remolino polvoroso
 Corrió nuestro agitado pensamiento

« Ellas ruedan al mar , vuelan al cielo ,
 Y piérdense en su piélago , en la esfera ;
 Jamás , jamás retornarán al suelo
 Donde tomó principio su carrera.

« Pues ¿ quién sabe si yo también llevado
 Seré del huracan al estampido ,
 Y cual ellas por siempre arrebatado..... »
 — ¡ Pensamiento de horror ! ¿ te habrás cumplido ?

¿Acabó para mí la luz radiante
 Del cielo brillador de Andalucía?
 ¿No veré más la torre resonante?
 ¿La rica playa donde el mar gemía?....

¿La conocéis? Region encantadora
 De naranjos y olivas coronada,
 Donde sus tintas desperdicia Flora,
 Do difunde su aroma regalada.

Donde un eco de paz, vago, amoroso,
 Se dilata dulcísimo en la esfera,
 Cual suspiro del bosque sonoro,
 Cual armónica voz de la ribera!.....

Allí, allí fué donde brilló mi oriente
 Mecido de esperanzas é ilusiones;
 Donde el paterno amor sobre mi frente
 Grabó sus misteriosas bendiciones.

Allí mi mano se enlazó á otra mano,
 Bajo aquel cielo de mi bien testigo:
 Allí, donde mi labio dijo «Hermano!»;
 Allí, donde mi labio dijo «Amigo.»

Allí un ángel también..... ¡Dulce esperanza
 De inmensa dicha, de inefable gloria!
 No; la ausencia no engendra la mudanza;
 La distancia no borra la memoria.

Cual gemido del arpa que suspira
 En la paz de la noche plateada,
 Mientras la luna por los cielos gira
 Blandamente en las ondas retratada;

Tal tu memoria plácida se eleva,
 Angel de amor, en mi agitado seno;
 Y cuando el viento mis cantares lleva
 De tu nombre dulcísimo va lleno.

Porque eres bella como luz del día,
 Y pura cual las auroras del verano.....
 ¡Virgen de mi adorada Andalucía,
 Vuele tu nombre en mi cantar ufano!

Tú... mi patria... ¡Recuerdos de amargura!
 ¡Nube que bogas hácia el Sur brillante!
 Tú cubrirás su alfombra de verdura;
 Tú, el recinto do luce su semblante.

Venid, alzaos, cual se levanta ella,
 Mecida en ese mar de grana y oro:
 Venid cual viene la naciente estrella:
 Ilusiones del alma..... ¡yo os adoro!

¡Quién pudiera!.... ¡Imposible!.... Mas al menos
 Lleva mi voz, ¡oh nube nacarada!
 Dignos son ¡ay! de tu purpúreo seno
 Los nombres de mi patria y de mi amada!

Mas no coronas filial á la frente,
 Ni presas en nombre, como para
 Nube fugaz en el estivo día:

Que de Breton el número resplandeciente
 Ha vivo sol que nunca cubren nubes
 Y té la estrella á de su templo envía.

A S. M. LA REINA GOBERNADORA

DE LA CIUDAD DE MADRID

À LA SRA. D.^a TOMASA ANDRÉS DE BRETON.

Quando el rayo es alto de ventura

Bella, dulce, inocente, cariñosa,
 Constante en amistad, pura en amores,
 Por blando lecho de modestas flores
 Se desliza tu vida venturosa.

Lloró en las alas de un alvoro canto

No á la palmera imitas, que orgullosa
 Del vendabal provoca los furores:
 Al són de enamorados ruseñores
 Abres tu cáliz cual purpúrea rosa.

Mas no corona faltará á tu frente,
 Ni pasará tu nombre , como pasa
 Nube fugaz en el estivo dia :

Que de Breton el númen refulgente
 Es vivo sol que nuestra esfera abrasa ,
 Y tú la estrella á do su lumbré envía.

A LA SEÑ. D.ª TOMASA ALONSO DE BRETON

A S. M. LA REINA GOBERNADORA,

POR LA LIBERTAD DE BILBAO.

Cuando al rayar el alba de ventura
Hirvió en mi corazon la sangre ardiente,
Y levantando mi abatida frente
Hice sonar la bética llanura :
 Cuando tu dulce nombre
Llevé en las alas de mi altivo canto
Hasta las lindes del confin iberio,
Y triunfante del mal y del espanto
Dije de la bondad el alto imperio ;
 ¡ Ah ! en mi pecho entónces

Fatídica brotaba

Del porvenir inspiracion divina.....

«Aun otra vez — el Genio me clamaba —

Tú cantarás á la inmortal Cristina. »

— Sí, yo la cantaré, — dije, aceptando

Con puro gozo el inefable agüero :—

¿ Por qué no he de cantar al sol brillando,

Si ya en su aurora me ensayé primero?

¿ Por qué? Cuando gloriosa

Se circunde de nuevos resplandores,

■ Mi labio encontrará nuevos loores,

La ofreceré mi mano nueva rosa.

Y esta esperanza se grabó en mi seno :

Y en vano fué que la Discordia impía,

Lanzándonos á mares su veneno,

Por casi un lustro su fulgor cubriera,

Cual negra nube al luminar del día.

Ella duraba..... Como el orbe espera

En medio de tormenta pavorosa,

Así esperaba yo : cual ésta muere,

Y en plácida bonanza

El padre de la luz los cielos hiere,

Así también cumpliósese mi esperanza.

Sí, Reina, se cumplió. Firmé en tu mano

El cetro castellano

Gozosa, alborozada, España mira :

Sobre el regio dosel, donde inocente,

Cándida, pura, tu Isabel respira,
 La mano del Señor por siempre asienta
 De Pelayo el diadema refulgente.

Allí fué, cabe el márgen sanguinoso
 Del humilde Nervion, entre las rocas
 Del árduo, del nevado Pirinéo:

Allí do esplendoroso
 El astro de tu gloria,
 Lábaro del honor y la bravura,
 Tus valientes condujo á la victoria:
 Allí donde tu solio se asegura.

Y allí debiera ser. Allí primero
 De la traicion el bárbaro partido
 Tiró su guante y desnudó su acero,
 Y la España aterró con su alarido.

Allí fué do miramos
 El impio maridaje
 Que negó de los pueblos el derecho,
 Y al trono le negó su vasallaje.

Allí, ¡oh vergüenza! donde gente hispana
 Pugnó por desgarrar con mano dura
 La lealtad memorable, castellana.

Por eso allí la Providencia quiso
 Levantar el padron de su locura:

Por eso su bandera
 Allí se vió pisada:
 Por eso, cual neblina de la esfera,

Vimos allí su hueste disipada.

Fuéralo ya una vez, en otro día
Digno también de singular memoria,
Que España cantará con ufanía,
Que escribirá con júbilo la historia.

Fuéralo ya: de entónces
El nombre de Bilbao
Quedó esculpido en inmortales bronces.

Pero nueva corona
Tu suerte, oh Reina, á su valor guardaba;
Y desde el Sur á la nevada zona

Sobre los pueblos todos
A dominar por gloria caminaba. —
En ira y en despecho los traidores
Consúmense otra vez: rueda en su mente
De la venganza la afanosa idea,
Que al cabo son de la española gente,
Y aún contra el hado el Español pelea.

Rueda; y hácia Bilbao
Se lanzan sus terribles batallones;
Feroces porque el crimen los guiaba,
Mas valientes también como leones.

No importa: otros valientes
En los débiles muros
A aquellas frentes opondrán sus frentes,
A sus pechos sus pechos más seguros.
No importa; que si iguales

Son en valor, como Españoles todos,
Ellos traidores son ; — estos, leales.

Y escrito está que la traicion impía
Tal vez fatigue á la afligida tierra ;
Mas que no triunfe con injusta guerra,
Sino que ceda, cual la noche al dia.

Escrito está que el hombre
Rompa por fin los eslabones duros
Que aprisionaban su divina mente.

Escrito está que el Trono,
Cual el tuyo, Isabel, puro, inocente,
No el opresor de los derechos sea,
Sino su guardador y su patrono,
Sino amparo del Pueblo que le crea.

Dejadlos pues que bárbaros combatan
A la débil ciudad..... ¡Locos intentos!
No os la darán ni el hierro ni la mina,
Ni aunque pugnen por vos los elementos.
¿No la veis resistir?.... Bella, donosa,
La vírgen fué del rico Pirineo,
Del valle del Nervion era la rosa.
Pero esa vírgen profanar osásteis,
ero esa rosa deshojar quisísteis,
Y cual fantasma ingente la mirásteis,
Y el antiguo poder allí perdísteis.....
Avanzad otra vez: lanzad la muerte:
La sangre correrá; sangre preciosa,
Sangre de bendicion, que en llanto puro

Acompaña la Patria dolorida ;
 Sangre que vuestra frente
 Señalará con huella misteriosa ,
 Cual la marca infernal del parricida.....
 Mas nada lograreis : mayor hondura
 Se abrirá á vuestros piés , mayor abismo ;
 Y allí se enterrará vuestra bravura ,
 Y allí se hundiera hasta el infierno mismo.

Y ya vendrán en tanto
 De la lealtad los fuertes campeones ,
 Que no resistirán vuestras legiones ,
 Que os llevarán la muerte y el espanto.

Vendrán , y vánamente
 Sus grandes muros os dará la sierra :
 Vánamente la esfera conjurada
 Os dará amparo , y nos hará la guerra.
 Nada resistirá : los elementos
 Como vosotros se verán vencidos ;
 Y esos montes de nieve que os rodean ,
 Y esa tormenta que furiosa brama ,
 Padron serán donde los siglos lean
 El alto ardor que al Español inflama.

¡ Noche sublime de inmortal memoria !
 Tú los viste brillar , hechos gigantes
 Que con asombro contará la historia.
 Mas ¡ ay ! ¿ por qué en tu seno ,
 En la salvaje y sin igual grandeza
 Que á tu esplendor fatídico lucia ,

Cuando el cielo sus rayos encendía
Para solemnizar tanta proeza ;

¿ Por qué el Genio vagaba

Incierto , pesaroso , desalado ,

Y la mente del Vate no encontraba ,

Y en vano le llamaba ,

Que el eco de su voz era finado ?

¿ Por qué ?.... Sólo su acento

Cantar debiera la inmortal victoria :

El sólo levantar el monumento

Debiera allí de la española gloria. (*)

¡ El..... él no estaba ; que por siempre , siempre

Su labio enmudeció ; que losa fria

Sobre él cerrado habia

La puerta funeral ; que su tributo

Tambien el Genio en los combates paga ,

Para más afliccion , para más luto.

¡ Murió lidiando , por salvarla á ella !....

Una lágrima dad á su memoria ;

Pero no de dolor..... ¡ Su tumba es bella !

¿ Cuál lo pudo ser más ? Por siempre unido

Su nombre irá con el glorioso nombre

Donde el poder del bárbaro se ha hundido.

¡ Lauros sobre su tumba !.... Como lauros

Sobre mil y otros mil. Lauros y rosas ,

(*) Esto y lo que sigue hace alusion al Conde de Campo Alange, distinguido poeta, muerto aquella noche en el ataque de Luchana.

De aquellos lauros que en España crecen,
De aquellas que reparten sus hermosas.

¡Lauros al gran Guerrero,
Honor y prez de la nacion hispana,
Al que de la traicion holló la enseña,
Al que domó las líneas de Burceña,
Y héroe inmortal apareció en Luchana.

¡Lauros tambien á tí! ¡Salud y gloria
A tí, oh Reina, tambien! — En gozo tanto,
En el placer de tan feliz victoria,
A tí, oh Cristina, volará mi canto.
Tú triunfabas allí, y allí en tu triunfo
Salvabas la Nacion: la estrella fuiste
Que en el furor de tempestad horrenda
Nuestro incierto destino condujiste.—

Mezclábase tu nombre
Al estampido del cañon tronante,
Al crujir de la ruda bayoneta,
Al fragor del incendio centellante.
Tu nombre era la voz que los llamaba,
Tu nombre era el iman que los movia,
Y muriendo tu nombre se invocaba
Porque tu nombre « libertad » decia.....

¡Ah! pues tambien tu nombre
Debe el canto llevar hasta la gloria:
Él fué la antorcha en el feroz combate;
Él debe ser la luz de la victoria!

(1837.)

Allí también se cogen los
 Menta, la historia
 Lucio, ni en bien ni en mal nunca ignora.

Y en esta que corren noche fría
 Si alguna estrella veis limpia y clara,
 Córdoba las primeras nos envía.

DOMINE, NE IN FU... CÓRDOBA. ARGUAS ME...

—

Séneca allí moró. De allí Lucano
 Con las alas del genio, en árduo vuelo,
 Llevó á las lindes del romano suelo
 La grandeza del suelo turdetano.

Fué allí do Abderraman el africano
 Cantaba su palmera en triste duelo:
 Allí de Dante el inmortal modelo
 Do copió Mena con robusta mano.



Allí tambien de Góngora la osada
 Mente, la destemplada fantasía
 Lució, ni en bien ni en mal nunca igualada.

Y en esta que corremos noche fria,
 Si alguna estrella veis limpia y dorada,
 Córdoba las primeras nos envía.*

* D. Manuel José Quintana y el Duque de Rivas.

DOMINÉ, NE IN FURORE TUO ARGUAS ME.....

No reprendais, Señor, á un desdichado

Con voces de furor :

No castigueis con ira mi pecado.....

Perdonadme, oh Señor !

Compadeced mi triste desventura,

Que enferma el alma está :

Volvedla su salud y su hermosura,

Y ufana os cantará.



Doliente y conturbada enlanguidece
 ¡Ay! desde que os dejó.
 ¿Hasta cuándo, Señor? Ved que parece
 Si el cielo la olvidó.

Esos ojos tornad al alma mía
 De el etéreo confin ;
 Por la piedad que vuestro rostro envía
 Salvadla de su fin.

Cuando la muerte bulla á nuestro lado
 ¿Quién ¡ ay ! os pedirá ?
 Y en los horrores del sepulcro helado
 ¿ Quien os confesará ?

Por siempre lloraré con largo lloro
 Las horas del placer :
 El lecho regaré donde os imploro
 Con hondo padecer.

Turbada está la vista de mis ojos
 Viendo vuestro furor ,
 Y que mi enemigos por despojos
 Señálanme , oh Señor !

Mas apartad de mí , desventurados
 Hijos de iniquidad :
 Mis clamores se elevan escuchados
 Por el Dios de bondad.



Y sube mi oracion hasta su trono ,
 Humilde como es ;
Y depone el Señor su antiguo encono ,
 Y mírame á sus piés .

¡ Confusion y vergüenza á los que osaron
 Unirse contra mí !
Confúndanse en el punto !..... Ya pasaron.....
 ¡ Gloria, oh Señor , á tí !

(1841.)

LONDRES.

Tébas, Nínive, Roma !... Soberanos
Nombres de la grandeza ya pasada ,
Ante quienes su frente fatigada
Hundieron en el polvo los humanos !

Tébas, Nínive... ¿ en dónde ? ¡ Ah ! que son vanos
Los esfuerzos del génio... Ruinas ! nada !
Y Roma... Con mi planta despiadada
Pisé los restos míseros romanos.

Lóndres, hoy la señora de la tierra,
La que llenas los ámbitos del mundo,
Rica en poder, en vanidad, en gloria!

Un paso de la edad que el tiempo encierra,
De los seres un vuelco en lo profundo.....
Y apénas ¡ ay ! si queda tu memoria !

(1851.)

À LA CIEGA DE MANZANARES.

Si Dios te negó la luz,
Salud é ingénio te ha dado:
A todos nos ha igualado.....
Todos llevamos su cruz!

(Improvisado en 1856.)

Afuera vanidades!... Mas tu seno
Tambien guarda, ¡ oh París! modesta losa
Que ignora el mundo, á do su voz no alcanza :

Permíteme que llegue de amor lleno,
Que la riegue con lágrima ardorosa,
Y que aprendiendo fé, lleve esperanza!

(1856).

AL SEÑOR DIRECTOR DE *EL BELEN*. (1)

REVISTA DE TRIBUNALES.

No sé, mi querido amigo ,
Por más que sudo y me afano ,
Cómo tengo de dar mano
A lo que exige de mí.
¡ Revista de Tribunales
En toda una Noche Buena !...

(1) *El Belen* fué un periódico en verso, escrito por los que concurríamos á casa del señor Marqués de Molins, para leerse en la Noche Buena de 1857.—Al autor se le pidió una Revista de Tribunales.

No de procesos, de cena
Se trató en ella hasta aquí.

Ya el mundo cerró los suyos,
Que no hacen, cierto, gran falta,
Segun se han dado de alta
Las pasiones y el error.

Y si en vacacion holgada
Reposan los Magistrados,
Quizá algunos desdichados
Darán gracias al Señor!

El de Dios... La humilde frente
Ante su nombre bajemos...
¡Ay! lo que en él pediremos
Más que justicia es piedad.

Y allí no ha de haber Revistas,
Ni taquígrafos mendaces,
Ni leguleyos audaces
Que confundan la verdad.

¿De cuál, pues, querido amigo,
He de hablarle en esta noche?
¿A dónde diré á mi coche
Que me lleve para oír?

Yo bien sé que en cada casa
Una ejecucion se apresta;
Porque sin sangre no hay fiesta,
Cual no hay vivir sin morir!

Lo quiere el uso inhumano ,
 Que al pobre Pavo condena ,
 Y cada vez su cadena
 Más y más remachará :

Pero ese es hondo misterio
 De la apartada cocina...
 El *Cuarto Poder* no inclina
 Sus miradas hasta allá .

Ellos no son ciudadanos ;
 Ellos no tienen derecho :
 Contra lo que el hombre ha hecho
 ¿ Dónde hallarán compasion ?

Si hay dolor en sus entrañas ,
 Y en su dolor elocuencia ,
 No por eso á su sentencia
 Han de obtener *casacion* .

No hay , pues , materia al presente
 Para lo que usted me pide :
 Hoy la justicia no mide
 Con su vara este país .

Ya seguirán otros días
 En los que arderá su fuego...
 Y cada palo de ciego
 No será grano de anís !

Y gritarán los letrados ,
 Y no entenderán los jueces ,
 Y fallarán muchas veces

Tan bien como yo me sé.

Y entre risas y entre lloro
Que barajará el destino ,
Pasará algún desatino
Como artículo de fé.

Y el cuadro que allá en Granada
Diseñó mano maestra ,
Poniéndolo como muestra
Sobre el Régio Tribunal,
Seguirá siendo el emblema,
En su concepto profundo,
De la justicia del mundo,
Ya civil, ya criminal.

¿ Le conoce usted , por suerte ?

— Dos tristes que litigaron ,
Y que desnudos quedaron
Cual su madre los parió.

Mas el que ganó el debate,
En prenda de su victoria,
Y como padron de gloria,
... El proceso se llevó !

Tál verídico retrato
Ostentó su faz doliente ;
La que si el hombre demente
Por bella quiso tener ,
Fué tan sólo porque el hombre
Desbarra desatentado

Desde que tomó el bocado
De manos de la mujer.

No se duela usted por ende
De que hoy falte la *Revista* :
Cene como un optimista,
Engulla pavo y turrón.

Y si el suscriptor demanda,
Cuando tomare el periódico,
Ese pasatiempo exótico
De mentido Ciceron ;

Dígale que en este día,
En que nace el gran Consuelo,
No hay más ley que la del Cielo,
Que es la cierta, la veraz.

La que el angélico Heraldo,
Proclamó desde la altura,
La que anuncia la Ventura,
La que predica la Paz !

AL PIÉ DE LA CRUZ.

Engendro del Pecado y de la Muerte
Que se juntaran en inmuído cieno,
Vivo el gérmen del mal dentro del seno,
¿Qué pude yo, infeliz! sino ofenderte?

A tí, Señor, el grande, el santo, el fuerte,
Que es rayo tu mirar y tu voz trueno;
A tí, Señor, que de clemencia lleno
Díste me luz bastante á conocerte!

Por eso humilde tu justicia adoro,
Y aun fulminado besaré tu huella,
Y á tu cólera santa no resisto.

Mas tengo una esperanza, mi tesoro,
Que ¿ en dónde podrá herirme tu centella
Sin que se apague en sangre de tu Cristo?

A LA SEÑORITA DOÑA ***

EN SU ALBUM.

¿Versos quieres, señora!

Versos me pides?

Rosas pide al desierto,

A Enero abriles.

Pide á la noche

Del rey de los espacios

Los resplandores!

Yo los hice en un tiempo,

Limpios, sonoros,

Llenando las esferas
 Sus nobles tonos.
 Quizás España
 Cual primicias de génio
 Los saludaba.

Y canté de la Patria
 Ricos blasones ;
 Y canté la belleza ,
 Reina del orbe.
 Patria y belleza !
 ¿ Qué, fuera de vosotras ,
 Canta el poeta ?

Mas corrieron los años
 Con planta leve :
 Su mano poderosa
 Tocó en mi frente.
 Cierzo de otoño ,
 Que se lleva las hojas
 Y seca el tronco.

¿ Por qué quieres , señora ,
 Lo ya imposible ?
 ¡ Versos !... los he olvidado ;
 ¿ Qué me los pides ?
 — Sólo te afirmo
 Que soy , verdad ó verso ,
 Tu eterno amigo.

ALFREDO,

DRAMA TRÁGICO EN CINCO ACTOS,

II.

DRAMAS.

ALFREDO,

DRAMA TRÁGICO EN CINCO ACTOS,

EN PROSA.

(1834.)

El autor escribió este drama en 1834, cuando tenía veintiseis años de edad : imprimióle , y le vió representar en 1835 : desde entónces no habia vuelto á abrirle , hasta que ha pensado en la presente edicion. Cree por lo mismo que puede juzgarlo con imparcialidad , y va á decir sencillamente lo que entiende.

Si ALFREDO estuviera escrito en verso , parécele que sería una de las tragedias que quedasen de nuestra época. Se le figura un cuadro interesante en su fondo , y bien concebido y bien distribuido en su ejecucion. Las pasiones son ardientes pero naturales : su lucha con el deber es viva y accidentada : el término es posible , es verosímil , lo cree eminentemente trágico. No juzga que lo sea más ni de mejor ley el de otras muchas obras , estimadas por la buena crítica como capitales y maestras.

Pero ALFREDO está escrito en prosa , y eso le rebaja á sus ojos , y le rebajará siempre á los del mundo literario. Una tragedia que lleva esa imperfeccion , que no está adornada con la forma poética , es una escultura de yeso ó de barro. Fáltale la con-

sagracion semejante al mármol ó al bronce, para estar completa, para poder ser y llamarse una obra verdaderamente artística.

La prosa tiene su lugar en el género realista, que pretende reproducir el mundo material, puro y desnudo. En prosa está bien escrito el *Arte de conspirar*; y quizá estaria mejor en ella, y satisfaria más adecuadamente á su propósito *El tanto por ciento*. Pero desde que se levanta la intencion á las esferas ideales; desde que hay ese vuelo en el fondo y en el desenvolvimiento del asunto; desde que se quiere hacer lo que hicieron Corneille y Calderon, la forma métrica es necesaria, á fin de que esté lleno el objeto, y no haya que pedir más á la obra. La poesía, el verso, son la condicion externa de lo verdaderamente trágico: sin la poesía, sin el verso, no se entra en la esfera de lo noble, de lo heróico, de lo ideal. Es un terreno convencional, sin ninguna duda; pero en esa convencion residen la vida y la forma del arte.

¿Por qué no se escribió en verso esta tragedia?—Sinceramente, no sabemos decirlo. El autor tenia entónces una gran facilidad para versificar, y si de hecho hubiera emprendido tal rumbo, no cree que habria dejado de llegar por él al término que se propusiera. Hubiérale costado algunos dias más de ocupacion, pero en cambio habria producido algo de que estaria hoy más satisfecho.

Quizá, en su inexperiencia y en su juventud, no tenia acerca del arte tan claras sus ideas como las tiene ahora: quizá la moda del Romanticismo, que conmovió tantas doctrinas, é hizo admitir como bellezas tantas extravagancias, debilitó tambien para él los que debian mirarse por todos como cánones literarios. El ánsia de libertad y la sublevacion contra las antiguas

reglas produjeron por entónces un sinnúmero de caprichos, que entusiasman á los más prudentes, y que hoy hacen reír á los más audaces. ¿Qué mucho que el autor de ALFREDO escribiese en prosa, cuando otros, de mayor talento que él, escribian en verso y prosa, confusa y mezcladamente, lo cual es el colmo del error, por no decir del delirio, en la esfera dramática? ¿Qué mucho que él hiciese una estatua de yeso, pudiendo levantarla de mármol, cuando otros, y los más eminentes, mezclaban el mármol con el yeso, la cera con el bronce, ó repetían aquellas desgraciadas imágenes que, siendo de madera, tienen ojos de vidrio y cabellos de pelo natural?

Como quiera que sea, el autor pagó un tributo ó á su irreflexion ó á su tiempo, abandonando la forma que debia realzar y aquilatar su trabajo. Fortuna fué que no le pagase más que en esto, y que no quebrantase las leyes más capitales de la *unidad*, que solían mirarse por entónces con tanto desden. Si las hubiese quebrantado, no tendría hoy resolucion para publicar de nuevo su tragedia.

Todavía se le puede preguntar cómo, reconociendo el defecto que acaba de señalarse, confesando que fué un error el de escribir en prosa este drama, no lo ha enmendado y subsanado despues, traduciéndolo en forma poética, trasladando á versos sus renglones. A esto no tendrá que responder sino que esa traslacion, para algunos, á lo que dicen, muy fácil, ha sido siempre para él una cosa imposible. Nunca, ni aún cuando poseyó mas hábito de metrificar, pudo poner en verso sino lo que concibiera y pensara desde luego en semejante forma. Darla á lo que habia escrito ántes en la comun, le ofreció siempre obstáculos insuperables. Obvio y sin trabajo para otros, ese empeño ha sido invencible para sus fuerzas ó para su constancia.

Y si se añade lo que queda dicho al principio, que desde 1835 apenas se habia vuelto á acordar, y nunca habia vuelto á leer estas hojas, se acabará de comprender cómo es necesario que salgan hoy de nuevo á la luz pública sin ningun cambio esencial de lo que fueron desde su origen.

PERSONAJES DEL DRAMA.

ALFREDO.

RICARDO.

JORGE.

RUGERO.

ROBERTO.

EL GRIEGO.

UN PEREGRINO.

BERTA.

ÁNGELA.

CRIADOS, DAMAS, ESCLAVOS, MONTEROS.

La escena es en Sicilia. Principios del siglo xiii. //

ACTO PRIMERO.

Presentimiento.

La escena representa un salon del castillo de Ricardo.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO y ROBERTO.

ALFREDO. (*Dejando de escribir*).

Es necesario, Roberto ; forzoso , necesario , partir. Esta voz que se levanta en mi pecho , que incesantemente está resonando en mis oídos , que me sigue por donde quiera como si fuese la voz de mi sombra ; esta voz es un aviso del cielo , para señalar-me mi descuido y recordarme mi deber. Bastante tiempo he resistido : bastante he cerrado mi corazón á sus mandatos : oigámosla y obedezcámosla por fin. Tratemos de acabar con ese fantasma que me persigue , y que sólo puede disiparse en las playas de la Palestina.—La suerte de Rugero , el gozo que aguar-

daba experimentar al verle unirse con tu hija, es lo que ha podido detenerme hasta ahora. Ya se realizó; ya está asegurada la ventura de ambos.—Cuando los rayos del sol naciente vuelvan á dorar la altiva cumbre del Mongibelo, el triste Alfredo saludará por última vez los campos de Sicilia, y engonfándose en esos mares, irá á pedir al Oriente su felicidad ó su desgracia.

ROBERTO.

Lo habeis decidido por fin: estais resuelto á emprender esa peregrinacion... ¡ sea! Un escudero no tiene derecho para oponerse á vuestra voluntad; su obligacion es únicamente cumplirla.—Pero si los consejos, si las reflexiones de un anciano pudieran hacerse oír en ese corazon que está rebosando juventud: si os dignáseis escucharme con la deferencia que me habeis dispensado otras veces;.....

ALFREDO.

Siempre te la mostraré del mismo modo. Tú sabes por cuántos años te he mirado como á un padre; y yo sé que me has aconsejado siempre como pudieras haberlo hecho con un hijo.

ROBERTO.

Mas ahora...

ALFREDO.

Ahora... no te debo engañar. Yo no soy libre en esta determinacion: te lo repetiré una vez y otra. Parece que una mano

sobrenatural, que una potencia misteriosa, me impele fuera de estos lugares. ¿Es mi buen genio? ¿Es mi mal genio? No lo sé. Pero esta memoria de mi padre está siempre atormentando mis entrañas; pero su nombre retumba como un trueno dentro de mí; pero su imagen se levanta de continuo amenazadora ante mis ojos. ¿Por qué no ha de ser un aviso? ¡Ay! Tal vez oprimido de cadenas, sumergido en alguna prision horrorosa, solo con sus recuerdos y sus pesares, invoca á Alfredo para que lo liberte, y Alfredo, enterrado en el ócio, no responde á su desesperacion!

ROBERTO.

Y aun cuando así fuera ¿qué conseguiríais con atravesar los mares, y sepultaros tambien vos mismo en esa malhadada Palestina? ¿Habíais luego de descubrir su existencia? ¿Habíais de reconquistarle su libertad?—Desengañaos, Alfredo. Un velo misterioso cubre la suerte de vuestro padre. Tres lustros se han cumplido desde que, abrumado de dolor por la pérdida de su esposa, tomó la cruz, y emprendió la peregrinacion de la Tierra Santa. Diariamente, desde entónces, hemos visto en Sicilia mil Cruzados que tornaban de aquel país: habeis hospedado en este mismo castillo los más ilustres compañeros de Felipe de Francia y de Ricardo de Inglaterra: ¡pues bien! ninguno os ha dado razon de vuestro padre.—Sabeis los rescates que se han verificado: vuestro padre no ha sido comprendido en ninguno.—Creedme, Alfredo: esa partida que intentais es inútil. O mi señor ha querido encubrirse del mundo todo, sepultándose para siempre en algun devoto monasterio; ó una corona de inmarcesible eternidad ha circundado ya su frente, y premiado dignamente su virtud.

ALFREDO.

¡Puede ser! sí, ¡puede ser! — Entónces... yo besaré la tierra regada con su sangre : yo ofreceré al pié de su sepulcro el homenaje del amor filial: yo elevaré mis oraciones á los cielos, donde tendrá su morada, y le pediré me guie con su ejemplo, y me infunda su valor, para vengarle de los enemigos de nuestra ley.

ROBERTO.

No, Alfredo: invocadle desde vuestros dominios, é imitadle más bien en gobernar á vuestros vasallos. Primero que abandonar á los impulsos del entusiasmo ó de la devocion, está el cumplimiento de las obligaciones. — Permitidme que os hable con franqueza. Desde que se ha apoderado de vuestro ánimo esa melancolía, habeis descuidado la administracion de vuestros bienes y la justicia de vuestros pueblos. No es ese el ejemplo que os diera vuestro padre: no es esa la conducta que nos hacian esperar vuestros primeros ensayos. Volved á las antiguas, á las naturales ocupaciones: desechad esa preocupacion que os ofusca el juicio; y sed de nuevo el orgullo y la esperanza de Sicilia.

ALFREDO.

Tú tienes razon querido Roberto: tú tienes razon; pero no me es posible variar. Las ideas sencillas han huido de mi alma, al golpe de esta incertidumbre que me confunde y me agobia. Ya te lo he dicho: es una fuerza irresistible la que me arrebató: ella, la que me ha hecho tomar la cruz: déjame, pues, que siga mi destino, que se

cumpla como esté determinado.—¿Piensas tú que esas reflexiones que me indicas, yo tambien no me las he hecho? ¿Piensas que esta partida tiene para mí encantos que me arrebatan? No. Yo amo el bello país donde mis ojos se abrieron á la luz del dia: yo amo estas bóvedas, que tantas veces han repetido los ecos de mi voz: yo amo esas praderas, donde he gozado tánto en los años de mi niñez. No hay en estos contornos una roca, un árbol, una fuente, que no esté unida para mí con algun recuerdo agradable... — ¿No quedas tú aquí tambien, mi querido Roberto? ¿No queda aquí Rugero, el amigo de mi alma, la mitad de mi corazon?—Y á pesar de todo, yo pugno por alejarme: yo corro tras de un deber... ¿quién sabe si tambien no corro por huir el sendero de algun crimen?

ROBERTO.

¿Por huir el sendero de un crimen... ¿Vos?

ALFREDO.

¡Roberto!.. tú... ¿no crees? (*Cubriéndose el rostro con las manos.*)

ROBERTO.

Lo que yo creo es que delirais; que vuestra imaginacion se extravía, y os pierde dolorosamente.

ALFREDO.

No, Roberto: no la calumnies: no calumnies la imaginacion del alma... Ella es un don de la divinidad: ella penetra la losa

de los sepulcros, y rasga el velo que cubre el porvenir: ella toca al cielo y al abismo, invoca á la eternidad y á la nada, y la nada y la eternidad se levantan en su presencia!

ROBERTO.

¡Dios mio! Dios mio!

ALFREDO.

No es sólo una voz lo que yo he oído: no es sólo un mal estar lo que ha fatigado mis entrañas. Una figura, un sér, una persona, ha surgido delante de mí. Yo no te lo había dicho, Roberto; porque aun de acordarme se erizan mis cabellos, y se hiela la sangre de mis venas. Escucha: no dormía: abiertos estaban mis ojos, libre y sereno pensaba mi espíritu. Yo no sé quién fué; yo no sé cómo fué; pero la sombra se levantaba silenciosa en el fondo de mi aposento: dos lágrimas corrían por sus tristes mejillas: extendía su mano, y con enérgico ademán me señalaba el Oriente. ¿Porqué nació en el instante mismo, en lo hondo de mi alma, la idea de que me era necesario partir? ¿Porqué resonó en mi pecho, como si fuera el tañido de una campana, el nombre de mi padre? ¿Porqué, desde entónces, no he tenido un momento de sosiego, sino cuando he resuelto abandonar estos muros, y lanzarme por la inmensidad de los espacios? Déjame, déjame, Roberto, que lo haga, si quieres que me salve de un mal que no conozco, pero que siento; si quieres que halle una tranquilidad que aquí me niega mi destino; si quieres que cumpla un deber que es hoy para mí más necesario que la vida!

ROBERTO.

¡Sea! — os vuelvo á repetir. Ni puedo, ni debo oponerme á vuestra voluntad. (*Pausa.*)

ALFREDO.

Estoy cansado, mi querido Roberto. Necesito quedar solo un instante. ¿Quisieras ocuparte un poco en los preparativos para mi marcha? Mis caballos, mis armas, un ligero equipaje...

ROBERTO.

Descuidad, señor. Voy á ocuparme en todo. — (¡Qué feliz!)

ESCENA II.

ALFREDO.

¡No me entiende!.. ¡Nadie me entiende!.. Rugero solo me entendia; pero Rugero se ha unido con Angela; le ha entregado su corazon; ¡yo no tengo á quien entregarle el mio! — Partiré; partiré... trataré, en fin, de calmar este cáncer que devora mi pecho. Por lo ménos, un mundo que no conozco va á aparecer á mi presencia: una vida que no he experimentado va á ser en adelante mi vida. Allí se lidia contra los enemigos de Cristo:

allí se combate por la gloria de la Cruz: aquella es la tierra del heroísmo y la inmortalidad. — ¡Godofredo! ¡Tancredo! ¡Ricardo de Inglaterra! Vuestra gloria ha crecido en aquellos lugares, como la palma que esmalta sus desiertos, como el cedro que corona las cimas de sus montañas. Quizá mi gloria crecerá también como la vuestra, y mi nombre se confundirá con vuestro nombre en los cantos del trovador... ¡Ay! el sentimiento que me impele es quizá más puro que el que os conducía á vosotros: — mi padre, mi padre, sepultado há tantos años en aquellas regiones!

(Pausa. Principia á oírse un preludio de arpa. En seguida una Voz, el Peregrino, canta lo siguiente.)

LA VOZ.

« Ya luce en los cielos, señal de victoria,
El astro que eclipsa la luna de Agar.—
Guerreros de Cristo, volad á la gloria:
Sus palmas radiantes os tiende Cedar.

» ¡Ricardo !.. Ricardo volaba el primero,
Brillando entre todos cual rayo de luz.
Torrentes de sangre derrama su acero...
¡ Victoria á Ricardo ! ¡ victoria á la Cruz !

» Un velo le envuelve: su gloria se apaga,
Efímera lumbre que el viento llevó...

Su nombre tan sólo fantástico vaga ,
Cual sombra de tumba que el genio evocó.

»¡ Despierta , Ricardo ! Tu amigo se lanza
Romper tus cadenas ansiando ó morir.—
¡ Despierta , Ricardo ! ¡ Victoria y venganza
Su espada de fuego sabrá conseguir!»

ALFREDO.

¿ Qué es lo que he oido ? ¿ Qué es lo que ha dicho ? No parece sino que ha cantado para mí ! Son mis ideas , son mis sentimientos..... ¡ Roberto ! Rugero ! Genaro ! Roberto ! (*Llamando.*)

ESCENA III.

ALFREDO , ROBERTO.

ROBERTO.

¿ Llamais, Señor ?

ALFREDO.

¿ Quién es, Roberto ?

ROBERTO.

¿Quién, Señor?

ALFREDO.

¿No le has oído? ¿No le has escuchado? ¿Quién es?

ROBERTO.

¿El que cantaba?—Es un peregrino que se ha presentado á la puerta del castillo, pidiendo por amor de Dios un socorro. Su aspecto, su arpa, le señalaban como un trovador. Angela le pidió que cantara algun romance; y él...

ALFREDO.

Corre, Roberto, corre... que no parta. Hazle venir á mi presencia... al momento, al momento. (*Roberto se vá.*)—¿No era por ventura profético su canto?... Es el nombre de mi padre; es su destino... ¡Ricardo! ¡Ricardo! Padre mio! Sí, ya puedes despertar: ya se prepara mi brazo para rasgar ese velo que te oculta: ya se lanza Alfredo, ansiando morir ó romper las cadenas que te oprimen.—¡Despierta! Su espada sabrá conseguir la venganza y la victoria!

ESCENA IV.

ALFREDO, ROBERTO, UN PEREGRINO, RUGERO, ÁNGELA,
CRIADOS, ETC.

ROBERTO.

Entrad.—Estais en presencia del señor de este castillo.

ALFREDO.

Acercaos, extranjero... Respondedme. ¿De dónde venís?

EL PEREGRINO.

De Génova, señor.

ALFREDO.

Y ¿quién sois?

EL PEREGRINO.

Mi traje os lo está diciendo... Un peregrino de la Tierra Santa.

ALFREDO.

¿Cuándo salísteis de la Palestina?

EL PEREGRINO.

No he estado allí jamás... Es ahora cuando me dirigia á ella... Camino para Chipre, donde dicen que se reune la nueva Cruzada.

ALFREDO.

¿Decís la verdad, extranjero? ¿No habeis estado nunca en la Palestina?

EL PEREGRINO.

Os repito que nunca, señor. Os lo juraré sobre este báculo, que está tocado en el Sepulcro de Santiago, y en el altar de San Márcos de Venecia.

ALFREDO.

¿Qué trova es, pues, esa que acabais de cantarnos? ¿En dónde la habeis aprendido? ¿Cuál es su significacion?—Decid!

EL PEREGRINO.

Confieso que no lo sé.—Yo soy provenzal: he cultivado la gaya ciencia; y más de una de mis canciones vuelan por el mundo, y se repiten en soberbios castillos.—Perdonad, señor: voy á satisfaceros.—He conocido en Alemania á un trovador

inglés que tornaba de la Palestina, y que cantaba por todas partes ese romance. De él lo aprendí, y como él lo canto.

ALFREDO.

Pero ¿no os descifró su significado? ¿No os contó su historia?

EL PEREGRINO.

Nunca: ese era su secreto; y no ocultaba que debía tener alguno... Al pronunciar el nombre de Ricardo, solía correr una lágrima por sus mejillas.—El enseñaba el romance á todos los trovadores que encontraba en su camino, y les pedía que lo repitiesen por donde quiera. Algo se proponía; pero yo no lo sé.

ALFREDO.

Todo misterios, todo oscuridad!... Cuando pienso levantar el velo y descubrir la luz, me confundo más hondamente en las tinieblas!...—Adios, extranjero. Tomad. (*Le entrega algun dinero.*) Os ruego sólo que al cantar la última estrofa de vuestro romance, pongais en ella mi nombre, el nombre de Alfredo... Es muy fácil; no rompe la medida.—Adios: vais á la Tierra Santa; yo tambien: tal vez allá volveremos á encontrarnos.

(El peregrino se vá con Roberto.)

ESCENA V.

ALFREDO, RUGERO, ÁNGELA, CRIADOS, ESCLAVOS.

ALFREDO.

¿Estabas tú aquí, Rugero? No había reparado en tí... ni en Angela tampoco. Perdonadme, amigos míos: el Peregrino y su romance habían arrebatado toda mi atención.

RUGERO.

Pero acabo de escucharos unas palabras que me han sorprendido, porque no las esperaba ya... ¡Partís, por fin, señor, á pesar de nuestras humildes observaciones? ¡Partís, y no habeis contado con Rugero?

ALFREDO.

Rugero, en ésto sólo quiero ser obedecido de tí. Acabas de formar unos lazos, que no es lícito desatar por ninguna consideracion humana. Angela te ha entregado su corazon, y tú debes hacer su felicidad.

RUGERO.

(¡ Ingrato ! Me engañásteis !)

ALFREDO.

Sí, tú harás la felicidad de Angela. Es pura como su nombre, y merece el amor que la profesas. Yo he visto nacer ese amor, y he debido asegurarlo.—Escuchad todos. Al nuevo sol voy á partir para la Tierra Santa...

RUGERO.

¡Tan pronto?

ALFREDO.

...á donde me llaman mi obligacion y una solemne promesa. De vosotros, sólo Genaro me acompañará. Durante mi ausencia, Rugero mandará como si fuese yo propio en mi castillo y en mis estados. Le encargo... le suplico que se aconseje de la experiencia de Roberto. Quedan libres desde ahora todos mis esclavos sarracenos. (*Los esclavos se arrojan á sus piés.*) Sí, infelices... levantaos :... podeis volver á Africa, á llevar el consuelo á vuestras familias. ¡Tal vez teneis hijos, que lloran la pérdida ó la esclavitud de sus padres!—Eximo á mis vasallos de la mitad del cánon de sus tierras: sepan que Alfredo, al separarse de ellos, los tenia en memoria, y les ha dispensado este beneficio.—Mis restantes disposiciones, las encontrarás en esta carta. (*Entrega á Rugero el pergamino en que habia escrito.*)—Os pido que rogueis á Dios por el buen éxito de mi empresa: acordaos todos de mí, como yo me acordaré de vosotros!

ESCENA VI.

LOS DE LA ANTERIOR. ROBERTO.

ROBERTO.

Perdonad, señor, que os interrumpa. Un Caballero Cruzado, trayendo en su compañía una hermosa jóven, acaban de presentarse en el castillo y preguntan por vos. Ahí están. Unicamente aguardan vuestro consentimiento, para entrar y presentarse.

ALFREDO.

¿Quiénes son? ¿No dicen su nombre?

ROBERTO.

No lo han dicho. Sólo me parece que no son Sicilianos.

ALFREDO.

Pues bien: al instante. (*Roberto se vá.*)—No sé qué agitación es esta. El corazón me palpita, como si me anunciase una gran desgracia... Me cuesta trabajo sostenerme!

ESCENA VII.

LOS DE LA ANTERIOR. JORGE, BERTA, ROBERTO.

ALFREDO.

Díenme que preguntais por mí ?

JORGE.

¿Sois vos Alfredo... el hijo de Ricardo ?

ALFREDO.

¡ Oh Dios ! ¿ Conoceis á Ricardo ? ¿ Conoceis á mi padre ? ¿ En dónde está ? ¿ Cuándo le habeis visto ?... Por piedad , señores : respondedme... respondedme !

(Berta se cubre los ojos. Jorge toma la mano de Alfredo.)

JORGE.

¡ Jóven !.. ¡ Es preciso someternos á la voluntad de Dios !

ALFREDO.

¡ Qué me decís ! ¿ Vos llorais , señora ?.. ¿ Vos también estais enternecido?.. Rugero... Mi padre... ¿ha muerto?

JORGE.

Sí..... ¡Vuestro padre ha recibido ya el premio de sus virtudes!

ALFREDO.

¡Ha muerto! ¡Y yo no he podido estrecharle entre mis brazos! Y sus ojos habrán buscado los ojos de su hijo, ántes de cerrarse para siempre! ¡Y tal vez habrá acusado mi negligencia y mi molicie!..—Pero decidme, extranjero, ¿es cierto? ¿estais seguro de que es verdad? ¿Cómo lo habeis sabido? ¿Le conocíais vos?..

JORGE.

Sí, Alfredo: le conocia, y lazos muy sagrados me habian unido á él.—Cuatro años hace, desde mi llegada á la Palestina, hemos combatido juntos contra los enemigos del nombre cristiano. El sitio de Tolemaida immortalizó la gloria de vuestro padre, bajo la denominacion del Caballero de las armas negras.

ALFREDO.

¡El Caballero de las armas negras!

JORGE.

Ese era el nombre con que se le conocia. Una promesa le

obligaba á ocultar el suyo ; y yo soy quizá el único Cruzado á quien lo ha descubierto.

ALFREDO.

¡Padre mio!.. Así, nos era imposible saber de él!

JORGE.

Pude prestarle en cierta ocasion algun servicio, y contraí-
mos la más estrecha amistad. — Mi hermana Berta me habia
seguido á los Santos Lugares: vióla Ricardo, y quiso que nos
uniéramos más indisolublemente. Berta fué su esposa : vuestro
padre me llamó su hermano.

RUGERO.

¿ Vos , señora ! ¿ vos !

BERTA.

Sí, Alfredo.., En mí teneis á la desgraciada viuda de Ricardo.

JORGE.

Dispuso vuestro padre volver á Sicilia: quiso que yo le acom-
pañase; y nos embarcamos en una galera genovesa que partia de
Tolemaida. A las pocas horas de navegacion dimos en medio de
la flota del Saladino. Nos defendimos valerosamente como sol-
dados de la Cruz ; pero nuestra galera fué abordada por tres á

un tiempo, y al cabo los infieles se apoderaron de ella. Nosotros fuimos cautivados y cargados de cadenas:... ¡vuestro padre pereció combatiendo !

ALFREDO .

¡ Dios mio !

JORGE .

Yo le ví caer á mi lado , abierto el pecho al golpe de una cimitarra.... todos le vimos espirar.... todos envidiamos su suerte, que le libertaba del cautiverio , y le aseguraba la corona de los mártires !

ALFREDO .

¡Sí, es envidiable !... ¡ Su suerte es envidiable !— ¡ Lágrimas para nosotros que le perdemos !.. Él... él ha muerto como cristiano : ha caido como caen los valientes...—Su nombre resplandecerá cubierto de gloria... su recuerdo servirá de ejemplo á los que combaten por el triunfo de la Cruz!... Pero nosotros... pero yo!...

JORGE .

Dos meses hemos yacido en duro cautiverio, hasta que unos Caballeros de la Redencion ajustaron nuestro rescate.—Las galeras de San Juan iban á salir para Palermo: en ellas hemos venido... Ayer desembarcamos en las costas de Sicilia...

ALFREDO.

¡Bien venidos seais pues á esta morada... tan vuestra, señora, como mia! La que mi padre elijió para compañera de su existencia, debe considerarse aquí como soberana... Otro arribo, otro recibimiento, os hubiera yo deseado... — En este dia todo tiene que ser luto y amargura. Lloraremos todos... Lloraremos al que llenaba nuestros corazones, y que— ¡Dios mio!—no volveremos á ver más!

ACTO SEGUNDO.

—
Pasion.

—
Galería en primer término. Parque. En el fondo el Etna.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO, ÁNGELA.

ROBERTO.

Pero ¿es posible que Rugero...

ÁNGELA.

Rugero, padre mio, no sabe más que nosotros. Como nosotros extraña la mudanza de su amigo; esa tristeza dura y silenciosa, en que se ha trocado su anterior melancolía, tan expansiva, tan interesante. En vano se ha atrevido á dirigirle

algunas preguntas : Alfredo es ya otro , hasta para él... — Pero vos ¿ no sospechais ?...

ROBERTO.

Nada , nada , Ángela . Mi entendimiento se confunde , y no acierta á descifrar esa conducta extraordinaria . Ningun motivo racional hay para tan répentina transformacion . Hasta poco há , sus escuderos , sus colonos , sus vasallos , todos eran á su vista hermanos , amigos , compañeros . Sus modales eran la misma dulzura : sus consideraciones para conmigo parecian más bien las de un hijo respecto á su padre , que las de un baron poderoso para con un servidor suyo... En el día , todo se ha cambiado . Sus palabras son duras , sus disposiciones ásperas , sus oídos se cierran á nuestros consejos , sus miradas y sus maneras son frias y desdeñosas . Ya no somos , en fin , sino sus escuderos y sus vasallos ; ni él es ya sino un señor , como la mayor parte de los señores de esta pobre isla .

ÁNGELA .

Demasiado cierto es lo que decís . Aun yo propia , objeto siempre de sus inocentes atenciones!.. Pero no seamos rigurosos , padre mio : no le juzguemos á nuestra vez con severidad . Quizá la triste noticia de la muerte de su padre...

ROBERTO .

No lo pienses , Ángela . Antes de recibir esa noticia , estaba ya casi persuadido de ello ; y léjos de causarle ese efecto , sólo servia para hacerle más dulce y más afectuoso .

ÁNGELA.

Casi persuadido, decís... Pero conservaba todavía esperanza, y no se veía abrumado por una certidumbre cruel. ¡Es tan bella y tan consoladora la esperanza!.. Esa dama inglesa fué quien vino desgraciadamente á destruirla. Desde que entró en el castillo, no parece sino que se ha inficionado su atmósfera!

ROBERTO.

¿Qué dices, Ángela!

ÁNGELA.

No sé por qué, padre mio; pero yo no la puedo amar. — Es hermosa, muy hermosa... y sin embargo, me causan un miedo... me hacen un mal sus grandes ojos azules, cuando los clava en los míos!.. Casi, casi se me hiela la sangre en el corazón... Y os repito que no sé por qué... --- También es un poco triste, y gusta de vivir retirada... Siempre anda sola, siempre buscando los sitios más ocultos... Verdad que eso es natural: ¡tan jóven, y ya viuda!...

ROBERTO.

¡Silencio, Ángela; silencio! Alfredo se acerca.

ÁNGELA.

¿Cuándo había yo de pensar que me daría miedo de mirarle?

ESCENA II.

ROBERTO, ÁNGELA, ALFREDO.

ALFREDO.

¿Habeis visto á Genaro?

ROBERTO.

No, señor.

ÁNGELA.

No le hemos visto.

ROBERTO.

¿Deseais que le busque?

ALFREDO.

Y le dije que me aguardara en este sitio... No hay baron en Sicilia peor servido, peor obedecido que yo... Es abusar ya demasiado de mi condescendencia!

ROBERTO.

Voy á buscarle, y le diré...

ALFREDO.

No es necesario.—(*Pausa. Alfredo se pasea.*) Perderemos el mejor tiempo para echar los alcones. (*Roberto se vá.*)

ÁNGELA.

¿Salís á cazar á esta hora? ¿tan tarde?

▲

ALFREDO.

¿Tarde?... No, no es tarde.

ÁNGELA.

Se está ya poniendo el sol... Me parecía tarde para cazar.

ALFREDO.

¡Angela! ¡Angela!... Nunca es tarde para quien...

ÁNGELA.

¿Qué palabras! No os comprendo, Alfredo... (No sé lo que quiere decirme!)... Acabad!...

ALFREDO.

(¡Insensato! ¿Qué iba yo á decirle?)

ROBERTO. (*Entrando.*)

Genaro, señor, os estaba aguardando en esa puerta.

ALFREDO.

No era allí donde yo le habia mandado. Todos se creen con derecho para hacer únicamente su voluntad! (*Váse.*)

ÁNGELA.

¡Cuánto siento que nos hubiéseis interrumpido! Si tardais un poco, me parece que Alfredo iba á confiarme alguna pena oculta. ¡Qué conmovido estaba!

ROBERTO.

Conmovido, sí: tambien lo he visto yo en varias ocasiones. Pero no creas que es fácil vencerle y arrancarle su secreto.— En fin, ya estás viendo sus maneras; ya estás oyendo sus palabras.

ÁNGELA.

Bajo de esas maneras, sin embargo, . . . no lo dudeis, padre mio, se esconde siempre un bello corazon. ¡Pues qué! ¿puede renunciarse en breves momentos á las ideas y á los hábitos de toda la vida? Más hé aquí Rugero que llega. ¡Cuán diferente del infeliz que acaba de dejarnos!

ESCENA III.

ROBERTO, ÁNGELA, RUGERO.

ÁNGELA.

—¿No es verdad, Rugero mio? ¿no es verdad que tú eres dichoso, muy dichoso, al lado de tu padre y de tu esposa?

RUGERO.

Sí, mi querida Ángela. Mi cariño hácia tí durará tanto como mi existencia. Tú has sido la ilusion de mi juventud: tú eres el encanto de mi vida: tú serás el consuelo de mis últimos años. A tu lado, y sólo á tu lado, es donde encuentro la felicidad.

ÁNGELA.

Ah! yo tambien cifro la mia en tu cariño, y no más que en tu cariño... Y sin embargo, me falta una circunstancia para ser completamente dichosa. Tú sueles estar triste, mi querido Rugero; y eso no puede ménos de estristecerme á mí tambien. No me digas nada... no me des satisfacciones. Sé muy bien el motivo: es la apasionada tristeza de Alfredo.—¡Le quierés tánto, y te interesas tánto en su suerte!

RUGERO.

Sí, Angela; es verdad. El silencio obstinado, el intempestivo cambio de Alfredo, me alarman y me desazonan por él. Ya ves que este sentimiento es justo. El ha sido el compañero de mi infancia, y el amigo de mi juventud. Nos hemos amado entrañablemente; y durante mucho tiempo no hemos tenido un secreto reservado, ni un placer ni una pena que no fuese comun á los dos. Juzgad si deberá sorprenderme la conducta que observa ahora. Alfredo abandona cuanto amara hasta aquí; y manifiesta en todas sus acciones una ligereza, una inestabilidad, enteramente contrarias á su carácter. De expansivo, se hace reservado; de bueno hasta la debilidad, se convierte en áspero hasta la dureza.. Y conmigo sigue tambien la condicion comun; y ya no me fía sus pensamientos; y ya recata de mí los pesares que lo aflijen... ¿Cómo he de ser insensible á tantas novedades?

ROBERTO.

Tu esposa observaba poco há que su mudanza ha coincidido con la llegada de la viuda de su padre. A poco tuvo principio: despues ha seguido siempre en aumento.

RUGERO.

Cierto. Yo tambien lo he pensado varias veces. Pero ¿qué relacion pudiera haber?..

ROBERTO.

¿Quién sabe? Pues que la observacion es exacta, no la debe-

mos despreciar... ¿Quién sabe? Alfredo es jóven: Berta está adornada de una brillante hermosura...

RUGERO.

Me haríais estremecer. — Pero no, no: desechad esa idea. Yo conozco bien á Alfredo... es la misma virtud. Su corazón no podría mancharse con una pasión incestuosa.

ROBERTO.

¡Es la misma virtud, — dices! Sí; y ve ahí por lo que yo sospecho: su virtud es la que me hace temblar... Por ella es por lo que temo que un desgraciado amor sea el motivo de esa conducta inexplicable.

RUGERO.

Os repito que me haceis estremecer... ¿Sería posible! — En este caso... forzoso es hablarle.

ÁNGELA.

¿Hablarle, tú, Rugero?.. Y ¿no temes?..

RUGERO.

Nada... ¿qué he de temer?.. ¿No es mi amigo? — Forzoso es cumplir con las obligaciones de este nombre: salvarle, aun á pesar suyo, si fuera necesario. — Voy á buscarle en el momento.

ÁNGELA.

No le encontrarás. Hace poco que salió á caza con Genaro... un momento ántes de que tú llegaras.

RUGERO.

(¡ Otras veces no salía nunca sin mí !)

ÁNGELA.

Pero no debe tardar mucho. Ahora no tiene quietud ni constancia en ninguna cosa. — Y por otra parte, va oscureciendo; no puede tardar. — Escucha: me parece... sí: ya está de vuelta. ¿No ois el ruido de los caballos? — Por la puerta del jardín. Vedle, que abatido llega...

RUGERO.

Aún no nos ha visto. Dejadme solo con él... No tengas ningun recelo, Ángela mia. — Si su secreto es el que pensais, yo se lo arrancaré, por más que lo oculte, y cuento con vuestra cooperacion para libertarle del precipicio.

ESCENA IV.

RUGERO, ALFREDO.

(Alfredo atraviesa el teatro, y se sienta al extremo.)

RUGERO.

(No me ha visto todavía.)

ALFREDO.

El mismo hecho, el mismo principio en todas partes... ¡La fatalidad!... ¿Será por ventura la fatalidad la única ley de mundo? ¿No seremos todos sino débiles instrumentos de su poder; vanos juguetes de sus arcanos misteriosos?

RUGERO.

(No sé si interrumpirle.)

ALFREDO.

Entonces... la virtud no sería más que un nombre vano; y esta lucha en que consumo mis fuerzas, el delirio de una necia vanidad. — Entonces... no habrá remedio: yo seré arrastrado, como la rama que cayó en el torrente; despedazado, como la



garza cojida por el halcon.—Esta garza y este halcon!... Mucho mal, mucho mal me han hecho... No puedo desterrarlos de mi memoria.

RUGERO.

(Es forzoso arrancarle á sus cavilaciones.) — Me perdonareis si me llego á interrumpiros. Parecióme observar tal abatimiento en vuestro ánimo...

ALFREDO.

¡Puede ser!

RUGERO.

¿Sentís alguna incomodidad? ¿Padeceis acaso?... ¡Pero necio de mí! ¿Cómo he de tener duda en que padeceis? ¿Pasa un día, una hora, un solo momento, sin que vuestro corazón no se sienta desgarrado? — En vano me lo quereis ocultar, Alfredo: no es fácil que yo me equivoque sobre el estado de vuestro corazón... ¡Y sin embargo, me pareceis tan abatido esta tarde!...

ALFREDO.

Rugero, nosotros hemos hablado cien veces de la fatalidad y del destino... Siempre concluimos por despreciar esas ideas.— ¿Crees tú que tuviésemos razón?

RUGERO.

Sí... ciertamente... Lo creo, como ántes lo creí.

ALFREDO.

Escucha.—Salía yo esta tarde á cazar:—no por cazar... ¿qu^é sé yo porqué?—Apénas me habia retirado cincuenta pasos del castillo, cuando un^a hermosísima garza, la más bella que he visto en mi vida, vino á presentarse delante de mí.—Mi primer movimiento fué soltar sobre ella el halcon, cuyos ojos centellaban de furiosa alegría al contemplarla. A este impulso sucedió una idea de lástima: tuve compasion de la inocente ave, y reprimí mi movimiento.—Volví el caballo en otra direccion... pero la garza volvió tambien hácia aquel lado.—Me dirijí nuevamente por el primero.... el pájaro torció nuevamente por allí.—Esta constancia de buscar la muerte, este empeño de ofrecerse al peligro, me interesó más en salvarla.—Decidíme á volver al castillo: entónces desapareció... y mi corazón descansaba, libre del peso horroroso que le oprimiera.—Casi tocaba á la puerta, cuando se me presenta otra bandada. Suelto el halcon... y en el momento torna á aparecer la primera garza, la que yo habia querido salvar: el halcon se lanza á ella... un instante, y ya no existia...! ¡Rugero! ¿Quien impelia á la garza, para que se precipitara á la muerte?... ¿Quién ha burlado mis esfuerzos por salvarla?

RUGERO.

Nuestra vida está llena de misterios..... eso ¿cómo se puede dudar? Pero no, no nos impele ninguna potencia irresistible.—Siempre tenemos fuerzas para defendernos: siempre, para quebrantar y sacudir el yugo de las pasiones.

ALFREDO.

Tú no sabes, Rugero : tú no sabes lo que son las pasiones... Tú no has experimentada sino pasiones fáciles , inocentes , capaces de un legítimo desahogo... Pero yo... oh ! yo...

RUGERO.

Vos ! Ya lo sé , Alfredo... Vos ! Y bien : para ese caso es el esfuerzo. — Es necesario que la domineis..... Es necesario que lanzeis de vuestro pecho lo que nunca ha debido entrar en él.

ALFREDO. (*Levantándose furioso.*)

¡ Rugero !

RUGERO.

Podeis hacer lo que os parezca. — Si porque he adivinado los combates de vuestro corazon : si porque quiero fortificar vuestros sentimientos de rectitud : si porque deseo libertaros del precipicio á cuyo borde marchais... os place tambien atravesar con ese acero al amigo de vuestra infancia... entónces creeria haberme equivocado, y pensaria que ya habíais caido en una sima horrorosa , de la que fuera en vano querer os retirar.

ALFREDO.

No, Rugero ; no ! Mis manos son todavía inocentes !

RUGERO.

Y vuestro corazon tambien... El que combate, no está vencido aún, y puede prometerse la victoria. — ¡Alfredo! Volved en vos: es menester salvaros!

ALFREDO.

Rugero!... Amigo mio!

RUGERO.

Llorad, sí, llorad. — Esas lágrimas son la prenda del triunfo... — No las habíais derramado en mucho tiempo; y ved ahí el motivo de mis temores.

ALFREDO.

¡Ay! tú no sabes el combate atroz que desgarrá mi pecho: tú ignoras los furores de la pasión que me consume. — No es una pasión humana... es un amor frenético, infernal: es una llama irresistible; es un ascua de hierro candente, enterrada dentro del corazón... En vano la he combatido, Rugero: en vano he luchado con todas mis fuerzas: en vano he llamado á mi socorro los auxilios de la razón y de la virtud. — El acero se clavaba más profundamente: el ascua abrasaba con más intensidad mis entrañas. — No creas que me desconozco... Yo he sido bárbaro, bárbaro contigo, bárbaro con todos los que me rodean. En el extravío de mi imaginación, buscaba en esa bar-

barie la fuerza que me faltaba para resistir... Yo he trastornado todos mis hábitos: he buscado la distraccion en otras aficiones... tal vez hasta en otros vicios! — ¡Insensato! ¿Dónde ocultarse de sí propio? ¿dónde olvidar un pensamiento, cuando sólo él forma nuestra existencia!

RUGERO.

¡ Alfredo! ¡ Pobre amigo mio!

ALFREDO.

¡ La fatalidad, Rugero, la fatalidad!... Ella domina el universo... ella sola!... La garza buscaba al halcon; y en vano, en vano procuraba yo impedir su muerte!... ¿Quién la fascinaba? La fatalidad! — Ella me conduce, ella me empuja con su brazo de hierro... Mi resistencia!... ¿de qué sirve mi resistencia? Sólo de hacer más triste, más desgraciada, más estrepitosa mi caída!

RUGERO.

No, Alfredo. Es necesario salvarte... y tu amigo tiene derecho para exigirlo de tí, para compelerle á ello... — ¡Léjos de nosotros esa femenil debilidad!... Hablas de tu resistencia: dices que es inútil... y ¿qué has hecho para resistir? El hombre combate cuerpo á cuerpo las pasiones, y no se deja rendir por ellas. — Si tú hubieses ya sucumbido; si hubieras dejado despenarte... entónces me podrias decir que ya no era tiempo, y aun quizá entónces no tendrias razon. Pero aun no ha llegado

ese caso : aun puedes , aun es necesario salvarte del todo... —
 ¡ Hijo de Ricardo ! ¿ Tiemblas ? ¿ te estremeces á este nombre ?
 ¡ Bien ! estremécete y escúchalo : escúchalo , para tenerlo siem-
 pre grabado en tu alma... ¡ Hijo de Ricardo !... es menester
 que huyas de la viuda de tu padre !

ALFREDO.

Calla... calla , Rugero !... Que ese nombre no suene en tus
 labios... jamás ha sonado en los míos !... Que no le oigan ni los
 árboles , ni esas columnas , ni el viento que nos rodea !... Que
 no sepan mi infamia , que no me señalen como el horror y el
 oprobio del mundo !... — ¿ Ignoras que si otro que tú le hubiese
 pronunciado... si otro que tú hubiera conocido mi crimen...

RUGERO.

Cálmate , amigo mio , cálmate... Jamás saldrá de mis labios
 una expresion indiscreta ; jamás. Pero es necesario que me obe-
 dezcas : exijo de tí la promesa formal , el juramento de veri-
 ficarlo.

ALFREDO.

Habla. — Estoy resuelto á cumplir todo lo que me ordenes.

RUGERO.

Júramelo por tu honor... por nuestra amistad... por la
 sombra de tu padre , que te mira desde los cielos.

ALFREDO.

Sí, sí, lo juro... y si no lo cumpliere, véame deshonrado á la faz del universo, y cubierto de infamia y de baldon!

RUGERO.

En nombre de tu padre... al nacer el día... parte para la Tierra Santa!

ALFREDO.

¡Oh! Si yo hubiera partido!...

RUGERO.

No más!

(Durante esta escena ha anochecido completamente, y salido la luna.)

ESCENA V.

ALFREDO.

¡Al nacer el día!... partir para la Tierra Santa!... Lo he jurado: lo cumpliré... es forzoso cumplirlo.— Tiene razon: no

hay otro medio para libertarme... — ¡ Berta ! ¡ Berta ! ¿ por qué te he conocido ? ¿ por qué arribaste jamás á las costas de Sicilia ?... Yo hubiera vivido inocente , hubiera vivido feliz... tú me has robado mi inocencia , y no puedes darme la felicidad !...

ESCENA VI.

ALFREDO. BERTA.

BERTA.

¿ Sois vos , Alfredo ?

ALFREDO.

¡ Es ella !

BERTA.

Parecióme oír una voz que se quejaba en este sitio... y naturalmente me he dirigido hácia él... Seríais vos... Sí : no quiero interrumpiros. — Los corazones tristes se complacen en la soledad ; y estas dulces y melancólicas noches de Sicilia... ¡ Oh ! no hay en ninguna region noches tan bellas como en este país !

ALFREDO.

¿ Son bellas , decís !

BERTA.

Vos no podeis estimarlas, Alfredo, porque no habeis conocido las de otras regiones... ¡ Dichoso vos , que nunca abandonásteis el suelo de vuestra patria , y á quien cupo en suerte una patria tan deliciosa !... Pero yo... yo , juguete de un destino voluble , yo he respirado las nieblas y las escarchas de Inglaterra , y he atravesado tambien los arenales ardientes de la Palestina... el país de los huracanes del polo , y el país de los huracanes del desierto . — ¡ Ah ! ni en la Palestina ni en Inglaterra se respiraba el aliento de esas flores , ni se escuchaba ese blando y velado murmullo , tan agradable á mi corazon !... — Pero me olvidaba... Perdonadme , Alfredo... voy á dejaros .

ALFREDO.

¡ Oh ! no , no me dejéis !... Continudad por compasion !... Son tan dulces vuestras palabras ! Me quedan tan cortos momentos de oirlas !

BERTA.

— ¿ Cómo ! Alfredo... ¿ marchais ? ¿ Cuándo ? ¿ Adónde ?... Nada me habíais anunciado hasta aquí !...

ALFREDO.

Sí , Berta :... parto... mañana mismo . — Es forzoso... el nuevo sol me verá léjos de estos muros .

BERTA.

— Y tan pronto!

ALFREDO.

— ¿Pronto!... No: no ha sido pronto... Mas ¿qué os importa á vos? Vos quedareis... Vos mandareis siempre en este castillo!

BERTA.

— Yo! ¡Mandar yo!... Pero ¿á dónde vais? ¿Cuál es el objeto de vuestra partida? Disculpádme si soy importuna... me habeis sorprendido de tal suerte...

ALFREDO.

— ¡Léjos!... muy léjos!... Para no vernos quizás en este mundo. — Esos desiertos arenales... esas regiones solitarias bajo un sol ardiente...

BERTA.

— ¿La Palestina?

ALFREDO.

— Sí, la Palestina... Allí, allí... No hay en la tierra otra esperanza, no hay otra salvación para Alfredo!

BERTA.

Yo respeto vuestras razones, y no quiero arrancaros los secretos del corazón... — ¡ Quiere decir que la desgracia no se ha cansado de perseguirme! — Cuando pensaba haber encontrado un apoyo, un amigo verdadero, que me hiciese más soportables mis penas... cuando había sentido por vos la más dulce simpatía... voy nuevamente á quedar abandonada á merced de un hermano caprichoso, y á todo el horror de una soledad eterna!

ALFREDO.

¡ Por piedad, Berta! ¡ Por piedad!... Ah! vos no sabeis...

BERTA.

Disimuladme, si os he hablado de mí. — Es la primera vez... porque va á ser la última. Eso que me habeis indicado no es posible... Yo había colocado en vos mi esperanza... ¡ triste y doloroso es el renunciar á ella!

ALFREDO.

(¡ Imposible! ¡ imposible!... No la puedo abandonár!)

BERTA.

Quisiera pedir os un favor... otro favor, más sencillo, más fácil.—Marchais á la Tierra Santa... llevadme á mí también. Allí,

en el monte Carmelo, existe un Monasterio de Religiosas, donde he pasado algunos años de mi vida... allí existen las únicas amistades que me quedan en el mundo. Conducidme á él. En él rogaré á Dios por vuestra felicidad.... y si mi memoria no os es completamente desagradable, en él podreis de tiempo en tiempo saludar á la desdichada Berta.

ALFREDO.

No, Berta... No partireis... no partiremos... ¡Imposible! ¡imposible!... ¡Perezca mi virtud! ¡perezca todo!... No puedo abandonaros... La deshonra... el crimen... ¿qué me importa? No, no os abandonaré!...

BERTA.

¿Qué es lo que decís, Alfredo?

ALFREDO.

Sí, Berta: comprendedlo: comprended nuestra situación... ya es imposible callar. — Yo os adoro: yo os adoro desde que os ví: yo llevo el infierno mismo, el infierno del amor, dentro de mis entrañas... He luchado... he resistido... he querido huir... imposible!... — Vos no me habeis dejado huir.... vos habeis querido precipitarme!...

BERTA.

¡Yo?

ALFREDO.

Tú, tú... que tambien me amas... tal vez sin saberlo... Tú, que me has arrastrado al abismo, en donde vamos á caer uno y otro!... — Porque ya es forzoso, Berta... ya es forzoso que tú seas mia, y que yo sea, tuyo... ya es forzoso que gocemos la felicidad del delirio, pues hemos perdido la de la inocencia!... ¡Forzoso, sí, forzoso!... ¡Hija de la Bretaña! Tú has nacido para mí: un destino férreo nos une: una mano de bronce nos impele el uno contra el otro... ven, ven aquí... sobre mi corazón... á la faz del cielo y de la tierra!...

BERTA.

¡ Alfredo! ¡ Alfredo!... Vuestro padre!...

ALFREDO.

¿Qué importa mi padre?... Mi padre fué feliz ántes de bajar á la region del descanso... Yo tambien lo seré: tambien tengo yo derecho á la felicidad... Tú me perteneces desde mi infancia; sí:... porque tú has realizado todas las ilusiones que la mecieron... Me perteneces!... ¡ Maldicion, maldicion al que quiera impedirlo!...

BERTA.

¡ Por piedad, por piedad, Alfredo!... Compadeceos de mi!... No abuseis de mi debilidad!

ALFREDO.

¡Indudable! Tú me amas: mi corazón ha incendiado al tuyo... Ese es nuestro destino... esa, la fatalidad de nuestra estrella... Tú no querías apartarte de mí... yo me quedo... ¿Quién puede estorbarlo? ¿quién?... Vamos á ser felices... Seamos felices un momento sólo, y despues... que el infierno nos confunda. ¿Qué importa? Un instante; y venga, venga despues el rayo que nos aniquile!...

BERTA.

¡Qué palabras, Dios mio!... Tú me pierdes!... ¡Oh! si yo pudiera amarte, Alfredo!...

ALFREDO.

Pero no lo digas!... Seria demasiada felicidad!... Tu amor!... Que no lo repita el eco... que no lo oigan las auras!... ¡Para mí, para mí, tan sólo!... ¿Qué ha sido mi vida hasta ahora?... Vanidad, vanidad, insipidez eterna? ¿Me amarás, Berta; me amarás?... Tú me lo has dicho!... Oh! Esa agitacion de tu seno... esas lágrimas que corren por tus mejillas... Berta mia! Berta de mi corazón!...

(Berta lánguida y abandonada: Alfredo delirante, como expresan sus razones.)

ALFREDO.

ESCENA VII.

ALFREDO. BERTA. JORGE.

JORGE.

¿Qué miro? ¡Berta! ¡Berta!... Alfredo!

(Jorge, que entra de improviso, exclama como acaba de decirse.
Alfredo, sorprendido, se aparta rápidamente de Berta, y se lanza á él sacando su daga.)

BERTA.

¡Ah!... Mi hermano.

ALFREDO.

¡Desdichado! (*Le hiere.*)

JORGE.

¡Asesino! (*Cae.*)

BERTA.

¿Qué haces, Alfredo?

ALFREDO. (*Tirando el puñal, y cubriéndose los ojos.*)

¡Dios mio! ¡Dios mio! — ¿Qué es lo que he hecho? —
¡Oh! Él había visto mi felicidad! (*Cae el telon.*)

Remordimientos.

Escena primera del castillo. En el fondo una Capilla: que se abre
en la última escena.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO. ROBERTO

ROBERTO.

¡Dios mio! ¡Dios mio! — ¿Qué es lo que he hecho? —
¡Oh! Él había visto mi felicidad! (*Cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

Remordimientos.

Gran galería del castillo. En el fondo una Capilla, que se abrirá en la última escena.

ESCENA PRIMERA.

RUGERO. ROBERTO.

ROBERTO.

Estoy resuelto, Rugero : el astro de la noche me verá léjos de este castillo. ¡ Bien sabe Dios cuan costoso me es el dejarlo ; cuánto ha de padecer mi espíritu al separarme de unos lugares donde pasé cincuenta años de mi vida !—Pero , hijo mio , no me es posible permanecer más tiempo en esta caverna de maldicion. Miétras ha podido esperarse que Alfredo volviese en sí de sus extravíos , y que reparase con un arrepentimiento verdadero sus

crímenes y sus escándalos, he debido permanecer en su compañía, á fin de escitarlo á que siguiese tal camino. Esa era mi obligacion, para con su padre, que me lo encomendó á su marcha, para con él, para conmigo propio... Mas cuando el tiempo y las reconvenciones han sido inútiles; cuando, léjos de contenerse en su viciosa carrera, cada dia se precipita por ella con más desenfreno; cuando desprecia las amonestaciones de nuestro santo Obispo, y prepara hoy ese horrible espectáculo, que debe asombrar hasta á los infieles enemigos de nuestra ley... no: mis ojos no se mancharán asistiendo á él; y por más que se destroze mi corazon, al considerar este destierro á que voy á condenarme... tendré valor, tendré fortaleza, para llevarlo á cabo.

RUGERO.

¿Qué quereis que os diga?... Razon teneis para tomar esa determinacion. Yo tambien abrigué esperanzas de restituirle á la virtud: hoy todas se han desvanecido. — El que hace gala del crimen, muy difícil es que dé entrada al arrepentimiento.

ROBERTO.

Te he manifestado mi resolucion que es invariable: no pretendo que modelos por la mia tu conducta; — en semejantes casos, cada uno debe consultar con su conciencia, y seguir únicamente sus consejos. — Sólo quisiera pedirte una gracia. Ángela es tu mujer: los derechos del padre espiraron al nacer los del esposo: yo no puedo ordenarla que me siga; desearia, pues, que tú se lo permitieses... Como débil anciano, necesito un

apoyo que sostenga mis últimos momentos, una persona amada que dulcifique los largos días de mi vejez.... como padre, debo anhelar porque mi hija no respire el mismo ambiente que esa desdichada Berta. El aliento de los malvados emponzoña la atmósfera que los rodea, y puede corromper hasta la sangre de los inocentes. — ¿Me concederás esta gracia?

RUGERO.

Descuidad, padre mio. Ángela os acompañará... y Rugero tambien.

ROBERTO.

¿Tú tambien, Rugero?

RUGERO.

Sí, yo, que tampoco quiero permanecer más á su lado.— ¿Para qué? Demasiado he padecido... y demasiado he de padecer aún, sólo con la memoria de ese infeliz, que fué tan virtuoso... Yo os seguiré... yo os seguiré, Roberto!

ROBERTO.

¡Tú me seguirás! ¡me seguirá Ángela!... ¡Ay! Acompañándome vosotros, ya no me será el destierro tan duro ni tan horrible!

RUGERO.

¿Para qué he de permanecer aquí?... Ni él hace caso de mis

palabras, ni ese misterioso y desconocido extranjero las deja llegar á sus oídos... Ese es el que me lanza del palacio, como me ha lanzado del corazón de Alfredo. Sus consejos son los que lo pierden... los que le cierran los ojos á la luz... los que le impelen en el precipicio. — Su ominosa aparición cuando acababa de cometerse el asesinato de Jorge; su presencia como sobrenatural en todas partes; sus expresiones tan friamente malvadas, que hielan la sangre hasta en el fondo del corazón; aquella fisonomía que hace estremecerse; aquellas miradas que ningunos ojos humanos pueden resistir...

ESCENA II.

RUGERO. ROBERTO. EL GRIEGO.

EL GRIEGO.

Alfredo pregunta por vos. Tiene que comunicaros ciertas órdenes.

ROBERTO.

¿A mí?

EL GRIEGO.

Sí, á vos. — Son relativas á la ceremonia que va á celebrarse.

ROBERTO.

En ese caso, podeis decirle que busque otro á quien comunicárselas. Yo no pienso contribuir á tamaño escándalo.

EL GRIEGO.

¿Eso respondeis al Baron? ¿Así cumplís vuestras obligaciones?

ROBERTO.

Eso le respondo: así cumplo mis deberes. — Vos le servireis mejor.... y le acabareis de despeñar en un precipicio sin fondo. — Ven, Rugero; ven.

EL GRIEGO. (*A Rugero.*)

Esperad un poco. Tengo que deciros dos palabras. — Ya os seguirá. — (Podeis pensar de mí lo que os parezca.... pero sabed que las palabras que se pronuncian más en secreto, resuenan en mis oídos tanto como las explosiones del volcan.)

RUGERO.

(¡Y bien?...)

EL GRIEGO.

(Nada. Que lo sepais. Era una simple advertencia.) — Id: Roberto os aguarda.

RUGERO.

(Apenas le habíamos nombrado solos los dos!

ESCENA III.

EL GRIEGO.

Así. Bien está así... Que se precipiten: que pongan en ejecución su idea: que partan cuanto ántes del castillo. — Mejor. Méenos obstáculos; méenos temores. — Hé aquí Berta. No es necesario estar presente. (*Se va.*)

ESCENA IV.

BERTA. ÁNGELA.

ÁNGELA.

En tales momentos, permitidme, señora, que me retire.— Para mí no sería agradable esa magnífica ceremonia.

BERTA.

¿Que no os será agradable — decís?

ÁNGELA.

Perdonadme, si mi franqueza...

BERTA.

Ángela: yo siento mucho vuestras palabras. Me sois simpática, y me he interesado por vos. Reflexionad un poco... Será como si nada me hubiéseis dicho. Pero retirad, retirad esas palabras que habeis pronunciado!

ÁNGELA.

Sois buena, señora; y por lo mismo que lo sois, me dispensareis tanto atrevimiento.—Los que hemos nacido en una clase vulgar conservamos siempre mil ideas, que os parecen preocupaciones... Convengo en que lo serán las mías... pero no puedo vencerlas...—No os faltarán, señora, damas de honor ni jóvenes muy lindas, que os acompañen al altar.—Permitidme, permitidme que me retire!

ESCENA V.

BERTA.

¡Ángela! ¡Ángela!—No me atiende... No sé lo que pasa por mí! ¡Verme aquí despreciada, escarnecida por una mujer de la

plebe... á quien él habia colmado de beneficios... á quien yo los reservaba todavía mayores... á quien acabo de rogar casi suplicante!... ¡Qué insolencia!... Abusa de mi carácter, de la bondad que la he manifestado... abusa para vilipendiarme, para abatirme, para ajar mi orgullo y gozarse con mi humillacion!... ¡Ella me ha insultado... á mí... á la sangre más noble de la Bretaña!... ¡Ella se ha creído deshonrada de estar conmigo! ¡Ella se cree superior á Berta... á la que se dignaba de tenderle una mano, desde su elevacion, para levantarla del polvo!... No sé lo que pasa por mí... Y ¿así ha de quedar triunfante... así jactanciosa de haberme humillado?... No... es necesario que un hecho notable, ejemplar, me venga de esa desdichada, para que yo no me avergüenze de mí propia!

—¿Más crímenes, Berta?... ¿No te bastan los cometidos?... ¿No te bastan esos fantasmas que te persiguen noche y día, en las tinieblas y en la luz, en el bullicio, en la soledad, hasta en el seno de los mismos placeres que te arrastraron á cometerlos?... ¿Quieres que se levante aún otra voz tremenda, para aumentar el número de tus acusadores?—No, no. Yo no tengo el derecho de exigir de ella una estimacion que mi conducta desmerece:—ella tiene el derecho de despreciarme... La esposa de un villano es más honrada que la...!

—Pero ¿no voy á ser su esposa? ¿No va á pronunciarse sobre nosotros la bendicion de la Iglesia? ¿No van á legitimarse estos lazos, á estrecharse indisolublemente con la palabra de un ministro del Señor? — Sí:... dentro de pocos instantes, yo seré de Alfredo, y Alfredo será mio á la faz del mundo... un cuantioso donativo habrá lavado nuestras culpas y apaciguado la cólera divina... y nadie, nadie tendrá derecho de mirarme con desden... ¡Cuánta va á ser entónces mi felicidad!... ¡Ay! acabe el

remordimiento que despedaza mi corazon... y aunque deba morir en el mismo instante!... Acábase, fenezca esta voz que está siempre resonando en mis oidos.... que repiten las bóvedas.... que se prolonga debajo de tierra.... esta voz... «inces- tuosa!..., ¡fratricida!»

ESCENA VI.

BERTA. EL GRIEGO.

EL GRIEGO.

¡ Ilusion ! ¡ debilidad !

BERTA.

¿ Me escuchábais , amigo mio ?

EL GRIEGO.

Debilidad , que yo me figuraba hubiéseis ya desechado... ¿ No os va á unir un sacerdote ? ¿ No os he proporcionado ese medio de acallar vuestros vanos escrúpulos ? — Desechadlos , Berta. Serenad vuestro corazon y vuestro semblante. — ¡ Estais tan agitada ! Alfredo va á llegar dentro de un momento. Preparaos á recibirle... ¡ que tornen las rosas á vuestras mejillas ! — En cuanto á la atrevida que os insultaba poco ha... que ha pretendido humillaros...

BERTA.

¿Ya lo sabéis?... ¿Se ha jactado quizá de ello?

EL GRIEGO.

Descuidad en mí: no se lisongeará de su triunfo!

BERTA.

Pero decidme...

EL GRIEGO.

Alfredo viene: os dejo bien acompañada... En eso consiste la felicidad... Creedme: no hay nada de real y de positivo sino el placer... Todo lo demás son quimeras y preocupaciones.

ESCENA VII.

BERTA. ALFREDO.

BERTA.

Alfredo mio!

ALFREDO.

Berta!... ¡Qué conmovida estás!

BERTA.

No, no es nada, ... ya no es nada. — Lo estuve hace un instante; pero llegó nuestro amigo, y sus palabras me han animado... ¡Cuánto le debemos, Alfredo!

ALFREDO.

Sí, Berta, le debemos mucho. — Cuando mis antiguos vasallos, mis escuderos, hasta Rugero propio, á quien he colmado de tantas distinciones, comenzaron á mirarnos con desvío, con horror tal vez... este Griego sólo nos ha consagrado una amistad sin límites, y está multiplicando sus servicios por nuestra felicidad... — Apenas indicamos un deseo, y ya lo vemos cumplido por él. Hoy mismo, si vamos á legitimar la pasión que nos anima, si vamos á recibir las bendiciones de la Iglesia; á su celo, á su eficacia lo debemos. — Ignorantes y supersticiosos los sacerdotes de esta isla, se negaban á santificar nuestro enlace, arrastrados por las necias preocupaciones del vulgo, y por un respeto servil hácia ese caduco anciano que ocupa la silla de Palermo... Y bien! nuestro amigo ha hecho venir á un sacerdote de su patria, un varón de eminente sabiduría, que ha escuchado con benignidad y excusado nuestras faltas, que ha disipado nuestros temores, que va á pronunciar sobre nosotros la bendición que nos unirá para siempre...

BERTA.

Y que acabará con nuestros remordimientos... ¿No es verdad, Alfredo?

ALFREDO.

— Sí, sí, lo espero... acabará... Espéralo con toda confianza!

BEREA.

Sí, sí, lo espero... y esa esperanza es lo único que me sostiene y me pega á la vida... ¡ Oh ! ¡ qué feliz voy á ser cuando esté tranquila, libre y tranquila mi conciencia ! ¡ Cuántos tesoros de amor y de ventura voy á encontrar en tu compañía... Todo, todo lo que nos rodee, hasta las fieras, hasta las plantas, hasta los seres insensibles, van á tener envidia de mi felicidad!... El sol nacerá todos los dias brillante y magestuoso: la noche se levantará siempre suave y placentera : mi vida, mi vida toda, va á ser una continúa ilusion , un sueño inacabable de placeres. — Brotará la rosa bajo nuestras pisadas... un aroma purísimo embalsamará el ambiente que respiremos... una música etérea, celestial, vagará en torno de nosotros... El mar nos tenderá sus ondas apacibles... el bosque nos dará su melancólico murmullo... el universo entero, sus gemidos de amor y de esperanza. — ¡ Ah ! cuando la primavera haya rociado sus dones en esta tierra de bendicion... en el sosiego de la noche... á la dulcísima luz de la luna... en esa playa donde las perezosas oleadas se estrellan tan blandamente... al vago y tierno sonido de tu laud , que dilatará una brisa leve y aérea como la memoria del placer... ¿ no es verdad , Alfredo?... entonaremos el himno de los amores, y tu corazon y el mio se anegarán confundidos en aquella inefable delicia!...

ALFREDO.

¡Por piedad! Berta!... ¡por piedad!... ¡Más despacio...
Tén compasión de mí!... Tú me haces espirar de placer!

BERTA. (*Gritando con sobresalto.*)

¡Ay!

ALFREDO.

¡Berta!

BERTA.

¡Perdon, Dios mio!... ¡Misericordia!

ALFREDO.

¡Berta!

BERTA.

¿No la has oído?... ¡la voz!... ¡Perdon! ¡No más! ¡no
más! ¡no puedo más!... Alfredo, sálvame!... ¿no la oyes?...
«*Fratri!*...»

ALFREDO.

¡Calla, Berta, calla!... ¡Desdichada!... ¡Desdichados uno y
otro!... ¡Qué palidez! ¡Dios mio!

BERTA.

¿No volverá á sonar?... ¿Lo esperas, Alfredo!... Oh! Nunca ha sido tan espantosa: nunca se habia clavado tan fuertemente en mis entrañas!... ¿No volverá á sonar? ¿Crees tú que termine, cuando haya caido sobre nosotros la bendicion del sacerdote?... Alfredo! ¡Qué desdichada soy!... No me dejes... no te separes de mí un sólo momento!... Esto es morir... ¿Crees tú que acabará este suplicio?

ALFREDO.

Sosíégate, Berta, calma esa agitacion á que te abandonas, y que es tan funesta para ambos... ¡Yo no sé cuál va á ser nuestra suerte... rodeados sin cesar de esa sombra que no nos deja un sólo instante, que nos persigue más en los momentos de más ventura!... ¡Fatalidad de maldicion!... ¿Qué me importa el poseerte, el disfrutar de la felicidad suprema, si en el mismo delirio del placer ha de derramarse esa copa emponzoñada, para convertirlo en un infierno de dolores?... Si yo pudiese extinguirla!... Si pudiese, aunque fuera á fuerza de crímenes!... Imposible! Está escrito que no podamos ensordecer á esa voz... que no tengamos defensa contra ese puñal que llevamos clavado en nuestro seno!...

BERTA.

¡Con que no hay salvacion, Alfredo! ¡Con que estoy condenada á este suplicio perdurable!... Y yo que formaba esperanzas

lisonjeras... esperanzas sólo de deleite para el porvenir!... Dios mio! ¿por qué he venido á este castillo?... Tú vivías inocente y feliz; yo... no era dichosa; pero tampoco padecía este martirio imponderable!

ALFREDO.

¡Berta!

BERTA.

¡Cuánto debes maldecir mi llegada! Ella nos ha traído la perdición de ambos: el asesinato... el incesto... ¡horrorosa comitiva que venia en pos de mí!... ¿Porqué no he permanecido eternamente en las mazmorras de Damieta? ¿Porqué no sumergieron los mares mi navío, ántes de arribar á estas playas? ¿Porqué no me consumió el rayo que ví estallar sobre la cima del Carmelo?... Yo hubiera sido virtuosa léjos de tu lado... tú hubieras sido feliz, si no me hubieses conocido!

ALFREDO.

No, eso no.... jamás. Desecha esos pensamientos impíos, indignos de tí, indignos tambien de Alfredo... Nuestro destino ha sido hórroro; pero es necesario que se cumpla... yo no lo repudio, yo no renuncio á él. — Nuestra vida está dominada por el mal... enhorabuena. Le sufriremos; mas no dejaremos de amarnos... no nos arrepentiremos de nuestra pasion... — Mira Berta... mi corazon padece tanto como el tuyo... esas voces que resuenan para tí, tambien están incesantemente atronando mis

oidos : esos fantasmas que te persiguen , tambien están de continuo ante mis ojos... ¡ Pues bien ! Yo los prefiero , yo prefiero estos horrores , á esa inocencia vana é insípida de que me hablabas... ¿ No los prefieres tú tambien , hija del Norte ? ¿ Quisieras tú , por ventura , á precio de esa triste inocencia , abandonar un corazon como el mio , separarte para siempre de la mitad de tu sér , hasta olvidar la memoria de tantos momentos de felicidad ?

BERTA.

¿ Qué me preguntas , Alfredo mio !

ALFREDO.

No lo quisieras... no puedes quererlo. — Ya te lo he dicho , Berta : un destino sobrenatural nos une... un destino que nos hiciera el uno para el otro. — Es desgraciado , sí... ó á lo ménos lo ha sido hasta ahora... ¿ Quién sabe si será más venturoso mañana ? El tiempo puede borrar mil preocupaciones , que hoy combatimos en vano : la bendicion de la Iglesia...

BERTA.

¡ Ay ! en esa... en esa está sólo mi esperanza... ¡ Si ella nos volviese la calma que hemos perdido !... ¡ Si disminuyese estos horrores !... ¡ Con qué placer daria yo de limosna la mitad de mis bienes , por conseguir este alivio , sin separarme de tu lado !

ALFREDO.

Esperémoslo siempre ! esperémoslo aún ! Nuestro amigo nos lo tiene prometido...

ESCENA VIII.

ALFREDO. BERTA. EL GRIEGO. ACOMPAÑAMIENTO.

EL GRIEGO.

Y vuestro amigo no acostumbra faltar á su palabra... Verdaderamente no lo merecáis. ¡Espíritus débiles, que no saben sobreponerse á una preocupacion ! — En fin, lo habeis querido: el sacerdote os aguarda en el altar.

ALFREDO.

No sé cómo pagaros tanto servicio; cómo acreditaros mi agradecimiento ! — Cuando gustéis, Berta !

BERTA.

(Apénas puedo sostenerme... ¡Qué angustia !)—Vamos.

ESCENA IX.

ALFREDO. BERTA. EL GRIEGO. RUGERO. ROBERTO.

ACOMPAÑAMIENTO.

ALFREDO.

Roberto... ¿vos?... Pensaba que no quisiérais ser testigo!...

ROBERTO.

Y no lo pienso ser. — Pero desearia que me permitiérais algunas palabras. — Serán pocas, Señor, y serán las últimas!

ALFREDO.

¿Las últimas — has dicho?

ROBERTO.

Sí, Alfredo, las últimas; porque mi vida, pura como estos cabellos blancos que caen sobre mi frente, no habia de ir á mancharse con..... Disimulad si os hablo de ese modo; yo no sé disfrazar ni mentir mis sentimientos. — Bien sabeis que no he nacido vasallo de vuestros mayores: no tengo mi cuna en vuestros estados: mis ojos se abrieron á la luz del otro lado de la montaña. Atraído por las promesas de vuestro abuelo, vino mi

padre á establecerse en estos contornos: las mercedes del vuestro, de Ricardo, acabaron de fijarme aquí. Yo los consideraba ya como una patria adoptiva, más querida aún que la verdadera; y en ellos habia pensado siempre que descansasen mis cenizas... ¡Ilusion! ¡locura! el formar tales proyectos!... Estaba decretado que á los doce lustros de mi edad habia de emprender una nueva peregrinacion; que no tuviese en donde reclinar la cabeza! No importa... — Tomad, señor, tomad:— (*dándole un pergamino*) os devuelvo cuantas mercedes he recibido de vuestros ascendientes y de vos. — Adios, Alfredo... ¡que el cielo os ilumine!

ALFREDO.

Espera, Roberto, espera... ¿Por qué tanta precipitacion? por qué quieres abandonar el castillo? ¿por qué te creas tú mismo ese fantasma que te asuste? — ¡Si lo hubieras hecho ántes! Mas ahora... cuando la Iglesia aprueba, y va á bendecir esta union!...

ROBERTO.

Callad, señor, callad... y no añadais el sacrilegio y la blasfemia á los demás crímenes de que estais cargado... ¿Qué Iglesia es la que aprueba esa union escandalosa, esa union que debe estremecer á todos los fieles?... Un sacerdote desconocido, procedente, segun dicen, de otras regiones, que nos trae ese aventurero misterioso, imágen del príncipe de las tinieblas!... ¿Es esa la Iglesia cristiana? ¿es esta la Iglesia de Sicilia, — la que presidiera al matrimonio de vuestro padre, la que os reci-

biera al nacer, la que santificó á mi presencia vuestro nombre?...
 ¡La Iglesia va á bendecir esta union!... ¡Cuando el Obispo de
 Palermo os ha conminado ya con sus censuras, si no os apresu-
 rábais á romperla en un breve plazo!...

BERTA.

¡Alfredo!

ALFREDO.

¡Ea! basta, Roberto... Al punto, al punto has de partir del
 castillo... Jactancioso de virtud y de honradez... ¿te prescriben
 estas ser tan insolente con tus señores.

ROBERTO.

Vos no lo sois ya mio. He dejado de ser vuestro vasallo.

ALFREDO.

Lo eres aún, y lo serás, miéntras permanezcas en mi casa.

ROBERTO.

Teneis razon: vuestra es la casa... siquiera yo no sea nada
 en ella... — ¡Dios mio! Nada os pido por mí, aunque voy á ser
 muy digno de compasion... sólo por él os pido misericordia!

EL GRIEGO.

(Á Roberto.) Esperad. — (Á Alfredo.) Podríaís decirle que

llevase consigo á su hija,... discípula suya en moderacion.— Preguntad á Berta, que os informará de cuán humilde se la mostraba poco hace.

ALFREDO.

¿Quién? ¿Ángela?

— EL GRIEGO.

¡Sí, Ángela... digna ciertamente de su nombre!

ALFREDO.

¿Será posible?... ¿Os habrá Ángela faltado?

BERTA.

No os lo puedo ocultar. Ángela acaba de insultarme acerbamente.

ALFREDO.

Pero nada me habíais dicho!... ¿Habíais querido sufrir con paciencia tanta humillacion? — Que venga aquí Ángela en el momento.

RUGERO.

Esperad un poco, señor... No es necesario que venga.

ALFREDO.

Rugero ! ¿Tambien eres tú en contra mia ? ¿ Tambien te opones á mi voluntad ?

RUGERO.

No me opongo de [ningun modo : — por el contrario , voy á cumplirla. — Ángela es mi mujer. — Tomad , Alfredo. (*Le da otro pergamino.*) Ya no soy tampoco vasallo vuestro. Ángela va á seguirme léjos de aquí.

ALFREDO.

Así... ¡ tú me dejas , Rugero ! Tú , tú !!!

RUGERO.

Sí... yo os dejo... lo que nunca pensé... ¿ quién lo hubiera dicho?... — Adios , señor !... Sed felid !... ¡ Vamos !

ESCENA X.

ALFREDO. BERTA. EL GRIEGO. ACOMPAÑAMIENTO.

ALFREDO.

¡Todos me abandonan! ¡todos se separan de mi lado con horror...! ¡Tan grande es mi crimen! ¡tan patente el sello de reprobacion grabado en mi rostro!... ¿Para qué he quedado en el mundo? ¡para asombro, para execracion universal!... ¿Llevaré por ventura como Cain la marca de la maldicion divina?...

BERTA.

¡Alfredo mio!

EL GRIEGO.

¡Dejadle quejarse como un niño de los fantasmas que él propio se crea! ¡Dejadle que sea infeliz por su sola voluntad!... Justo motivo es por cierto la marcha de un viejo caduco y de un jóven fanático ó envidioso, para apesadumbrarse de esa suerte!... Y á la verdad que le debemos bastante los que estamos á su lado! ¿Vale ménos mi amistad que la de ese jóven? ¿Vale ménos el amor de Berta que...

ALFREDO.

No, no: perdona, amigo mio, ... perdona, mi adorada Berta,

un instante de debilidad, arrancado por los recuerdos de la juventud... — ¡ Vayan en buen hora léjos de aquí!... Vosotros quedais conmigo: — tú que te interesas más que nadie en mi ventura; — tú que eres el ídolo de mi corazón. ¡ Vayan, pues, á donde no vuelvan á presentarse delante de mis ojos! — Y si alguno de vosotros quiere acompañarlos; si hay alguno que esté descontento en mi presencia... que no quiera reconocer en Berta á mi esposa... que no tenga por única y soberana ley mi voluntad... tambien puede seguirlos... tambien puede despedirse de estos umbrales. — Yo no necesito á ninguno: — no me faltarán vasallos fieles que tengan á mucha honra el ser admitidos en mi servicio. — Vamos al altar.

(El acompañamiento se dirige á la puerta de la Capilla. Se abre ésta. De repente se alza la sombra de Jorge, que rechaza á Alfredo y á Berta.)

LA SOMBRA.

— Deteneos, sacrílegos... ¿ No veis el mar de sangre que media entre vosotros?

(Berta cae desmayada. Alfredo de rodillas, cubriéndose el rostro. El Griego, que ha quedado en primer término, tambien se lo cubre. Los otros nada ven.)

ACTO CUARTO.

Confusion.

Falda del Mongibelo. Colinas. Bosques.—En primer término, entre árboles, una casita modesta.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO. RUGERO. ÁNGELA.

ÁNGELA.

Con que abandonaron, decís, su escandaloso proyecto? ¿No han vuelto á intentar la sacrílega ceremonia?

ROBERTO.

Tal ha sido al ménos la relacion de Genaro.

RUGERO.

¿Habeis visto á Genaro?

ROBERTO.

Acabo de dejarle en esa aldea.

ÁNGELA.

¡Cómo!... ¿habria salido por ventura del castillo?

ROBERTO.

Si no me interrumpiéseis... Pero ¿cómo os lo he de decir todo de una vez?

ÁNGELA.

Continuad, continuad y dispensadnos, padre mio!

ROBERTO.

Os decia, pues que, ya sea que el mismo delito que los abruma extraviase sus fantasías, y diese cuerpo á aquella vision... ya, que Dios hubiese permitido que la sombra del infeliz hermano de Berta se presentase á los ojos de sus matadores... el hecho es que asombrados por la espantosa aparicion, no han vuelto á acercarse á los altares, para reclamar una ben-

dición sacrílega, y pronunciar un juramento tan horroroso. La Capilla ha estado cerrada desde aquel día: el sacerdote extranjero desapareció del mismo modo que había venido!

RUGERO.

Más vale así. — Al menos no añadirán la impiedad y la blasfemia á tantos crímenes como pesan sobre ellos!

ÁNGELA.

Pero ¿han seguido como ántes, ó han abandonado...

RUGERO.

¿Quién puede dudarle, Ángela?... La carrera del crimen se asemeja á la bajada de una colina. Guardémonos de dar en ella los primeros pasos: despues, seremos arrastrados aun contra nuestra voluntad!

ROBERTO.

Al principio se apoderó de ambos el mayor abatimiento, y por algunos dias permanecieron sin verse, encerrados cada cual en su habitacion. Pero ese Griego, que Dios confunda, despues de haber trabajado separadamente con su elocuencia infernal para calmar sus remordimientos, haciéndoles creer que eran sólo una debilidad, nacida de las preocupaciones de su infancia... despues, cuando ya estaban vacilantes, con arte diabólica les proporcionó una entrevista... y en ella... ¿qué había

de suceder?..... la pasión triunfó de nuevo de los deberes!

ÁNGELA.

Y ¡que no caiga un rayo del cielo sobre ese hombre!

ROBERTO.

Desde entónces el uno y la otra se han abandonado con el mayor desenfreno á su locura. Sus vasallos todos contemplan asombrados un escándalo tan público, un crimen tan sin pudor... Ya no se recatan ni de los conocidos ni de los extraños: juntos han asistido á las últimas fiestas de Palermo, llevando Alfredo en las justas los colores de Berta; y siendo en ellas, en los palacios, en los castillos de los barones, el objeto del asombro universal.

RUGERO.

Y ¡era tan modesto! Y ¡temia tanto verse en espectáculo, aun á los ojos de los que más le amaban!

ROBERTO.

Su inseparable Griego los sigue por todas partes, rodeado siempre del mismo misterio, inspirando la propia antipatía, pero sojuzgando sin remedio á cuantos hace blanco de sus miradas.

ÁNGELA.

—Y ¿aun no se ha descubierto su verdadera patria, su origen, su familia?...

ROBERTO.

Nada, nada se sabe hoy de él, más que lo que sabíamos nosotros. Solo sobre la tierra, no se le conocen en ella otros lazos que los del crimen. Mofador eterno de todos los sentimientos generosos, despreciador de todas las cosas divinas, frío predicador de un ateísmo desolante, sin amar á ninguna persona humana... pero lleno al mismo tiempo de sabiduría y de recursos, multiplicándose por donde quiera, calando hasta el fondo de los pensamientos... ese Griego es un problema, que ni aun se atreven á considerar atentamente, por el mismo terror que les inspira á todos. — Entre tanto el castillo, abandonado por Berta y por Alfredo...

RUGERO. — ÁNGELA.

¿Han dejado el castillo?...

ROBERTO.

Bullia en él demasiado viva la sangre de Jorge; y quisieron abandonarlo, por ver si se libertaban de su sombra.—El castillo pues, os decia, ha quedado como un yermo: el miedo de los señores se ha comunicado á los sirvientes, que refieren cosas sin-

gulares de los asombros que allí pasan... Hay fantasmas, ruido de cadenas, apariciones misteriosas... En fin, muchos, todos los que podian, han dejado el servicio de Alfredo.—Entre estos, lo es uno Genaro, que me acaba de referir en esa aldea vecina tantas y tan extrañas novedades.

RUGERO.

—Teneis razon: tantas y tan extrañas novedades!... ¿Quién habia de imaginarlas? Cuando Alfredo se distinguia entre todos los barones de Sicilia por la rectitud de su corazon y por la modestia de sus acciones; cuando era su castillo una morada de contento, un ejemplo de felicidad tranquila y animada; cuando la única pasion que conmovia su pecho era el amor filial, que le arrastraba á lanzarse á los mares y á buscar los desiertos de la Siria... ¿quién nos habia de decir que en tan corto tiempo habíamos de presenciar un trastorno tan universal, tan absoluto?

ÁNGELA. (*Despues de haber hablado en secreto á Roberto.*)

Sí, padre mio: venid... Debeis estar cansado... Venid y os reposareis unos instantes.

ESCENA II.

RUGERO.

Yo me acuerdo del día en que llegó esa desdichada... cuando él pensaba partir para los Santos Lugares... ¡Ojalá lo hubiese realizado! Nosotros que nos oponíamos á su marcha, ¡cuánto daríamos ahora por haberle animado á ella!... Ah! ¿qué sabe el hombre lo que le conduce al bien, ni lo que le lleva al borde del abismo?—«La fatalidad!—me decia él llorando otra tarde,—la fatalidad es la única ley del mundo!...»—¿Tendria razon?... ¿Estará por ventura determinada nuestra suerte por un destino inexorable, imposible de doblegar, sean los que fueren nuestros esfuerzos?... No... no! El es culpado: es culpado todo el que deja vencerse... ¡Hubiese huido cuando se reconoció débil para resistir; y no hubiera abrigado en su seno el áspid que habia de emponzoñar su sangre... La huida... la huida siempre es posible, cuando no es posible la victoria... Fuese desgraciado... pero no seria criminal!

ESCENA III.

RUGERO. ÁNGELA.

ÁNGELA.

Ya lo sabía yo... Desde que mi padre principió á darnos noticias de Alfredo, conocí que iba á acabarse tu alegría, y á llenarse de tristeza tu corazón.

RUGERO.

¿Qué quieres, Ángela! Los afectos de la juventud no se lanzan tan fácilmente del pecho... Pero ya ves que mi tristeza no me impide el ser feliz, y ménos aún el contribuir con todos mis esfuerzos á tu felicidad. — La melancolía que cubre á las veces un corazón puro y libre de remordimientos, es como una nube-cilla de primavera: suele rociar algunas gotas sobre las flores; pero no les quita su vida ni aun su brillo. El sol no tarda después en bañarlas con sus espléndidos rayos; y esta misma luz parece más pura y más amable, hiriendo las perlas que había recogido el cáliz de las rosas.

ÁNGELA.

¡Oh! sí... En cuanto á bellas palabras, á lindas y poéticas comparaciones... ya sé que no son muchos los que pueden po-

nerse á tu lado... Pues bien! aunque duren poco esas nubecillas; aunque sea efímero el rocío en que se deshagan, yo te confieso, Rugero, que no querria verlas jamás;... porque cuando principian á amenazarnos, nada me indica á mí si serán sólo tales nubecillas pasajeras, ó si llevarán en su seno el rayo y la destruccion.... — ¿Qué tal, mi querido maestro? ¿Voy sacando fruto de tus lecciones? ¿Voy adelantando en el lenguaje de las alegorías?

RUGERO.

¡Ángela! ¡Ángela!... Tú eres un serafin, que el cielo ha enviado á la tierra para hacer mi felicidad. — A tu lado no puede morar la tristeza. Tú eres dulce, como la tarde de un hermoso día; blanda, como el aliento de la rosa de abril; amable, como la antorcha que se descubre á lo léjos en una noche tempestuosa... Junto á tí, no hay ninguna pena que no se embote, ningun pensamiento de amargura que no se dulcifique... ¡Ángel del cielo! — así me apareciste desde tu niñez; y cada día que pasa por nosotros añade un nuevo grado á mi pasion, un nuevo encanto á mi felicidad!

ÁNGELA.

¡Siempre exaltado! ¡Siempre respirando entusiasmo en todas tus palabras!... ¡O de Alfredo ó de mí... Nunca has sabido hablar de otras cosas!

RUGERO.

Y ¿qué hay en este mundo, Ángela mia, — ¿qué hay de

real y verdadero sino el entusiasmo, el amor y la amistad?... Y cuando el entusiasmo se consagra á un objeto digno, cuando el amor es puro é irreprehensible como el nuestro, cuando la amistad se fundó sobre simpatías virtuosas... entónces... ¿por qué ocultarlo en el silencio?... ¿por qué no publicarlo á la faz del cielo y de la tierra, como un ejemplo de ventura, y como un himno inefable en loor de la Divinidad que nos la ha dispensado?

(Se oyen cornetas y rumor de cacería en la montaña.)

ÁNGELA.

Calla, Rugero mio... calla!... ¿No escuchas?

RUGERO.

Verdaderamente no sé quién podrá ser... El Baron de este territorio está en Palermo...

ÁNGELA.

Ya se van alejando... Por allí... Me parece que debe ser una gran batida... Hace mucho tiempo que no hemos escuchado otra igual.—¿Qué miras, Rugero? ¿qué estás observando?

RUGERO.

No hay duda... es un caminante... Mas ¿á dónde va por aquel sitio?... No hay camino allí... Ya nos ha visto, y se diri-

ge hácia nosotros... No sé cómo ha podido pasar por medio de tantos precipicios.

ESCENA IV.

RUGERO. ÁNGELA. RICARDO.

RICARDO.

¡Perdonadme, bellos jóvenes, si os interrumpo!... ¡La bendición del cielo sea con vosotros y en vuestra casa!

RUGERO. (*Presentándole la mano*).

No os detengais, buen hombre, llegad; y que Dios os bendiga igualmente... Si sois, como parece, un viajero extraviado; si sois algun infeliz á quien nosotros ó nuestro padre podamos ser útiles.... llegad, llegad sin timidez.... nuestra puerta no está nunca cerrada para el menesteroso.

RICARDO.

Os agradezco en el alma la bondad que me manifestais; y aceptaré gustoso algunos servicios, que no quedarán sin recompensa... — Aunque me veis en un traje humilde...

RUGERO.

¡Por Dios, extranjero!...

RICARDO.

Decís bien... los servicios que se ofrecen, como me los ofrecéis vosotros, no pueden pagarlos los hombres:... su recompensa está en otra parte. — Me permitiréis que descanse un poco!...

ÁNGELA.

Pero aquí no... Venid. — Estareis mejor allá adentro.

RICARDO.

Gracias! mil gracias, amable jóven!... No es necesario... ¿Dónde he de estar mejor que bajo de estos frondosos árboles?

RUGERO.

En donde gustéis.

RICARDO.

Sí, aquí... Es un hermoso sitio... una vista sumamente deliciosa... Es una digna habitacion de dos jóvenes tan felices como vosotros me lo pareéis.

RUGERO.

Extranjero, nosotros somos unos pobres aldeanos, que no os

podemos ofrecer regalos ni abundancia; pero si necesitais reparar vuestras fuerzas, no os faltará en esta humilde habitacion con qué satisfacer las verdaderas necesidades de la vida.

RICARDO.

Ya os he dicho que aceptaré vuestras ofertas con la misma franqueza con que me las haceis... Mis desgracias me han enseñado á recibir sin altivez los beneficios de mis prójimos.

ÁNGELA.

¡Vuestras desgracias!... ¿Habeis sido desgraciado?

RICARDO.

Mucho!... muy infeliz!... Mi vida entera ha sido una série casi constante de desdichas; y si alguna vez ha lucido la felicidad sobre su horizonte, luego, luego se ha desvanecido como una exhalacion!

RUGERO.

Os compadecemos, extranjero. Tambien nosotros sabemos lo que es padecer, y hemos conoeido las horas de la amargura... Sin embargo, la amargura ha pasado, y se ha desvanecido el padecimiento, porque nuestros corazones estaban puros é inocentes.

RICARDO.

¡ Ah! vosotros no habeis arrastrado una penosa existencia

lédos de vuestra patria... vosotros no os habreis visto arrancar todas las personas que obtenian vuestro cariño... vosotros no habreis contemplado la muerte volando en derredor por espacio de muchos dias; y no separarse de vuestro lado, y no restañarse la sangre que corria anchurosamente del pecho, sino para ser sepultado en las mazmorras de Damietta, y sufrir el más horrible cautiverio... — Yo no sé si cuando se padece tanto, será bastante consuelo el decir en el interior «soy inocente!»... En cuanto á mí... yo no sé... yo no me atrevo á decirlo.

RUGERO.

No os dejéis abatir, extranjero. Desechad las angustias de lo pasado: pensad que ya lucirán para vos dias más tranquilos.— Estais en una tierra cristiana, en una region hospitalaria...

RICARDO.

Sí, amigo mio: espero que lo sea para mí, y que se dulcifiquen mis desventuras. Rotas ya mis cadenas, y atravesado felizmente el mar, parece que el cielo principia á serme favorable.

ÁNGELA.

Y ¿es todavía muy lédos á donde caminais?

RICARDO.

Me dirijo á la parte septentrional de esta isla, viniendo de las costas opuestas, donde he desembarcado. Confiado en mi me-

moria, para reconocer estos sitios, que habia corrido en otro tiempo, me decidí á atravesar solo la montaña; pero algunos años han trastornado la faz de esta tierra, y os debo confesar que me he perdido... Cerca de estos lugares me pareció escuchar clamor de cacería, y me encaminé á donde se escuchaba el ruido, para preguntar á los monteros por la senda que me vendria tomar... Pero ellos se alejaban; y por más esfuerzos que ponía de mi parte, sólo adelantaba extraviarme y confundirme más aún. Ya principiaba á fatigarme el cansancio, cuando descubrí vuestra habitacion... — No sabeis cómo os agradezco la caridad que ejercitais conmigo.

RUGERO.

Pues bien!... restablecereis vuestras fuerzas; y mañana, ó cuando querais partir, yo mismo os conduciré á la llanura, y os indicaré vuestro camino, segun el punto á que querais marchar... — Y bien, Ángela mia!

ÁNGELA.

Escucha, Rugero. (*Hablan en secreto.*) (*Se vá Ángela.*)

RICARDO.

¡Rugero! ¡Ángela! — han dicho!... Y su edad... y sus facciones... ¿Será posible? Pero ¿cómo habrian dejado el castillo?...

ESCENA V.

RUGERO. RICARDO.

RICARDO.

Permitid, jóven, que os haga una pregunta... Vuestros nombres... (los habeis dicho delante de mí)... vuestros nombres... no lo puedo disimular... me han conmovido en extremo.— ¿Habeis nacido en estos mismos lugares?

RUGERO.

— En la isla, sí; no aquí precisamente. — Más allá de esa cordillera, hácia la llanada de Palermo, hay un castillo donde tuvo principio nuestra existencia. Si, como parece, vos habeis recorrido estos lugares, podeis conocerle muy bien... El padre de Ángela y el mio eran vasallos del señor de aquel territorio, y continuos de su casa.

RICARDO.

¿Vuestro padre se llamaba...

RUGERO.

Conrado.

RICARDO.

Y el de Ángela; Roberto?...

RUGERO.

Seguramente, Roberto... ¿Los conocíais acaso? — ; Qué teneis? ¿Por qué es esa agitacion, que no podeis dominar?

RICARDO.

Y ¿vive Roberto?... vive?...

RUGERO.

Vive, sí... vive aquí con nosotros... en esta casa.

RICARDO.

¿Aquí!... Y no en el castillo?... ¡Dios mio!., Roberto! Roberto! ¿Qué ha sido de mi hijo?... *(Se entra en la casa.)*

RUGERO.

¡Conoce á nuestros padres!... ¡nos conoce!... ¿Quién es?... Si no hubiese muerto!... — ¡Alfredo!... ¡Qué horror!... No sea ¡Dios mio! no sea!... Sigamos á descubrir este misterio!...

ESCENA VI.

ALFREDO. BERTA. EL GRIEGO. CRIADOS.

(Han asomado por una colina al tiempo de decir Ricardo sus últimas expresiones.—Van bajando.)

BERTA.

Aun no se descubren los que quedaron con los caballos.

ALFREDO.

Es que habíamos subido mucho... Pero ya no tardaremos en llegar á la falda.

BERTA.

Bien lo deseo, y bien lo hé menester... ¡Estoy tan cansada!... Jamás me he sentido con ménos fuerzas que hoy!

ALFREDO.

Descansaremos, si quieres... Aquí, en esta cueva podremos guarecernos de los rayos del sol.

BERTA.

No, no... Estoy agitada aun más que cansada... No sé por qué... pero no quisiera detenerme en estos sitios. — Bajemos, bajemos más.

ALFREDO.

Al ménos, amor mio, puedes apoyarte en mi brazo... — ¿Qué tienes, Berta?... ¿Por qué tiemblos? ¿Qué pálida estás!

BERTA.

Estoy muy fatigada... No me es posible seguir, si no nos detenemos un poco.

ALFREDO.

Pues bien!... aquí... en esta pequeña llanada, bajo estos árboles... ¿Qué miro! Una casa!... Ven á descansar á ella.

BERTA.

No, no, Alfredo... no: no llegues á esa casa... ¿No ves qué aspecto tiene?... Yo me lleno de terror sólo al contemplarla... No sé por qué; pero no lleguemos... ¡Ah!... Míralo! míralo!...

ALFREDO.

¿Qué he de mirar? ¿De qué es de lo que hablas?

BERTA.

¿No lo ves?... El cuervo que nos persigue todo el día; que no ha dejado de volar en derredor de nosotros; y que en vano han querido ahuyentar los balleteros... ¡Míralo! Encima de esa casa está!

ALFREDO.

Voy á disparar tus recelos...— Dadme una ballesta.

BERTA.

¿Qué vas á hacer, Alfredo?

ALFREDO. (*Tira al cuervo: este cae.*)

Míralo ya.—¿Se acabarán ahora tus temores?

BERTA.

Bien! Pero no lleguemos á la casa.—Descansemos aquí un instante, y sigamos luego nuestro camino.

ALFREDO.

Como tú quieras, vida mía. Descansemos aquí. Yo tambien necesito un momento de descanso... ¡Qué ballesta tan dura!... Me ha hecho daño el esfuerzo para disparar... ¡Cómo me palpita el corazon! (*Se sienta.*)— Sólo tú, amigo mio, (*al Grie-*

go) eres superior á todas las fatigas... — Sin embargo, observo hoy en tí una novedad que no sé explicarme. Jamás te he visto tan taciturno. ¿Qué tienes? ¿Estás, por ventura, enamorado?

EL GRIEGO.

¿Yo!... No, no lo temas!

ALFREDO.

¿Te ha ocurrido alguna desgracia? ¿te oprime algun presentimiento?

EL GRIEGO.

¿Presentimiento!... ¿Soy yo acaso algun espíritu débil como tú?

ALFREDO.

Me parece que no tienes derecho para darme ese nombre. En otro tiempo — no lo negaré, — mi razon era esclava de todas las preocupaciones comunes... Pero, gracias á tu auxilio, ya he sacudido un yugo tan vergozoso como insopor- table.

EL GRIEGO.

¿De veras, Alfredo!

— Sin embargo, obsér-
 vo hoy en ti una novedad. Jamás te he
 visto tan incluíno. ¿Qué tienes? ¿Estás por ventura, en-

Entiendo que tú no lo debes dudar... ¿Crees, por ejemplo,
 que en otra ocasión no me hubiera detenido en disparar ese ba-
 llastazo? ¿Crees que no me causaría temores esta zozobra inte-
 rior que me ha quedado de él?

EL GRIEGO.

— Podría haber con todo circunstancias que te hicieran pueril-
 mente temblar, como temblabas ántes.

ALFREDO.

No lo temas, amigo mio... ¡Temblar?... ¿de qué? Aquel
 fantasma que me perseguía, se ha disipado... aquella voz que
 resonaba en mis oídos, me ha dejado ya libre de su perse-
 cucion.

EL GRIEGO.

¿Qué sabe nunca el hombre lo que le espera?... Tú, que
 te jactas de valor y de serenidad, quizá desfallecerías delante
 de un hombre que puede estarnos oyendo...

ALFREDO.

¿Te burlas!...

EL GRIEGO.

Como temblaba Berta delante de esa cabaña, que no se atreve á mirar.

BERTA.

Por compasion... no me la nombreis; no la ofrezcais á mis ojos ni mi pensamiento... ¿Qué importa?... Yo no me precio de fortaleza... ¡Dejadme con mis preocupaciones!... Vamos, vámonos, Alfredo!

ALFREDO.

ALFREDO.

Pero, Berta!

RICARDO.

BERTA.

Sí, dejadme... y vámonos... ¿No veis que esa cabaña tiene el aspecto de un sepulcro?... ¿No veis ese vapor fatídico que la circunda?... Si de repente se levantara en ella... ¡Ay! Ricardo!... Mi esposo!... Perdon!

RICARDO.

ESCENA VII.

ALFREDO. BERTA. EL GRIEGO. RICARDO. ROBERTO.

RUGERO. ÁNGELA. ACOMPAÑAMIENTO.

RICARDO.

¡Berta!

ALFREDO.

¡Mi padre!

RICARDO.

¡Alfredo!

BERTA.

¡Perdon, sombra de mi esposo!... espíritu de la tumba!...
¡Perdon!

RICARDO.

No soy sombra, Berta... no soy espíritu de la tumba... No,
Alfredo... Soy tu padre... soy Ricardo... que vive aún para
corregir extravíos, para castigar crímenes... El cielo no ha

permitido mi muerte : — ojalá me la hubiese enviado , ántes de veros como os encuentro hoy ! — En fin , ya estoy en Sicilia . . . y delante de vosotros . — Levantad , señora . . . Vamos á mi palacio . . . allí sabreis mi voluntad . — Roberto , Rugero , Ángela . . . acompañadme tambien . . . no admito ninguna excusa , ninguna , ninguna . . . — En cuanto á vos . . . *(al Griego)* dispensadme de que os vuelva á ver en mi presencia !

En sala del castillo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO, EL GRIEGO.

Al trueno. (Entra con consternación.)

¡Alfred! ¡Alfred!

ALFREDO. *(Levantándose.)*

— ¿Tú aquí, ¿algo más? — Ya te encargaba que no vinieras.

ACTO QUINTO.

Crímen.

Un salon del Castillo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO. EL GRIEGO.

EL GRIEGO. (*Entra con [cautela.]*)

¡Alfredo! ¡Alfredo!

ALFREDO. (*Levantándose.*)

¡Tú aquí, amigo mio?... Yo te imaginaba léjos de este palacio.

EL GRIEGO.

¿Había de haberte dejado de ese modo?... ¿sin despedirnos?

ALFREDO.

Como mi padre...

EL GRIEGO.

Tu padre... sí, tu padre... me ha echado de su presencia. ¡Tal relacion le habrán hecho de mí su Roberto, su Rugero, su querida Ángela!... Y bien! no volveré á presentarme á su vista... Tampoco me presentaré más á la tuya, si confirmas por tu parte este destierro...

ALFREDO.

¡Yo!

EL GRIEGO.

Ellos me acusan de que te he pervertido y te he precipitado... de que si tú has adorado á Berta, si os habeis entregado á los placeres de ese amor, ha sido solo por mis consejos.—En cuanto á tí, bien sabes la verdad: bien sabes cuán falsas son esas acusaciones; cuán léjos me hallaba de estos lugares, cuando quiso vuestra suerte... Pero en fin, eso no importa. Si tú participases de su creencia; si entendieses que culpándome á

mí, te puedes restaurar en la gracia de tu padre; si anhelas obtener esa gracia... ¡en buen hora!... Pronuncia una sola palabra, y parto á donde no vuelvas á verme jamás!

ALFREDO.

¡Oh! nunca, nunca, amigo mio!... Nunca me acusarás de esa ingratitud, de esa perfidia... Primero estoy resuelto á sufrir todas las reconvenciones, todas las penas que quieran imponérseme. Yo no te debo á tí sino agradecimiento, eterno agradecimiento... Tú has sido el único que te has interesado por mí... el único que trabajabas por conseguir mi ventura.

EL GRIEGO.

No esperaba yo otra respuesta de Alfredo... Perdona si he fingido unos temores que estaban muy distantes de mi ánimo... Y, pues que tú no me lanzas de tu presencia, pues que no me ordenas abandonar el castillo... descuida, Alfredo; me quedo contigo... permaneceré á tu lado, hasta ver asegurada nuevamente tu felicidad.

ALFREDO.

¿Qué pronuncias, amigo mio!... ¡Mi felicidad?... ¡Ilusion que se ha desvanecido como un sueño! ¡Palabra que no tiene sentido para mí!... ¡Felicidad! Esta mañana la creia aun posible; ya me iba aproximando á ella... Ahora... cuando me ves en este abismo sin fondo, donde me he precipitado... cuando el

sepulcro mismo ha lanzado su presa, para que venga á pedirme cuenta de mis extravíos... ¿ cómo puedes hablarme de felicidad ni de esperanza ?

EL GRIEGO.

¡ Siempre débil ! ¡ siempre preocupado por una idea ! ¡ siempre desconfiando de lo futuro, porque ni siquiera conoces lo presente !

ALFREDO.

Pero ¿ dónde... ¿ dónde puedo encontrar, no ya la ventura, siquiera al ménos el descanso?... ¿ dónde?... ¡ Ah ! lo sé... En un lugar... en un lugar solo... no hay más que uno para mí... la tumba. ¡ La tumba ! sí... y bajaré á ella... yo descansaré en el seno de la nada... Allí, allí se calmarán estos dolores : allí se apagará la maldecida estrella que me ha conducido por el mundo... ¡ Mira ! ¿ ves este acero ? ¿ Le ves teñido en sangre?... Es la de Jorge... Ya sabe el camino del corazón.— Jorge descansa ya... yo iré á descansar á su lado !

EL GRIEGO.

Me da compasion el escucharte... ¡ Quieres morir ! ¡ quieres abandonar la vida ! ¡ renuncias al porvenir, que tal vez se te preparaba!... ¡ A los cinco lustros de edad, despedirse de la existencia, por un contratiempo que hubieras podido prever!... ¡ Pobre, pobre delirante ! ¡ El que esta mañana me decia que no era ya un espíritu débil !... Vamos, Alfredo ; es necesario sa-

cuadir esos restos de molicie... Ninguna afliccion es perdurable... ninguna tormenta dura veinticuatro horas.—Serénate. Conserva por esta noche la vida... Siempre hay tiempo para morir... ¡Y bien! ¿en qué se funda ahora tu desgracia? En que vive tu padre.—Mas, ¿es por ventura inmortal?

ALFREDO.

¡Qué idea tan horrorosa, gran Dios!

EL GRIEGO.

Nada, nada de extraño... Al momento se ofusca tu razon, y te pierdes tras de sentidos misteriosos.—Yo he dicho únicamente que tu desgracia se funda en la vida de tu padre, y que tu padre no es inmortal... ¿No es esto por ventura muy sencillo? ¿No es lo natural que los padres mueran primero que sus hijos?

ALFREDO.

Calla, calla!... Esas expresiones, ese acento, me estremecen!...

EL GRIEGO.

Siento que interpretes con tal equivocacion mis ideas... pero ¡bien! me guardaré de repetírtelas... Unicamente insisto en que no abandones la esperanza.—A cada instante puede haber una novedad en la vida. Aguarda, pues.—Tu padre se acerca

con Roberto... Sígueme, sígueme... Tenemos aun que hablar, primero que te presentes á él.

ESCENA II.

RICARDO. ROBERTO.

RICARDO.

No, no puedo dilatarlo. Habia pensado que pasase esta noche, ántes de intimarles mi resolucion... Pero no sé qué zozobra me agita: el corazon me late, como si quisiera salirseme del pecho!... Necesito concluir de una vez!...

ROBERTO.

¿Qué ordenais, pues, señor?

RICARDO.

Necesito concluir... Haz que vengan á mi presencia.

ROBERTO.

¿Los dos?

RICARDO.

Sí, los dos... pero no á un mismo tiempo.—Es mejor verlos

separados.—Quiero conservar, en cuanto me sea posible, un resto de serenidad.

ROBERTO.

Y ¿cuál vendrá primero?

RICARDO.

Cualquiera... lo mismo es...—No, no; ella... ella primero.—En favor de mi hijo me hablará siempre la memoria de su madre!

ROBERTO.

¡Ah, señor!... ¡Su madre!

RICARDO.

Sí, Roberto... su madre... aquella bienaventurada que yo no merecía, y que nos está mirando desde el cielo... ¿Por qué me he olvidado de ella alguna vez? ¡Ve, ve, Roberto!

ESCENA III.

RICARDO.

¡Ojalá la hubiese yo acompañado á la tumba... y no me vería hoy!... Yo, yo soy el primer culpado... yo que falté á mis votos, á mis promesas más solemnes... yo, que no tuve reparo en dar á Blanca una sucesora!... Ella no lo hubiera hecho jamás conmigo!...—No puedo respirar... la sangre hierve y sofoca mi pecho... parece que van á estallar todas mis venas!... Está tan condensada esta atmósfera!... Un poco de ambiente de la noche quizá me haría bien.

(Abre una ventana del fondo; y aparece el Volcan ardiendo.

Relámpagos y truenos.—Vuelve á cerrar.)

—¡Oh Dios! ¡tambien el cielo... tambien la naturaleza se estremece!... ¿Qué noche de horrores es esta! ¿qué noche de desolacion!

ESCENA IV.

RICARDO. BERTA. ROBERTO.

ROBERTO. (*Anunciando.*)

Vuestra esposa, señor.

RICARDO.

Bien, Roberto. (*Roberto se va.*)BERTA. (*Corriendo á los piés de Ricardo.*)

¡ Misericordia, Señor!... ¡ Misericordia!

RICARDO.

Levantaos, levantaos, Berta!

BERTA.

No, no me levantaré de vuestros piés, hasta que me hayais perdonado!

RICARDO.

Levantaos, señora... ¿ Puedo yo perdonaros por ventura?...
Vuestro perdon... implorado del cielo!

BERTA.

Del cielo... sí... yo lo imploraré... Mi vida toda será un sacrificio de expiación por mis crímenes...— Pero perdonadme vos también... lo necesito ántes que todo... así me será más posible desarmar la cólera divina.

RICARDO.

Bien lo habeis menester, Berta... Vuestras faltas han sido muy grandes.

BERTA.

¡Enormes! Ricardo, ¡enormes!... Lo conozco... Yo os he perdido... he perdido á mi hermano... he perdido á vuestro hijo... he manchado vuestro tálamo... he hecho correr mi propia sangre... he derramado el deshonor sobre vuestro nombre... he sido el oprobio de mi país, el escándalo de Sicilia, la execración del mundo todo!... ¡Enormes, enormes han sido mis crímenes!... ¡Mi existencia ha sido un azote para la humanidad!... Pero ¡apiadaos de mí, Ricardo! ¡No me desecheis de vuestra vista con indignación! ¡Tened, tened piedad de esta desdichada!... ¿Decís que no podeis perdonarme!... ¡Ah! Dios perdona siempre, cuando son verdad nuestro dolor y nuestro arrepentimiento!

RICARDO.

Bien... Berta!... Yo tampoco soy inexorable... Yo os perdonaré... porque Dios me perdone!... Levantad!

BERTA.

¡Me perdonareis? ¡Oh! no me levantaré! ¡no me levantaré de vuestras plantas!... Dejad que las bañe con mi llanto, con el llanto de la gratitud y del consuelo!... Vos me salvais, Ricardo... vos sois un enviado de la Divinidad, para abrirme las puertas de mi salvacion... ¡Ah! Puesto que vos me perdonais... puesto que las lágrimas que corren por mi pecho han podido enternecer vuestra alma... ¡haced, Dios mío, que tambien consiga misericordia en presencia de mi hermano!... ¡Haced que tambien me conceda su perdon!... ¡Que se borre mi crimen!... ¡que se extinga esta voz horrorosa, que me ha perseguido desde su muerte!...

RICARDO.

(¡Desdichada!... Seguramente era digna de mejor destino!)

BERTA.

¡Conque me habeis perdonado!... ¡O gozo!... Ya podré levantarme del suelo... (*Se levanta*). Ya tendré derecho... ¡Ay, no!... ¡Santo es el arrepentimiento; pero no es puro y cándido como la inocencia!...—Me habeis perdonado... derramais un bálsamo en mi corazon... mas nadie borraré la mancha que llevo estampada sobre mi frente!

RICARDO.

Berta... yo he prometido vuestro perdon, porque he visto

correr esas lágrimas, y porque mi alma necesita tambien demandar misericordia. Cuando yo era jóven... estuve unido á un ángel, cuyo mérito no conocí durante su vida; más á quien por lo ménos no hubiera debido olvidar despues de su muerte... La olvidé un dia: vos me hicisteis olvidarla... ¡ojalá no me hubiéseis escuchado nunca!—Desde entónces se acabó mi tranquilidad, y no he conocido sino desgracias. —Perdonada estais, Berta... pero ni vos ni yo debemos querer una vida comun... ni el mundo pudiera tampoco permitirla. — Vos conoceréis que no obro por resentimiento... completo es mi perdón... pero las heridas duelen siempre, y estas manchas—ya lo dijisteis—nunca se borran. — ¡Berta! mañana partireis para un monasterio... el que vos misma elijais... No debeis alucinaros... ¡habeis menester de implorar largamente la misericordia del Señor!

BERTA.

Precisamente iba á solicitar de vos esa gracia. Hay situaciones en las que no nos queda otra esperanza que la de una penitencia perdurable... Yo debo hacerla, Ricardo... yo la haré.—Ni tengo derecho para ser considerada como esposa vuestra; ni soy ya tan poco cuidadosa de vuestra reputacion y vuestro nombre, que quiera haceros participe de mi ignominia... No: yo he cometido el crimen; yo sola debo llevar el castigo y la vergüenza... Disponed mi marcha... disponed de mi destino... Sola, en una perpétua reclusion, yo justificaré vuestra conducta, y haré conocer á vos propio y al mundo entero que soy digna del perdón que me habeis otorgado.

RICARDO.

En buen hora, Berta... Yo lo celebraré... Adios: no nos veremos más... Roberto cuidará de vuestro destino.

BERTA. (*Se arrodilla y le besa la mano.*)

Adios, señor, Adios!... En fin me habeis perdonado... ¡El cielo os haga tan dichoso como yo deseo!

ESCENA V.

RICARDO.

¡Dichoso!... ¡Ah! eso es imposible... la felicidad no estaba guardada para mi vejez... lo estaban solo el desamparo y la tristeza... Sin embargo, cuando se perdona, se aligera un poco el peso del corazón... Y ¿quién no ha de perdonar, ¡Dios mio! cuando todos necesitamos indulgencia? (*Truenos*). ¡Cómo brama la tempestad! Parece que batallan todos los elementos... que el universo entero se conmueve como mi corazón!

ROBERTO. (*Entrando.*)

Alfredo, señor, aguarda vuestras órdenes.

RICARDO.

Haz que entre. (*Roberto se vá.*) — ¡Blanca! ¡Blanca! Hé aquí á tu hijo y á tu esposo... ¡Ay! tu memoria me enternece en su favor... Ya he principiado á perdonar... y ¿quién puede ser duro é inexorable con su hijo?

ESCENA VI.

RICARDO. ALFREDO.

RICARDO.

Acercaos, Alfredo!... Acercaos á vuestro padre!

ALFREDO.

(¡Mi padre!)

RICARDO.

Acercaos... ¿no teneis nada que decirme?

ALFREDO.

¿Yo!

RICARDO.

— Sí, vos, Alfredo... ¿No teneis nada que decir á vuestro padre? Un padre está siempre pronto para escuchar á su hijo...

ALFREDO.

(¡Qué martirio!)

RICARDO.

— ¿No me respondeis?

ALFREDO.

— ¿Qué he de responderos, señor!... Yo... nada tengo que deciros!

RICARDO.

(¡Qué diferencia de ella!... ¡y ella no es mi sangre!)... — Pues bien!... supuesto que nada teneis que decirme... yo tengo que deciros á vos... ¿Sabeis Alfredo, que soy vuestro padre? ¿sabeis que tengo derecho para pedir os cuenta de vuestra conducta?

ALFREDO.

— Lo sé, señor.

RICARDO.

¡Lo sabeis!... Y ¿sabeis tambien que esa conducta ha sido la más criminal, la más escandalosa? ¿qué habeis derramado á manos llenas el deshonor sobre vuestro padre? ¿que habeis asombrado á la Sicilia? ¿que habeis llegado á ser la execracion de la Cristiandad? ¿que vuestro nombre será la palabra de baldon y de oprobio para todas las generaciones venideras? ¿que el infierno mismo se estremecería, si bajáseis á él cubierto de tan detestables crímenes!... ¿Callais?... Sí, callad... pero lo sabeis; no podeis ignorarlo... Y si la voz de la conciencia se ha extinguido absolutamente en vuestro corazon... mi voz, la voz tremenda de un padre, se levanta todavía más terrible para recordároslo, para tronar sobre vuestra cabeza, y resonar incesantemente en vuestros oidos. (*Truenos.*)

ALFREDO.

(Yo no puedo más!)

RICARDO.

Tu padre... sí... que en medio de la más lisongera esperanza se acercaba á Sicilia, creyendo recobrar en los brazos de un hijo la felicidad que habia huido de su seno!... Tu padre... que habia escuchado otras veces en la Palestina los elogios de tu virtud, y se habia gozado con ella como con la corona más preciosa que pudiera el cielo concederle!... ¡Ah! todo ha volado como un sueño, como una ilusion!... Su virtud se ha conver-

tido en horrores... su obediencia en rebeldía... Yo le he abierto los brazos, los brazos de un padre que siempre perdona... él ha separado su rostro, y me ha rechazado sin piedad.

ALFREDO.

¡Padre! ¡Padre!... Y bien... ved aquí mi pecho... empuñad ese acero que pende á vuestro lado... partidme con él el corazón! — Vengad, vengad, señor, vuestros ultrajes... vengad los crímenes que están acumulados sobre mi cabeza... vengad la sangre que esta mano derramó, y cuya mancha no puede borrarse de mi frente!... — Yo soy el oprobio de vuestro nombre, el baldon de Sicilia, la execración del mundo... vos lo habeis dicho!... Pues bien... un golpe solo; y se borra ese oprobio, y fenece ese baldon, y Alfredo descenderá al eterno descanso!... Mi muerte, mi muerte sola...

RICARDO.

¿Tu muerte! ¿tu muerte, hijo del dolor!... Y ¡la pides á tu padre!... ¡Ay! él ansiaba por otorgarte su perdon, y tú le pides la muerte, desdichado?

ALFREDO.

¿Mi perdon, decís?... Imposible!... El cielo mismo no puede perdonar los crímenes que me abruma!... (Truenos.)

RICARDO.

¡Silencio, sacrilego!... ¡Que tu labio no pronuncie semejante

blasfemia!... ¿Sabes que con ella destrozas todavía más el corazón de tu padre?

ALFREDO.

¿Mi perdón!... ¿Sería posible?... ¿Me pudiérais vos perdonar?...

RICARDO.

Basta, Alfredo... es necesario concluir una escena tan dolorosa... Yo había esperado más de tus antiguas virtudes... Me engañaba... Es necesario que partas inmediatamente del castillo: que salgas muy en breve de toda la isla... — ¡Hijo desnaturalizado! has cubierto de duelo y desolación á quien te diera la existencia... á quien habría perdido la suya por tu felicidad... — Por mi honor, por tí mismo, no puedo consentir en que parezcas de nuevo á mi presencia. — Marcha, marcha lejos de estos lugares... y pide á los cielos que te acompañe su bendición, ya que no puede acompañarte la mía! (*Truenos.*)

ESCENA VII.

ALFREDO.

¡Conque estaba dispuesto á perdonarme! ¡Conque su bendición iba á caer sobre mi frente, si yo la hubiese implorado!... ¡Yo! implorarla yo!... Y ¿qué me importaba su perdón para

mi felicidad?... ¿Me había de volver á Berta? ¿Había de privarse de sus encantos, por satisfacer los deseos de un hijo tan criminoso?... No, no... He hecho bien... El mismo resultado, y una humillacion ménos!...—Esta idea que no me abandona... estas palabras del Griego «¿es por ventura inmortal?—¿no es natural que los padres mueran ántes que sus hijos?»— ¡Oh! sería demasiado!... ¡Qué crimen!... Desechemos, desechemos tan horrible idea!...

(Óyese el preludio del laúd del primer acto. En seguida la voz del Peregrino canta como allí.)

LA VOZ.

«¡Ricardo!... Ricardo volaba el primero,
Brillando entre todos cual rayo de luz:
Torrentes de sangre derrama su acero...
¡Victoria á Ricardo! ¡victoria á la Cruz!

ALFREDO.

¡Qué acentos, Dios mio! ¡Qué recuerdo!... El romance de aquel Peregrino...

LA VOZ.

«¡Despierta, Ricardo!... Ya Alfredo se lanza,
Romper tus cadenas ansiando ó morir...
¡Despierta, Ricardo!... Victoria y venganza
La espada de Alfredo sabrá conseguir!

ALFREDO.

Y ¡tambien mi nombre! ¡el nombre de Alfredo!... Yo... yo se lo dije!... Alfredo era entónces inocente!... Alfredo anhelaba entónces por descubrir á su padre!... por salvarle del cautiverio en que le creia sepultado!... Ahora ¡qué horror!...— No más; no más crímenes!... — ¡Padre!... ¡padre mio!... ¿por qué me abandonais ahora que va á principiar mi arrepentimiento?... ¿No podrán borrarse mis culpas? ¿no habrá un bautismo para mi regeneracion? ¿no habrá perdon? ¿no habrá misericordia para mí?

ESCENA VIII.

ALFREDO. EL GRIEGO.

EL GRIEGO.

No: no le hay... Es imposible, Alfredo.

ALFREDO.

¡Imposible!

EL GRIEGO.

En un primer momento, en un momento de conmocion, fá-

cilmente se pronuncia «perdon — olvido — misericordia»... Mas la conmocion pasa; y el olvido, y el perdon, y la misericordia pasan con ella.

ALFREDO.

¡Pasan!

EL GRIEGO.

¿Cómo ha de aniquilarse una memoria, cuando la despiertan á cada instante todos los objetos que estamos viendo? ¿Somos por ventura dueños ni de nuestros recuerdos ni de nuestra voluntad?

ALFREDO.

Cierto... cierto es!... Pero yo descansaba un momento con esa ilusion... Te hubiera agradecido que me dejases saborearla!

EL GRIEGO.

Para padecer más despues... cuando te apercibieses de la verdad!

ALFREDO.

— ¡La verdad! ¡la verdad!... Siempre me has dicho lo que llamas la verdad... y esa verdad ha sido siempre desoladora!

EL GRIEGO.

Y ¿es acaso culpa mía, si el mundo está dominado por un principio maléfico?

ALFREDO.

¡Otras veces!... Serían ilusiones... ¡en buen hora!... pero yo era feliz. — La verdad... tus verdades me han hecho cada día más desgraciado!

EL GRIEGO.

Justo... justo es que me dirijas semejantes reconvencciones... Hé aquí el pago de complacer á un espíritu débil, á un visionario como tú!

ALFREDO.

¡Griego!... déjame en paz!... déjame gozar siquiera un solo instante!... déjame al ménos la esperanza!... Tus verdades son como el infierno, que no conceden un momento de descanso!

EL GRIEGO.

Sí... voy á dejarte... no un instante solo. — Estás cansado de mis servicios... te pesa el agradecimiento... no nos volveremos á ver. — Quieres gozarte en la idea de no sé qué perdon,

como un niño, como una mujer tímida. — Gózala largamente. Implóralo de Berta: ella, ella podrá conseguirlo de tu padre.

ALFREDO.

¿Qué es lo que dices?... ¿de Berta?

EL GRIEGO.

Sí, de Berta... que lo ha obtenido ántes que tú... De Berta, que lo obtendrá fácilmente de su esposo, solo con dirigirle una mirada halagüena.

ALFREDO.

¿Es eso verdad? ¿es eso verdad?

EL GRIEGO.

¿Qué me preguntas?... Mis verdades son siempre desoladoras...

ALFREDO.

No te burles de mi dolor... Respóndeme, respóndeme, aunque me traspases el alma... ¿Es verdad lo que acabas de decirme?

EL GRIEGO.

...Son como el infierno, que no conceden un momento de descanso. — Quiero dejarte gozar de otras verdades.

ALFREDO.

¡Cruel! ¡bárbaro amigo! Respóndeme... respóndeme... ó tiembla por mí, por tí, por todo lo que nos rodea... ¿Ha obtenido Berta su perdon? ¿Ha vuelto á entrar en el corazon de mi padre? ¿Le ha dado el suyo?

EL GRIEGO.

¿No te lo acabo de decir? ¿Acostumbro yo engañarte, aunque te sean dolorosas mis palabras? Pero ella misma se acerca: á ella puedes preguntárselo. (Vase.)

ALFREDO.

¡Infiel!... Reprimamos la cólera...

ESCENA IX.

ALFREDO. BERTA.

(Truenos hasta la conclusion.)

BERTA.

¡Alfredo!

ALFREDO.

— ¿Os admirais de verme?

BERTA.

No os buscaba. — No os creía en este sitio. — Adios.

ALFREDO.

— ¡Berta! ¡Berta!... ¿Así me dejais?

BERTA.

Y ¿qué quereis de mí?... ¿No estamos mejor cuanto más distantes?... ¿Qué puede haber ya de comun entre nosotros?

ALFREDO.

¿Qué puede haber de comun?... Y vos me lo preguntais, Berta?...

BERTA.

Nada, Alfredo, nada... como no sea el arrepentimiento.

ALFREDO.

Aun hay más... aun hay otro lazo... ¡El crimen! ¡el crimen, que nos tiene unidos para siempre!

BERTA.

No... Dejadme, dejadme, Alfredo... Yo no puedo escucharos... Dejadme... Os mando que me dejéis!

ALFREDO.

¿Que te deje! ¿que te deje!... No lo aguardes jamás... El nudo que nos une no puede desatarse... es superior á tus fuerzas... no hay en el mundo quien pueda romperlo... ¡Que te deje!... No, infiel... En este mismo instante vas á seguirme... vamos á abandonar el castillo... nada nos lo impide... nuestro amigo nos facilita los medios de hacerlo... Partamos, Berta: partamos á tierras remotas, en donde no haya ningun obstáculo á nuestra pasion; en donde podamos vivir eternamente en el delirio que nos ha arrastrado!... No creas que te deje... ¡nunca!... Yo soy tu mal génio, como tú lo eres el mio... yo te seguiré como tu sombra... yo estaré siempre unido á tu existencia... Tú has querido venderme: tú has querido volver á ser de otro... ¡infiel! ¡perjura!... Pero no es posible... te lo he dicho muchas veces... estamos irrevocablemente unidos... el cielo ó el infierno han de ser para los dos!

BERTA.

No, Alfredo; dejadme: os lo digo otra vez... Yo no he sido vuestra sino por el crimen... por un crimen que detesto, que

he abjurado ya para siempre... Abjuradle vos, Alfredo.: abjuradle tambien!

(Ábrese de golpe la ventana del fondo al estampido del trueno: entran los relámpagos: arde el volcan.)

—Mirad... mirad... ¿no veis cómo se estremece el universo! ¿cómo tiembla la tierra! ¿cómo se incendian los aires!... ¡Temblad, temblad del rayo, que se fulmina ya sobre nosotros!... Arrojaos á los piés de vuestro padre... implorad su perdon... ¡El perdon abre los cielos... el perdon embota el castigo de los crímenes!... Su lábio pronunciará el vuestro... vos sois su hijo!... él ha pronunciado el mio, y yo era más culpada!...

ALFREDO.

¡Yo!... ¡yo arrojarme á sus piés, cuando él me arrebató tu corazón!... ¡jamás, jamás!... ¡Ingrata! ¡indigna del amor que mi pecho te ha profesado!... Nunca, nunca me amaste: nunca me has dado tu alma, como yo te daba la mía!... ¡Yo, que arrostraba por tí hasta las furias del infierno!... ¡Tú me abandonas! ¡tú puedes amar á otro!... Pero no, no gozarás de tu triunfo... habrá crímenes aún... ¿qué importa?... O en el momento te decides á compartir mi fuga, á seguir mi destino... ó vienes conmigo al fondo de Alemania, á Castilla, á la Libia... á donde quiera... ó ese objeto de tu predilección, ese venturoso Ricardo...

(Sacando la daga.)

BERTA.

¡Alfredo! ¡Alfredo!... ¿á tu padre?... Y ¿no se abre la tierra bajo tus piés!

ALFREDO.

Sí, Berta; se abrirá... pero nos hundiremos juntos... tú y yo... juntos para siempre! Mi padre... mi padre, dices!... Y bien: tú eres quien lo asesinas esta noche, como otra noche asesinaste á tu hermano!

BERTA.

¡Dios mio!... ¡misericordia!

ALFREDO. (*Mostrando la daga.*)

¿La ves?... ¿la ves, Berta?... ¡Tiembra de cómo la verás dentro de un instante!...

BERTA. (*Sujetando á Alfredo.*)

¡Infeliz!... ¡detente: ¡detente!...—¡Ricardo! ¡Ricardo!

ALFREDO.

¡Calla... calla, desdichada!

BERTA.

No... no... no callaré... ¡Socorro!... ¡Ricardo!... tu hijo... míralo!... guardate!... (*Truenos.*)

ESCENA X.

TODOS.

TODOS.

¡Alfredo!

ALFREDO.

¡Maldicion sobre mí!

(Se hiere y cae.)

TODOS.

¡Alfredo!

(Al herirse Alfredo, aparece el Griego en el fondo. Véase en sus labios una sonrisa infernal, y se desvanece. Horror general.)

LOS
INFANTES DE LARA,
LOS
INFANTES DE LARA.

EN CINCO ACTOS Y EPILOGO.

LOS

INFANTES DE LARA,

TRAJEDIA HISTÓRICA

EN CINCO ACTOS Y EPILOGO.

Escribiéronse LOS INFANTES DE LARA en 1835, inmediatamente despues de la representacion de Alfredo. El espíritu del tiempo llevaba á tratar asuntos históricos de la Edad Media; y el autor juzgó que aquella gran catástrofe de una de las más antiguas familias castellanas, era sin duda alguna á propósito para el teatro.

Sí tenia ó no tenia razon en este juicio, no es punto que quiera dilucidar ahora. Reconoce y confiesa que su tragedia es endeble. No supo vencer las dificultades, no supo sacar el partido posible de las bellezas de la tradicion. Aunque escrita en verso, su obra le parece inferior á la que ha censurado ántes por estar escrita en prosa. Si hubiese ésta carecido de la rima, no la publicaria de seguro en la coleccion presente. La publica, porque hay en ella trozos, ora de poesía, ora de drama, que no se avergüenza de haber escrito, y que podrán aún complacer á sus lectores, siquiera no lleguen al apasionado interés de Alfredo ó á la severa elevacion de Bernardo.

LOS INFANTES DE LARA no se han representado nunca. El autor cree que puestos en escena con inteligencia habrian podido

alcanzar éxito. La representacion encubre y salva muchas flaquezas que se notan en la lectura: la representacion, cuando es bien hecha, disimula casi todos los defectos, y hace resaltar todas las cualidades. Mas el autor, que á la sazón era un niño, y que nunca ha conocido *por dentro* el teatro, quiso *repartir* su obra de un modo *imposible*, y la hizo fracasar por sus *inocentes* aspiraciones. Este contratiempo le afectó entónces mucho: hoy se sonríe, y se encoge de hombros cuando se acuerda de él.

PERSONAS DE LA TRAJEDIA.

EL CONDE DE CASTILLA.

RUY ó RODRIGO VELAZQUEZ DE LARA.

ALVAR SANCHEZ.

GONZALO DE LARA.

RAMIRO DE LARA.

MUDARRA.

NUÑO SALIDO.

ISMAEL.

UN PAJE (GARCIA).

UN MORO.

OTROS DOS MOROS.

CUATRO SOLDADOS CASTELLANOS.

DOÑA SANCHA.

DOÑA LAMBRA.

ELVIRA.

CABALLEROS, PAJES, DUEÑAS, MONJAS, PUEBLO, SOLDADOS

CASTELLANOS, SOLDADOS MOROS.

ACTO PRIMERO.

La escena es en Búrgos en casa de Doña Lambra.

ESCENA PRIMERA.

Óyese á lo lejos música y gritería: en seguida salen DOÑA LAMBRA y ELVIRA, con acompañamiento de dueñas y pajes, que quedan retirados respetuosamente en el fondo.

DOÑA LAMBRA.

Digo que vengas tras mí.

ELVIRA.

Mas dejar así el torneo!...

DOÑA LAMBRA.

Bien conozco tu deseo :
 Mueres por quedarte allí.
 Triunfaba tu *caballero*,
 Que la suerte le halagaba,
 Y tu afición te cegaba
 Al rapaz aventurero.
 También mi hermano cayó,
 Y en eso fundas tu gloria.

ELVIRA.

¡Yo, señora!

DOÑA LAMBRA.

¡Gran victoria,
 Rendir al que tropezó!
 Mas ¿quién de Gonzalo aguarda
 Hazaña de mas valía?
 Tan solo así triunfaria
 Á quien el moro acobarda.
 Valiera más que en la lid
 Sus escuadrones rompiera :
 Que á su padre socorriera
 Cual castellano adalid ;
 Que allá en Córdoba aherrojado,
 Esclavo del moro impío,

Doliente pide á su brio ,
 Auxilio que no le ha dado ;
 Y no en Búrgos , entre damas ,
 Luciendo galas y flores ,
 Cantase versos de amores ,
 Y encendiese necias llamas . —
 En fin , Elvira , esto es hecho ;
 Ya escuchaste mi querer :
 Le tienes de aborrecer ,
 Lanzarle tienes del pecho :
 Y basta de replicar ,
 Que aun su nombre me es odioso
 Alvaro ha de ser tu esposo ,
 Y á Gonzalo has de olvidar .

ELVIRA.

Perdonad... Yo callaré
 Á lo que vos me mandais ;
 Mas pensar que le injuriais . . .
 No , señora , no lo oiré .
 Es mi deudo , y con razon
 Puedo tomar su defensa ;
 Que vos , señora , en su ofensa
 Hablásteis . . . sin reflexion .
 Pues no basta que enemigo
 De vos por mí mal se vea ,
 Á que permitido sea
 Injuriarle aquí conmigo . —
 Sobrino de vuestro esposo ,

De la sangre de Castilla ,
 Nada á mi Gonzalo humilla ,
 Porque nada hay mas glorioso .
 De *rapaz* le habeis nombrado ,
 Y tambien de *aventurero* . . .
 Respóndaos por mí su acero ,
 Tanto laurel que ha ganado .
 Ni en Búrgos solo , entre flores ,
 De galan la palma lleva ,
 Ni solo en las justas prueba
 Ser bueno cual los mejores .
 Que ya se le vió en la guerra
 Blandir la pujante lanza . . .
 Dígalo el márgen de Arlanza
 Con su enrojecida tierra .
 De Almanzor la enseña impura
 Tremolar allí miramos ,
 Y á ese *rapaz* contemplamos
 Eclipsando su ventura ;
 Miéntas que á ufano caudillo ,
 En aquel terrible dia ,
 Vimos que la voz perdia ;
 Vímosle el rostro amarillo . . .

DOÑA LAMBRA .

¡ Elvira !

ELVIRA .

Mi voz ahora

Solo á Gonzalo defiende ;

Á don Alvaro no ofende...
 ¡ Es vuestro hermano , señora !
 Tambien es mi sangre él ,
 Y quisiérale estimar ;
 Pero al otro juré amar ,
 Y he de amarle siempre fiel .
 Si lo quereis , esta mano
 Jamás de Gonzalo sea ;
 Mas no penseis que me vea
 Esposa de vuestro hermano .
 Pues... ya que vos los advertísteis
 Sin que lo dijera yo ,
 Mi mano no mereció
 Hombre que temblando vísteis. (*Vase Elvira.*)

ESCENA II.

DICHOS, MENOS ELVIRA. DESPUES ISMAEL.

DOÑA LAMBRA.

¡ Elvira !... ¡ Elvira !... Partió !...
 ¿ Hay mujer mas desdichada ?
 ¡ Hasta mis hijos , mi Elvira ,
 Cómplices de mi contraria !
 Todo es contra mí , Leonor ; (*A una dueña.*)
 Todo favorece á Sancha ,
 Todo á su orgullo... ¡ Ay ! en vano !

Una risueña mirada
 Concedíome la fortuna:
 En vano, en vano á mis plantas
 Esperé verla, y gozarme
 En su llanto, en su desgracia...
 Del abismo de las penas
 Audaz su frente levanta;
 É incansable, á perseguirme,
 Áspid de dolor se lanza...
 Ella es mi suplicio: ella,
 Á mi destino apegada
 Como una sombra... Y Elvira,
 Elvira tambien ¡oh rábida!
 Contra mí!...— (Entra Ismael.)
 ¿Viste á mi hermano?

ISMAEL.

De verle vengo. Liviana
 Fué su herida, que no ofrece
 Ningun peligro. La lanza
 De Gonzalo apenas pudo
 Romper la férrea coraza,
 Do el golpe mortal paró.
 En breve las duras armas
 Podrá vestir.—Entre tanto,
 La nobleza castellana
 Entera, y el Conde al frente,
 Cercando quedan su cama.
 Gonzalo mismo...

DOÑA LAMBRA.

¿Gonzalo!

ISMAEL.

Mil muestras le prodigaba
De interés y de dolor.

DOÑA LAMBRA.

¡Insolente!... Y ¿aceptarlas
Viste á mi hermano?

ISMAEL.

¡Señora!...

DOÑA LAMBRA.

Responde, dí...

ISMAEL.

Sus palabras
De amistad...

DOÑA LAMBRA.

Eran mentidas.

ISMAEL.

Perdonad si yo...

DOÑA LAMBRA.

Tú... calla!

Tú tambien me vendes; tú
 Tambien al bando te pasas
 De mis contrarios... ¡Ah! todos
 Te abandonan, triste Lambra!
 Esa rival... siempre, siempre
 Lo fué: siempre contrastadas
 Fueron mis miras por ella,
 Y siempre mi suerte infausta
 La favoreció cruel.
 Niña, más acariciada
 Fué que yo; jóven, su estrella
 Do quier mi estrella eclipsaba:
 Madre, más que nunca... Y hoy,
 Hoy á mi hermano desarma
 Su hijo, un doncel, que de bozo
 Apenas cubre la barba...
 Tú, que vengarme debieras,
 Te seducen... ¡Oh! cuál tarda
 Ruy Velazquez!...

ISMAEL.

Yo, señora,

Jamás he vuelto la espalda
 Á mi deber. Si vengaros
 Es éste, ruda venganza
 Os ofrezco. Verdaderas
 Entendí ser las palabras
 De Gonzala...

DOÑA LAMBRA.

¡Lo entendiste!

ISMAEL.

Y os lo dije. Mas no faltan
 Ni sangre y vida en mi brazo,
 Ni en mis hierros una daga...
 ¿Los quereis?

DOÑA LAMBRA.

¡Tú los ofreces?

ISMAEL.

Yo los ofrezco, y mi alma
 En ello se gozará.
 ¿Los quereis? ¡Oh! ¡cuál brillara
 Mi semblante de alegría,
 Cuando su frente postrada
 Viera á mis piés, y mi diestra
 Teñida en sangre cristiana!



DOÑA LAMBRA.

¡Moro!

ISMAEL.

¡Perdonad!... Del pecho

Se avivó la antigua llama,

Y olvidé que vos... Nacido

Del Africa en las entrañas,

Esclavo del castellano,

Perdonad si de venganza

Á la voz ardió mi mente,

Y olvidé que quien me hablaba

Era cristiana tambien.

¡Fué una ilusion!

DOÑA LAMBRA.

Desatadas

Pueden ser hoy tus cadenas.

ISMAEL.

¿Aceptais?

DOÑA LAMBRA.

No : mancillara

Mi nombre... mas otra muerte...



ESCENA III.

LOS MISMOS Y UN PAJE.

EL PAJE.

Señora...

DOÑA LAMBRA.

Y bien!

EL PAJE.

Doña Sancha
y Gonzalo...

DOÑA LAMBRA.

¿En mi palacio!

EL PAJE.

El Conde los acompaña,
Y otros muchos caballeros
De Búrgos... Todos aguardan
Vuestro permiso.

DOÑA LAMBRA.

¡Insolentes!

EL PAJE.

¿Qué respondeis?

DOÑA LAMBRA.

A esta sala

Condúcelos, y un momento...

(Vase el Paje.)

Tú, ven conmigo... *(á Ismael)*. Mi rabia
Han colmado... ¡Aun este insulto!
¡Oh! tiemblen de mi venganza.

(Vanse todos.)

ESCENA IV.

EL PAGE introduce al CONDE y á los que le acompañan, y se retira. EL CONDE, DOÑA SANCHA, GONZALO, y varios caballeros.

EL PAJE.

Aquí dijo mi señora... (Váse.)

EL CONDE.

Bien. — Pasad... (Á Doña Sancha.)

DOÑA SANCHA.

Primero vos.

EL CONDE.

Sois dama, y despues de Dios...

DOÑA SANCHA.

Seré de ese sol la aurora.

EL CONDE.

Y vos valiente guerrero,
Honor de la corte mia...

GONZALO.

¡Gran Señor!

EL CONDE.

En este día
Vos sois en todo el primero.
Ninguno á vos se igualó
En el furioso combate;
Y hombre que tantos abate
Harto ese puesto ganó.
Harto ganásteis la espada
Que esta mañana os ceñí,
Que por Dios, que no la ví
Jamás mejor empleada.
Y pues relámpago ya
Fué en la Côte de Castilla,
Tamdien del Tajo en la orilla
Rayo de muerte será.

GONZALO.

Yo por lo ménos, Señor,

Mi voto reitero al cielo
 De no volverla á este suelo
 Manchada de deshonor.
 Caballero por fin hoy
 Habeisme, Señor, armado :
 Ya mi anhelo se ha logrado ,
 Caballero por fin soy .
 Y ¡ oh gozo ! al fiero pagano
 Ya podré mostrar la cara . . .
 Tiemble , que es sangre de Lara
 La que da vida á esta mano .
 Sangre , que solo cayó . . .
 En aciago y triste dia ,
 Por vilezas , por falsía ,
 Que por rendida—eso no .
 Y aun allá presa , aherrojada ,
 No besa servil cadena ;
 Mas su frente alza serena
 Entre la turba aterrada . . .
 Calmad ¡ oh padre ! el quebranto ,
 Y el pecho abrid al consuelo . . .
 Ya oyó mis votos el cielo :
 Ya va á acabar vuestro llanto ! . . .

EL CONDE.

Mas Doña Lambra , por Dios ,
 Harto se tarda en salir ;
 Y bien debiera advertir
 Que estamos aquí yo y vos :
 Y que el Conde de Castilla . . .

DOÑA SANCHA.

Vos , señor , lo habeis querido ,
Y obedecer he debido ;
Pero...

EL CONDE.

Por mi augusta silla ,
Que ha de acabar de una vez
Tan infausta disension .
¿ No basta mi mediacion ?

DOÑA SANCHA.

Mal conoceis su altivez .

EL CONDE.

¿ Tal ha de ser su arrogancia
que se niegue á mi propuesta ?

DOÑA SANCHA.

Ella , señor , me detesta
Desde su primera infancia .
La edad acreció el rencor ,
Y siempre anheló humillarme ,
Sin que pudiera salvarme

Cuanto permitió el honor.
 ¿Qué no hice yo por ganar
 Su indiferencia siquiera?
 Pero todo en vano fuera...
 Jamás la logré aplacar:
 Y ahora (lo sé) complacida
 Se goza en mi amarga suerte...
 ¡Oh! si ella diera la muerte,
 No estuviera yo con vida.

EL CONDE.

Vos tambien en vuestro pecho
 Harto rencor escondeis.

DOÑA SANCHA.

¡ Ah! ¡ qué mal le conoceis!...
 Mas de tristeza deshecho,
 Sumido en crudos dolores,
 Y con mil flechas llagado,
 (¡ Perdon!) no está preparado
 Para mentidos favores...
 Porque mentidos serán,
 Si al fin os oye, señor:
 Mentidos, que mi dolor
 Mas acerbo tornarán... —
 ¡ Permitiéseis que volviera
 Á mi centro pobre, oscuro!...

Allí mejor (os lo juro)
Mejor que en Búrgos viviera.
Esta corte para mí
Es un suplicio horroroso,
Desde que en ella á mi esposo
Por la vez postrera ví.
Entónces larga esperanza
De gloria le conducía;
Y mi alma tambien reía
En sosiego y bienandanza.
Un hora, un hora cruel,
Todas mis dichas llevó,
Cuando en Córdoba cayó
Prisionero del infiel.
Desde allí, mis hijos sólo
Son mi gloria y mi consuelo,
Que no me queda otro anhelo
Ni otro bien de polo á polo.
Y ya principia á bullir
La sangre que en ellos arde;
Y no es posible que tarde
Otro instante de partir...
Esposa, madre angustiada,
¿Qué aguardo en el mundo ya?
Dejadme, señor, que está
El alma asaz ulcerada.
Ya sin el amor pasé
De Lambra mi vida entera...
Ya lo poco que me espera
Como hasta aquí pasaré.

EL CONDE.

; Tanto me rogais ahora !...

DOÑA SANCHA.

; Oh ! sí, volvamos, señor !

EL CONDE.

Mas advertid que mi honor
De esa suerte...*(Sale el Paje.)*

EL PAJE.

Mi señora.

ESCENA V.

Salen DOÑA LAMBRA, ELVIRA, ISMAEL y ACOMPAÑAMIENTO DE
DUEÑAS y ESCLAVOS y PAJES.—LOS DE LA ANTERIOR.

ELVIRA.

(¡ Oh Dios !... Gonzalo !)

GONZALO.

(¡ Mi Elvira !)

DOÑA LAMBRA.

(¡ Faltarás ?) (*A Ismael.*)

ISMAEL.

(Primero el sol.)

DOÑA LAMBRA.

Dios guarde al astro español :

Dios os guarde...

(*A los caballeros del acompañamiento.*)

GONZALO.

(*Á su madre.*) No nos mira.

DOÑA LAMBRA.

¡ Hola ! silla, silla al Conde...

¡ Tanto honor !...

EL CONDE.

¡ Oh ! bien merece...

(Los pajes acercan una silla á Doña Lambra, y otra al Conde.)

GONZALO.

¡ Y á vos silla no os ofrece ! (Á su madre.)

EL CONDE.

Venid ; esta os corresponde.

DOÑA LAMRRA.

¡ Ah !

(El Conde ofrece su silla á Doña Sancha : esta la rehusa , y quedan en pié.)

EL CONDE.

No el Conde, un caballero
 Soy tan solo en este dia ,
 Que de vuestra cortesía
 Un favor pido y espero.
 Así , debeis disculpar
 Que á vuestra presencia esté
 De pié , que ha de estar de pié
 El que llega á suplicar.

ELVIRA.

(Yo tiemblo !)

DOÑA LAMBRA.

(Lambra et c.) Mas vos , señor....

EL CONDE.

Os ruego que me escuchéis ;
Despues me respondereis.

DOÑA SANCHA.

¡ Ay ! ¡ déme el cielo valor !

EL CONDE.

Doña Lambra , fuera inútil ,
Mas que inútil , doloroso ,
Relatar las diferencias
De vuestro linaje heróico .
Ellas , por mal de Castilla ,
Acrecentadas en odio ,
Materia han dado á la fama ,
Y largo alimento al ocio .
Por mal de Castilla digo ,
Que ramas son de su tronco ,
Cual la de Gonzalo Gustio ,
La vuestra y de vuestro esposo :
Y más de una vez entrára
Por nuestros campos el moro ,

De la enemistad valido
 Que arder viera entre nosotros.
 Cual haya sido el culpado ,
 Quien primero hubiese roto
 Lazos que formó la sangre ,
 Y que vuestro interés propio
 Debíó apretar , no pretendo
 Averiguarlo afanoso.
 Y perdonadme si os digo
 Que culpados juzgo á todos ;
 Pues todos llegan á serlo
 Cuando dura un año y otro
 La enemistad. Algun dia
 Que terminára ese encono
 Fuera fuerza ; porque al fin
 No el legado ignominioso
 De animadversion eterna
 Hasta los siglos remotos
 Dejareis á vuestros hijos.
 Termine, pues, hoy : el odio
 Acabe que os dividió ;
 Y el general alborozo
 Gloria de Castilla sea ,
 Rabia y afliccion al moro.
 A vos doña Lambra , á vos
 Y á doña Sancha, el glorioso
 Principiar está guardado :
 Que vuestro pecho es un trono
 De piedad , y no le mancha
 Del mal el funesto sople.

Por eso á vos me dirijo :
 De doña Sancha me otorgo
 Por fiador. Ella está pronta ,
 No lo dudeis , á que todo
 Lo cubra por siempre un velo .
 ¿ A olvido tan generoso
 ¿ Os negareis vos ? ¿ Diráse
 Que tal era vuestro enojo ,
 Que ni cediera á su ejemplo ,
 Ni á mi mediacion tampoco ?
 No se dirá. En vuestra casa
 Ha entrado ; no , como en otros
 Tiempos , rival formidable ;
 No lanzando de sus ojos
 Rayos de furia y venganza ;
 Mas cediendo de su encono ;
 Mas trayéndoos una oliva ,
 Que os presento aquí yo propio .
 Y más hace, doña Lambra ,
 En venir , porque interpongo
 Mi querer , ella doliente ,
 Y cautivo allá su esposo
 Del pagano , que hareis vos
 Desarmando el ceño bronco ,
 Y los lazos anudando
 Que ¡ mal pecado ! están rotos .
 Feliz vos y ella infelice ,
 Yo mediador y patrono ,
 No se dirá que la puerta
 Le cerrásteis á los ojos ,

Que al Conde y á vuestra sangre
 Volvísteis sañudo rostro,
 Ni que pudo en vuestro pecho
 Más que la piedad el odio.

GONZALO.

(¡ Y que esto haya de escuchar !
 Vive Dios , madre , que es mengua . . .)

DOÑA SANCHA.

(¡ Por Dios , Gonzalo !)

GONZALO.

(Mi lengua

No sé como he de enfrenar .)

DOÑA LAMBRA.

¿ Acabásteis ?

EL CONDE.

Acabé. —

Vos ¿ qué decís ? ¿ accedeis ? . . .

¿ Cómo negaros podreis ? . . .

DOÑA LAMBRA.

Yo... no... no me negaré.
 Quereis vos, quiere Castilla
 Que mi mano á Sancha tienda,
 De amistad en firme prenda...
 Y pues su altivez humilla...

DOÑA SANCHA.

¡ Oh! no, Lambra : ten el labio :
 Humillarme yo á tí, no ;
 Que aun no he descendido yo
 Hasta sufrir tal agravio.
 Aun corre sangre en mis venas,
 Y al cielo elevo mi cara :
 Aun soy esposa de un Lara,
 Aunque gima entre cadenas.
 Yo aquí defendiendo su honor,
 Cual él lo sostiene allí...
 ¡ Que yo me humille ante tí!...
 Vámonos de aquí, señor.
 Vámonos ; que si por vos
 En ceder he consentido,
 Á humillarme no he venido...
 Yo solo me humillo á Dios.

GONZALO.

Y vive el mismo, señora,

Que si otra cosa intentara ,
 En el alma le clavara
 La daga que empuño ahora...

ELVIRA.

¡Gonzalo!

GONZALO.

Perdona, Elvira:

Lo primero es el honor...
 Ni mereciera tu amor
 Si aquí enfrenase mi ira. —
 ¡Mi madre humillarse á vos!
 Guárdeos ser una mujer;
 Que si no, pudiera ser
 Que no os guardara ni aun Dios.

DOÑA LAMBRA.

Guardada de vos estoy,
 Que aun hay quien mis armas lleve...

GONZALO.

¡Y que su esfuerzo me pruebe
 Como vuestro hermano hoy!

EL CONDE.

¡Gonzalo!

DOÑA LAMBRA.

Si en un torneo...

EL CONDE.

¡Doña Lambra!

GONZALO.

En donde quiera.

Que salga al campo : ¿ qué espera ?

Que salga... yo lo deseo.

EL CONDE.

Silencio !... Silencio, digo !...

Á vos, Gonzalo... y á vos...

Á todos ; ó ¡ vive Dios !

Que habérselas han conmigo.

— Doña Lambra, no á humillarse

Vino Doña Sancha aquí :

Cedió la primera , sí ;

Mas cedió sin degradarse.

Vino como vuestra igual,

Y así á vos se presentó...
 Ni más la exigiera yo ,
 Que bien la tengo por tal.
 Y extraño mucho , señora,
 Que otra cosa comprendido
 Hubiéseis, y respondido
 Cual os he escuchado ahora.
 Que, pues que mediaba yo ,
 Y tal ejemplo ella os daba ,
 Otra respuesta esperaba...
 Y aun otra la espero...

DOÑA LAMBRA.

No.

EL CONDE.

¿No? ¿Tan arraigado está
 El odio , tan inflexible,
 En vuestro pecho? ¿Imposible
 El amistaros será? —
 Pensadlo , pensadlo bien :
 Que os conviene (y yo os lo digo)
 Tenerme á mí por amigo ,
 Y á doña Sancha tambien.

DOÑA LAMBRA.

Conde , obediencia y respeto ,

Eso os debo yo en conciencia ;
 Y respeto y obediencia
 Á useñoría prometo .
 Si me ordenais que la mano
 Á Sancha luego le dé ,
 ¡ Bien ! la mano le daré .
 Pero no hay poder humano
 Que ligue los corazones ,
 Que nacer haga el amor . . .
 Ni tampoco que el honor
 Empañe de mis blasones .
 Vos , señor , vos , ofendello
 No querreis ni degradallo ,
 Porque el honor del vasallo
 Al rey toca defendello .
 Mi honor manda enemistad ,
 Y enemistad yo les voto :
 El lazo antiguo está roto ,
 Y por siempre . . . ¡ Perdonad !

GONZALO .

Roto , sí , roto ese lazo
 Por siempre está ; y ¡ que perezca
 El que primero apetezca
 Que llegue el fin de este plazo !

ELVIRA .

¡ Oh cielo !

GONZALO.

Roto con vos :

Con vos ni paz ni alianza ,

Ni mas razon que la lanza ,

Ni mas árbitro que Dios . . .

Vamos , madre . — Tú , mi Elvira . . .

¡ Oh ! ¿ por qué es tu madre ella ?

¡ Maldicion sobre la estrella

Que discordia tal inspira !

Mándame el honor que huya ,

Que huya por siempre de aquí . . .

¡ Pero abandonarte á tí !

¡ Oh ! ¿ por qué eres hija suya ? . . .

Adios . . . adios ! . . .

DOÑA LAMBRA.

Sí , insolente :

Sal de aquí , y no vuelvas más ;

Mas cual mereces saldrás ,

La infamia sobre tu frente.

¡ Ola ! mi esclavo . . . Ismael ! . . .

ESCENA VI.

LOS DE LA ANTERIOR.—ISMAEL que se adelanta, llevando una copa en la mano: toma de ella un cohombro mojado en sangre, y lo tira á GONZALO á la cara. GONZALO saca la daga, y corre al MORO, que se refugia á los piés de DOÑA LAMBRA. Algunos quieren detenerle; mas él se suelta, y llegando al esclavo, le hiere en los brazos mismos de su señora.

ELVIRA.—DOÑA SANCHA.

¡Cielos!

EL CONDE.

¡Detente!

GONZALO.

¡Traidor!

VARIOS.

¡Gonzalo! (*Deteniéndole.*)

GONZALO.

No, por mi honor!

VARIOS.

¡Gonzalo!

GONZALO.

No... Muere, infiel.

DOÑA LAMBRA desmayada en brazos del Conde y de sus dueñas.

GONZALO coge de la mano á su madre, y parte fieramente.

ESCENA PRIMERA.

BUY VELAZQUEZ armado, y un PAJE desarmado.

DOÑA LAMBRA

DOÑA LAMBRA

¿Y dices que la sabes?

BUY VELAZQUEZ

Todo.

ACTO SEGUNDO.

La escena es en un castillo de Ruy Velazquez.—Una sala.

ESCENA PRIMERA.

RUY VELAZQUEZ armado, y un PAJE desarmándole.

DOÑA LAMBRA.

DOÑA LAMERA.

¿Y decís que lo sabeis?

RUY VELAZQUEZ.

Todo.

DOÑA LAMBRA.

¿Habeis visto á mi hermano?

RUY VELAZQUEZ.

Le he visto.

DOÑA LAMBRA.

Y ¿tan inhumano

Ultraje no vengareis?

¿Silencioso escuchareis

Que á mí misma se arrojó,

Que mi asilo atropelló,

Y en mis brazos, en mi seno,

¡Oh rabia! de audacia lleno,

El pecho le traspasó?

Yo no ignoro, don Rodrigo,

Que vuestro sobrino es;

Mas ¿dejareis que á sus piés

Me arrastre, crudo enemigo?

Tambien unido conmigo

Vivís, y en lazo mayor:

Mi amparo, mi defensor

Obligado estais á ser;

Que yo soy vuestra mujer,

Y mi honor es vuestro honor.

De Búrgos á este apartado

Castillo vine á ocultarme ,
 Que allí debió avergonzarme
 Ver mi nombre mancillado.
 Y en vano aquí rodeado
 De estos muros estará :
 Aun aquí me seguirá
 El baldon que va en mi frente :
 Y el vulgo audaz , insolente ,
 Aun aquí me mostrará... —
 ¿Decís que sabeis su accion,
 Allí , ante el Conde , ante el mundo :
 Y en reposo tan profundo
 Yace vuestro corazon !...
 ¡ Ay ! en mi horrenda afliccion
 Vuestra venida aguardaba ;
 Y aunque con llanto regaba
 El triste , agitado lecho,
 En el valor de ese pecho
 Mi venganza confiaba.

RUY VELAZQUEZ.

¿No acabas?

(Al Paje.)

DOÑA LAMBRA.

Y ¿así escuchais

Las quejas de mi dolor ?

Os vengo á pedir furor ,

É indiferencia me dais ?

¡ Don Rodrigo ! ¿ así esquiváis
 Las palabras de una esposa ?
 ¿ Así en calma vergonzosa
 Veis vuestro honor ultrajado ,
 Y del valor heredado
 Prueba inmensa no rebosa ?
 No tal infamia de vos
 En ningun tiempo temí :
 Otro os esperaba aquí ,
 El vengador de los dos...

(El Paje concluye de desarmar á Ruy Velazquez.)

RUY VELAZQUEZ.

¡ Despacharas , vive Dios !...
 ¡ Afuera ! *(Se va el Paje.)*

DOÑA LAMBRA.

Sí, os aguardé
 Rayo que apenas se vé,
 Y ya asolacion derrama...
 Mas ¡ ay ! que en vez de la llama,
 Con yerta nieve encontré.

RUY VELAZQUEZ.

Con nieve !... ¡ con nieve yerta ,
 Decís ! — Del Etna en la cumbre

No siempre brilla la lumbre ;
 Mas la lumbre no está muerta.
 Ni duerme, que está despierta ,
 Aunque en silencio aparente :
 Aguardad , y de repente
 Temblará, retumbará ,
 Y á los cielos lanzará
 De lava ardiendo un torrente.
 — ¿ De qué sirve publicar
 El odio que el pecho encierra ?
 Más certero hará la guerra
 Quien mejor sepa callar.
 Á mí me toca vengar
 Vuestro honor, que es honor mio...
 Pues descuidad ; que al impío
 Que insolente os ultrajó ,
 Castigarle sabré yo...

DOÑA LAMBRA.

¿ Vos lo ofrecéis ?

RUY VELAZQUEZ.

Yo os lo fio.

Y pruebas, teneis, señora,
 Si cumplo lo que ofrecí.

DOÑA LAMBRA.

No esperó ménos de tí

Una esposa que te adora. —
 ¡ Oh ! ¡ Llegue por fin un hora ,
 En que propicios conmigo
 Los cielos, á ese enemigo
 Mirar á mis plantas pueda ;
 Y cuanta vida me queda
 Daré gustosa, Rodrigo ! . . .

(Entra un Paje.)

EL PAJE.

Don Alvar Sanchez.

RUY VELAZQUEZ.

Que entre.

(Vase el Paje y entra D. Alvaro.)

ESCENA II.

LOS DE LA ANTERIOR y DON ALVARO.

ALVARO.

¡ Dios os guarde ! . . . ¡ Solos ?

DOÑA LAMBRA.

Sí.

RUY VELAZQUEZ.

¿Le habeis visto, cual hablamos?

ALVARO.

Le he visto.

RUY VELAZQUEZ.

¿Vendrá por fin?

ALVARO.

Vendrá.

RUY VELAZQUEZ.

¿Cuándo?

ALVARO.

En el instante

que gusteis.

RUY VELAZQUEZ.

Puede venir.

(*Vase Alvar Sanchez.*)

ESCENA III.

DOÑA LAMBRA Y RUY VELAZQUEZ.

DOÑA LAMBRA.

¿Quién, don Rodrigo?

RUY VELAZQUEZ.

Señora,

Me acusásteis de indolente
 No ha mucho... ¡Pues bien! patente
 Vereis mi indolencia ahora.
 No en amenazas vacías
 Gasto mi cólera yo :
 Voces que el viento llevó.
 No son las venganzas mías.
 Yo sé obrar, y obro callando.
 Mientras vos aquí clamábais,
 Y venganza demandábais,

Yo os la estaba preparando.
Tremenda, cruda venganza;
Castigo cual del infierno,
Duro, inacabable, eterno,
Sin alivio ni esperanza...

DOÑA LAMBRA.

Pero en fin...

RUY VELAZQUEZ.

Muerte, la muerte...

¿Qué ménos para mi honor?
Si hubiese pena mayor,
Mayor la diera y mas fuerte. —
Ménos su padre faltó,
Menor mereció la pena;
Y arrastra dura cadena,
Que mi mano le forjó. —
Pienso que os satisfará...

DOÑA LAMBRA.

Mas ¿cuál medio disponeis?
Partió á Salas... lo sabeis...

RUY VELAZQUEZ.

Mi brazo le alcanzará.

DOÑA LAMBRA.

¡Cómo! ¿pensais combatir?
 ¿Pensais lidiar? No, Rodrigo...
 ¡Lidiar! ¡Si el cielo enemigo...

RUY VELAZQUEZ.

Descuidad:— ha de morir.

DOÑA LAMBRA.

¡Por otros medios!

RUY VELAZQUEZ.

¡Callad!

No receleis por mi vida:
 La tengo bien defendida
 De su espada... — Descuidad.

¡Yo lidiar! No: ¿para qué!

Eso el aleve quisiera;

Mas gran locura estuviera,

Y, por cierto, no la haré.

Que para darle la muerte

No es forzoso combatir:

Hay mil medios de morir,

Y morirá... de otra suerte.

No fin de noble guerrero

Piense que le aguarda á él;
 En vano espera el laurel
 De ceder á hidalgo acero :
 Que el vil, que el suyo sacó
 Contra vos, contra un esclavo,
 Ni ha de morir como un bravo,
 Ni he de castigarle yo.
 No : de fementida mano
 Debe esperar su castigo ;
 Mas le herirá don Rodrigo,
 Cuando le hiera un pagano...
 Por él vuestro hermano ha ido,
 Y va á venir ante vos...
 ¡ Vaya ! ¿ qué decís ?... ¡ Por Dios !
 No direis ya que os olvido. —
 Mas ¿ quién llega ?

(Sale el Paje.)

EL PAJE.

Un caballero,
 Cubierto de todas armas,
 Pregunta por vos.

RUY VELAZQUEZ.

¿ Por mí ?

Y ¿ quién es ?

EL PAJE.

No lo declara.

Solo dice que del Conde

Un pliego...

RUY VELAZQUEZ.

Que venga... Marcha.

(Se va el Paje.)

DOÑA LAMBRA.

¿Del Conde ha dicho?

RUY VELAZQUEZ.

Del Conde. —

Necesitará mi espada

Contra el Leonés ; porque el Moro

En holgada paz descansa.

Veremos...

(Entra un Caballero armado y cubierto, y varios Pajes.)

... ¡ Buena presencia !

ESCENA IV.

LOS MISMOS. UN CABALLERO.—Viene cubierto.

EL CABALLERO.

¿Don Ruy Velazquez de Lara?

RUY VELAZQUEZ.

El mismo... Y vos?...

EL CABALLERO.

Un hidalgo.

RUY VELAZQUEZ.

Solariego en la montaña?

EL CABALLERO.

Como el mejor.

RUY VELAZQUEZ.

¿Apellido?...

EL CABALLERO.

Escuderos de mi casa
Llevan los vuestros.

RUY VELAZQUEZ.

Los míos
No reconocen ventaja
Ni al mismo rey de Leon.

EL CABALLERO.

Y si es menester probanza
De ello , contra el mundo todo
Lo sustentará el que os habla.

RUY VELAZQUEZ.

¿ Parientes ?

EL CABALLERO.

Tal vez.

RUY VELAZQUEZ.

¿ Cercanos ?

EL CABALLERO.

Es posible.

RUY VELAZQUEZ.

La celada

Podeis alzar.

EL CABALLERO.

Dispensadme:

Hay una promesa santa

Que lo impide... mas un día

Podreis mirarme la cara:

Que es harto noble mi frente

Para tratar de ocultarla.

RUY VELAZQUEZ.

¡ Como gustéis ! (Me parece
que no le falta arrogancia.)

EL CABALLERO.

Del señor Conde. (Presentando un pliego.)

RUY VELAZQUEZ.

Está bien...

(Toma la carta, y la pone sobre su cabeza: despues
la abre y dice:)

¡Breve por cierto es la carta!

«Don Rodrigo de Lara, señor de Billaren, primo: Los Prelados y Ricos-hombres de Castilla me han pedido, y yo he tenido á bien mandar, que continúe la guerra contra los moros infieles, enemigos de nuestra santa fé. Por tanto, os hallareis el lunes, dia de San Marcos, con vuestros hombres de armas y peones en esta nuestra ciudad de Búrgos, para que, despues de las letanías, partamos la vuelta de Soria. Dios os guarde.—
»EL CONDE.»

Vive Dios que me engañé,
Contra el Moro es la jornada. —
Y, decidme, ¿piensa el Conde
Que llevemos muchas lanzas?

EL CABALLERO.

Todo el poder de Castilla.

RUY VELAZQUEZ.

Y ¿caballeros de fama

Irán muchos?

EL CABALLERO.

Y ¿quién puede,
 Cuando la bandera santa
 De la cruz tremola al viento,
 Cuando desnuda su espada
 El mismo Conde en persona,
 ¿Quién dejar puede en la vaina
 La suya, prófugo impío,
 Desertor de nuestra causa?
 No, don Rodrigo. Jamás
 La nobleza castellana
 Echará sobre su frente
 La mancilla de esa infamia.
 ¿Si irán muchos, decís vos!
 Todos irán... y si falta
 Alguno, será un cobarde,
 Mengua, baldon de la España.
 Vos no faltareis!...

RUY VELAZQUEZ.

¡Yo!

EL CABALLERO.

Digo

Que no faltareis.

RUY VELAZQUEZ.

Un Lara

Nunca pudiera faltar
 Á donde el honor lo llama.
 Decid al Conde que en Búrgos,
 En el plazo que señala,
 Me tendrá. — Guárdeos el cielo...
 Esperad: una palabra...
 ¿Sabeis tal vez si Gonzalo,
 Mi sobrino, á esta jornada
 Está convocado?

EL CABALLERO.

Sí.

RUY VELAZQUEZ.

Y se esperará que vaya...
 ¿Lo sabeis vos?... ¿no es verdad?

EL CABALLERO.

Vos lo dijisteis... Un Lara
 Nunca pudiera faltar
 Á donde el honor lo llama.

RUY VELAZQUEZ.

Lo celebro... ¡Dios os guarde! (Al Caballero).

Conducidle...

(A un paje.)

...Doña Lambra!... (Á ella.)

(Vase Don Rodrigo con Doña Lambra y los Pajes menos uno. El Caballero se descubre: es Gonzalo.)

ESCENA V.

GONZALO. EL PAJE. DESPUES ELVIRA.

GONZALO.

¡Se fueron por fin, García!

EL PAJE.

¡Cómo! ¡Don Gonzalo!... ¡vos!

GONZALO.

Silencio... ¡calla, por Dios!

¡Dónde está la amada mia?

EL PAJE.

¿Doña Elvira?

GONZALO.

¿Dónde está?

¡Que pueda hablarla un instante!...

¡Ten compasion de un amante!...

¡Por Dios!

EL PAJE.

Mi muerte será.

GONZALO.

¡Oh! no: tan solo un momento...

Te lo juro por mi honor!...

(*Entra Elvira.*)

ELVIRA.

¡Gonzalo mio!

GONZALO.

¡Mi amor!

¡Mi Elvira!... ¡tú! ¡qué contento!

ELVIRA.

No me engañó mi deseo...

Por ella te conocí

(Señala á una banda que debe llevar Gonzalo.)

Desde que llegaste aquí...

¡ Por fin, Gonzalo, te veo !

GONZALO.

Sí, mi bien.

ELVIRA.

Oye, García.

Si tú quisieras velar...

EL PAJE.

¿ Qué os pudiera yo negar ?

GONZALO.

Mi amor en tu celo fia.

(Vase el Paje.)

ELVIRA.

Mas urje el tiempo, mi bien :

Yo estoy deshecha, medrosa...

GONZALO.

No temas... ¿no eres mi esposa?

Valor y esperanza ten.

ELVIRA.

¡Esposa—dices! Mi suerte

Me niega tan dulce encanto...

¡Yo que lo anhelaba tanto!...

Ya solo anhelo la muerte.

GONZALO.

No, mi Elvira. Lanza, lanza

Tan horrible pensamiento:

Si en tu pecho no hay contento,

Haya siquiera esperanza.

Eterna la enemistad

No ha de ser como hasta aquí...

¿No oyes una voz en tí,

Que está clamando —*esperad?*

ELVIRA.

¡Cuál quisiera yo sentir

Esa ilusión que te alhaga!

Mas ¡ay! que á mi vista vaga

Espantoso porvenir.

Tú esperas... ¡bien! ¡plegue á Dios
 Cumplir tu presentimiento!
 De los dos será el contento,
 Como el mal fué de los dos.

GONZALO.

Sí, lo será... Mas ahora...
 No este fugitivo instante
 Perdamos. Mira á tu amante,
 Á tu amante que te adora.
 Gocemos por Dios, mi Elvira,
 De este inefable placer... —
 Por fin te he logrado ver!...
 Aún me parece mentira.

ELVIRA.

Mas ¿cómo te has atrevido?...

GONZALO.

Y ¿qué no osara el amor?
 Peligro mucho mayor
 Por ello hubiera corrido.
 Del Conde supe que un pliego
 Á tu padre remitía:
 Insto al que venir debía,
 Y en su lugar marchó luego.
 Descubrirte así esperaba,
 Verte siquiera y partir;

Y el cielo me quiso oír,
 Y me da lo que anhelaba.
 Te miro : tu voz resuena
 Inefable en mis oídos ;
 Ella embarga mis sentidos,
 Y el pecho de gloria llena.
 Te miro, y en tal instante
 Lanzo del alma el pesar ;
 Y solo pienso en amar ;
 En mi cariño incesante ;
 En la celestial ventura
 Que disfruto junto á tí...
 Hora ¿qué me importa á mí
 Toda mi suerte futura ?
 ¿Qué, ni el Cristiano, ni el Moro,
 Ni Castilla, el mundo entero ?
 Yo estoy junto á la que quiero :
 Contemplo al ángel que adoro...
 Oiga de tu labio, pues,
 Esa voz que es mi consuelo ;
 Goce la gloria del cielo,
 Y mas que espere á tus piés.

ELVIRA.

Calla... calla... Parecía... (*Escuchando.*)

GÓNZALO.

No temas, no : nadie viene,

Y al primer rumor que suene
Nos avisará García.

ELVIRA.

Sobresaltado mi pecho...

GONZALO.

Mas ¿por qué razon, mi hermosa?
¿Por qué así tan temerosa?...

ELVIRA.

¡Qué mal, Gonzalo, hemos hecho!

GONZALO.

¡Mal! ¿en qué? ¿Quizá, por suerte,
te arrepientes de mi amor?
¿Me guardas ese dolor,
Mas terrible que la muerte?

ELVIRA.

¡Oh, no: arrepentirme, no!...
Pero ¿por qué me has amado?
¿Por qué tambien me has forzado
Á que el alma te dé yo?
Enemistad implacable

Nuestras familias separa ;
 Y entre un Lara y una Lara
 Media un abismo insondable.
 Yo he sucumbido , te adoro ,
 Te adoro como mujer ;
 Pero falto á mi deber :
 Me culparás si lo lloro ?
 ¡ Amor ¡ ay ! amor fatal ,
 El nuestro , amor infelice ,
 Amor que Dios no bendice
 Desde su trono inmortal ! . . .

GONZALO .

¡ Error ! ¡ triste error , mi Elvira !
 El cielo lo ha bendecido :
 El cielo , que te ha movido ,
 El cielo , que á mí me inspira .
 Puro , sencillo , inocente ,
 Es el amor en que ardemos :
 Ocultarlo no tenemos ;
 Llevarlo , sí , en nuestra frente .
 Esa enemistad impía
 Que nos aparta á los dos ,
 Tal vez ha querido Dios
 Que por él fenezca un día . . .
 ¡ No lo piensas tú ?

ELVIRA .

¡ Ojalá !

GONZALO.

—Aguárdalo ; sí , es forzoso :
 Ya me llamarán tu esposo ,
 Y ese enojo acabará.

ELVIRA.

¡Ojalá !... mi vida diera :
 Mas no me atrevo á pensarlo ;
 Ni tú puedes esperarlo ,
 Ni imaginarlo siquiera .
 Esas palabras me dices
 Para calmar mi dolor . . .
 Y aun quizá también tu amor
 Te pinta sueños felices .
 Pero , Gonzalo , ese velo
 Atrévete á levantar ;
 La verdad osa mirar :
 Yo mirarla no recelo .
 Más odio , aversion mas fuerte
 Á cada instante verás :
 ¿ Y vencerla lograrás ?
 ¡ Ay ! no : quizá ni la muerte .
 Recuerda el aciago día ,
 ¡ Tan aciago ! del torneo :
 En él sí que mi deseo
 Pensé que se cumpliría .
 Y sin embargo , el destino

(Que yo no puedo culparte)

En él se empeñó en cerrarte

El anhelado camino.

Y cuando al venir aquí

Te halagó la confianza,

Al partir cruda venganza

En tus miradas leí. —

Desde entonces feneció

Mi esperar, murió con él:

En la tumba de Ismael

Nuestra dicha se enterró. —

Tal es, Gonzalo, la ley

De nuestro destino infando,

Sin que á contrastar su mando

Ni el poder baste de un rey.

Yo desengañada miro

Mi suerte: yo nada espero...

Y sin embargo te quiero;

Por tí tan solo respiro:

Por tí tal vez atrevida

Á mi deber he faltado:

Por tí ¡ay Dios! que me has llevado

La inocencia de mi vida.

Por tí, que siempre amaré,

Como te he amado hasta hoy;

Porque si tuya no soy,

De ninguno otro seré...

GONZALO.

¡Oh! no, Elvira, no pronuncies

Esa palabra de horror :

Ten piedad de mi dolor,

Y la muerte no me anuncies.

¡ No ser mia !... ¡ no ser mia !...

¡ Y tú pensarlo pudiste ,

Elvira, y me lo dijiste !

¡ Lo dijiste , y yo lo oia !

¡ Y así volarán , así ,

Tantos sueños de ventura !

Y ese caliz de amargura

Se verterá sobre mí !...

¡ Lo dijiste ! Mas no , Elvira ,

No : te engaña tu recelo :

Este amor que nos da el cielo...

La esperanza que me inspira...

Yo no sé... no sé... Mi mente

Se confunde... Yo deliro...

¡ No ser mia , y yo te miro !...

Mi pecho es un ascua ardiente.

¡ No me lo digas , por Dios !

¿ No temes , Elvira ?

ELVIRA.

¿ Qué ?

GONZALO.

Yo... no lo sé... no lo sé...

Pero teme por los dos.

ELVIRA.

¡Gonzalo! ¡Gonzalo mio!

GONZALO.

Tu Gonzalo... sí, lo soy...

Mas lo que me has dicho hoy...

¡Elvira!

ELVIRA.

¡Cielos!... Mi tio...

(Gonzalo se cubre.)

ESCENA VI.

Entran ALVAR SANCHEZ y UN MORO.—LOS DE LA ANTERIOR.

ALVAR SANCHEZ.

¡Bien!... proseguid... ¿qué importa mi presencia?

¿A estorbar vuestra plática no vengo...

Una doncella ilustre de Castilla

Puede bien escuchar á un caballero...

¿Supongo que lo sois?... ¡Qué! ¿no se digna

De responder siquiera vuestro acento?

GONZALO.

Para así interrogarme en este sitio
 No reconozco en vos ningun derecho.
 No sois Señor aquí.

ALVAR SANCHEZ.

Mas donde quiera ,
 Señor ó no Señor , inquirir puedo ,
 Hallándoos como os hallo , vuestro nombre...
 Es hija de mi hermana... (Señalando á Elvira.)

ELVIRA.

Deteneos.
 Ninguna autoridad , poder ninguno ,
 Por suerte sobre mí diérais el cielo :
 Que entre tantos torrentes de amargura ,
 Que continuo en mi vida está vertiendo ,
 Este bien me otorgó. De mis acciones
 Ninguna cuenta , por fortuna , os debo :
 Nunca os la deberé ; nunca , advertidlo.
 Podeis ir á mi madre , y en su seno
 Vuestra ponzoña derramar. Yo misma
 No se lo negaré... Mas os prevengo
 Que si dudais de mi virtud un punto ,
 Mentís como un villano , y os desprecio.

ALVAR SANCHEZ.

¡ Elvira !

ELVIRA.

Este guerrero que os asusta...

GONZALO.

No le satisfagais!

ELVIRA.

Este guerrero...

GONZALO.

No; ¡ vive Dios !... Satisfacerle ahora,
 Baldon fuera é infamia, que repelo. —
 Ya escuchásteis á Elvira. Ella más pura
 Es que la luz del sol; y yo os reitero,
 Yo, soldado del Conde de Castilla,
 Ese *mentis* que pronunció su acento. —
 En cuanto á mí... tambien lo que os dijera
 Os debo reiterar: ningun derecho
 Os reconozco á vos, Alvaro Sanchez,
 Para exijir lo que decir no quiero.

ALVAR SANCHEZ.

Hay, sin embargo, alguno.

GONZALO.

Y ¿cuál?

ALVAR SANCHEZ.

La espada.

GONZALO.

La espada, me decís... Ese, lo acepto.

Ya alguna vez entre los dos la espada

Parecidas contiendas ha resuelto.

ALVAR SANCHEZ.

¿Entre los dos? ¿y cuándo?

GONZALO.

Cuándo!

ALVAR SANCHEZ.

Cuándo?

GONZALO.

Pues lo quereis saber, vais á saberlo.

¿Me recordais? *(Se descubre.)*

ALVAR SANCHEZ.

¡Gonzalo!

GONZALO.

Sí, Gonzalo:

Gonzalo soy, el del fatal torneo,
Donde de ese valor y de esa espada
Tal prueba dísteis al cristiano pueblo.

ALVAR SANCHEZ.

¡Insolente! tu estrella, que se eclipsa,
Hoy te ofrece á mi brazo justiciero;
Y esa imprudencia que tu labio mueve,
De la venganza acercará el momento.
Dicho está, y lo confirmo: entre nosotros,
Ni más paz, ni más árbitro que el hierro.

GONZALO.

¡Marchemos, pues!... Marchemos!

ALVAR SANCHEZ.

Sí... buscaros

En un plazo brevísimo os ofrezco...
 No brillará tres veces esa antorcha,
 Sin alumbrar vuestro cadáver yerto.

GONZALO.

Por la muestra que dísteis otro día,
 Temer pudiérais que alumbrase el vuestro...
 Uno, en fin, de los dos; que en este caso,
 Lanzado el guante y empuñado el hierro,
 Mengua es hablar cual gárrulas mujeres,
 En vez de combatirse como buenos. —
 ¡Que los cielos protejan la justicia!
 Adios, mi Elvira... Adios! — Ved que os espero.

(Vase Gonzalo cubriéndose.)

ELVIRA.

¡Gonzalo!... No me escucha... ¡Desdichada!...

(Vase por otro lado.)

ALVAR SANCHEZ.

¿Le conoceis ya? *(Señalando á Gonzalo.)*

EL MORO.

Si.

ALVAR SANCHEZ.

¿Bien?

EL MORO.

Bien.

ALVAR SANCHEZ.

Entremos.

(Entranse por donde Ruy Velazquez.)

ACTO TERCERO.

Un salon del castillo de Salas.—Caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SANCHA.

DOÑA SANCHA. (*Bordando unas bandas.*)

¡Cuánto tardan!... Y este día
Será quizás el postrero :
Que males tan solo espero ,
Males—de mi suerte impía !
Mañana... mañana ya
Irán la vuelta del Moro ,
Y en un mar de acerbo lloro
Aquí Sancha quedará.

Y allí, á do su padre fué,
 Ir los hijos veré yo:
 Y do su padre cayó,
 Morir ellos los veré!...
 ¡Qué horror!... Sola, abandonada,
 En eterno desconsuelo...
 ¡Piedad! ¡piedad, santo cielo,
 De esta madre desdichada!

(Una breve pausa.)

No... no... ¡Valor!... Apuremos
 Aun las heces del dolor;
 Pero tengamos valor...
 Nuestro nombre conservemos.
 ¡Nombre! ¡Honor!... Dura cadena,
 Brillante y pesado yugo,
 Que al cielo imponernos plugo,
 Y que mis llantos condena..!
 ¡Ay! que se encierren aquí,
 Y aquí ceben sus enojos;
 Mas no salgan á los ojos,
 Puesto que quien soy, nací. —
 ¡Quién nacer me hubiese dado
 En humilde choza, oscura,
 Y este caliz de amargura,
 No me hubiera emponzoñado!
 Y mi vida allí corriera,
 Pura, sencilla, inocente,
 Y mi desdichada frente

Rayo de muerte no hiriera :
 Y al fin si infausto la heria,
 Pudiese libre llorar :
 Pudiese al cielo clamar
 Contra mi desgracia impía :
 Pudiese ser madre , sí ;
 Madre , sí , que no lo soy ,
 Puesto que obligada estoy
 Á encerrar mi llanto aquí . . . —
 ¡ Honor ! ¡ nombre ! . . . ¡ ley cruel !
 No era madre quien te dió . . .
 Mas guardarte sabré yo ,
 Por mí . . . por ellos . . . por él .

(Pausa.—Concluye la labor.)

Estan por fin . . . y empapadas
 En el ardoroso llanto
 De mis ojos . . . débil prenda
 Del amor que les consagro !
 Llevadlas , llevadlas siempre ;
 Y estos besos de mis labios ,
 Besos de infelice madre ,
 Tambien por siempre llevadlos .
 ¡ Ay ! ¡ así tambien pudiera
 Volar con ellos al campo ,
 Y empuñar la dura lanza ,
 Y combatir á su lado .
 Yo les sirviera de escudo
 Contra el golpe del pagano ,

Y por la noche su frente
 Sostuviera en mi regazo :
 Y el sudor enjugaria
 De sus miembros fatigados :
 Y el aliento de mi pecho
 Estampara entre sus labios...
 ¡ Imposible !

ESCENA II.

LA MISMA. Entra RAMIRO, y poco despues NUÑO.

RAMIRO.

¡ Madre ! ¡ madre !

DOÑA SANCHA.

¡ Ramiro mio !

RAMIRO.

Un abrazo...!

DOÑA SANCHA.

Y mil... y el alma, y la vida... (Abrázanse.)
 Mas ¿ tú solo?... ¿ Y tus hermanos ?

RAMIRO.

Yo solo, y Nuño... Los otros
 No pueden dejar el campo,
 Donde el Conde los emplea:
 Porque sabedlo, y gozaos...
 Todos capitanes son;
 Á todos los ha nombrado
 El Conde para mandar
 La jente de Villarcayo.
 Solo yo ¡ pobre de mí!
 Segun dicen, de soldado
 Me quedo... y me alegro mucho,
 Pues que puedo visitaros
 De esa suerte...

DOÑA SANCHA.

Mas debieras...

RAMIRO.

Dicen que yo para el mando
 No sirvo; niño, y lijero,
 Imprudente... y no sé cuántos
 Defectos más... ¡ Bien! veremos...
 Llegue de la lid el plazo,
 Y se verá si mi espada
 Hierde menos al contrario;

Se verá si leves son
 Los botes que dé mi brazo ;
 Y se verá si despues
 Me echan en cara mis años... —
 Pero vos llorais , Señora...

DOÑA SANCHA.

¡ Ah ! perdóname , hijo mio ,
 Si me entenece ese brio ,
 Que ostenta tu pecho ahora.
 Harto conozco este ardor,
 Este brillante denuedo ;
 Y al recordarlo , no puedo
 Contener más mi dolor.
 ¡ Tambien así...

RAMIRO.

Desechad

Ese triste pensamiento...
 ¡ Qué ! ¿ siempre el mismo tormento ?
 Vamos... la frente calmad.
 Calmadla... ¡ Pues está bien !...
 Tambien se agita mi pecho ,
 Y al corazon viene estrecho...
 ¡ Si voy á llorar tambien !...
 Y ¿ quereis que llore yo ?
 ¿ Qué dirán viéndome armado ?
 Porque al fin soy un soldado...
 Y llorar no debo , no !...

DOÑA SANCHA.

Un soldado, sí, un soldado ;
 Dices bien... y más, un Lara ;
 Y el llanto nunca brotara
 En quien tu nombre ha llevado.
 Yo, débil, flaca mujer,
 Con el corazón partido,
 Perdona si no he podido
 Mis lágrimas contener.
 No repares mi flaqueza,
 Que ya remediar procuro...
 Desde aquí, yo te lo juro,
 Tendré mayor fortaleza.

RAMIRO.

Sí, fortaleza, contento
 Cobrad, cobrad esperanza... —
 ¿ Vos no habeis visto mi lanza ?
 Tened... Veréisla al momento. —

(Corre por la lanza que dejó á la entrada.)

¡ Si me vierais cabalgar
 En mi bridon de batalla,
 Y cuanto al paso se halla
 Derribar y atropellar !—
 Mirad qué punta de acero... —

¿La veis?... y el cerco es de oro...

Teñida en sangre del moro ,

Mostrároslo pronto espero. —

¿No me imagináis á mí

Cubierto con mi armadura?... —

¿Mas qué digo?... ¡qué locura!

Y la traigo puesta aquí... —

Miradla... y ¿teneis temor?

Pues dardos no la hacen mella ;

Y con mi lanza y con ella ,

Venga el moro y su furor... —

Vaya... ¿qué decís?

DOÑA SANCHA.

Te oía ,

Renuevo de planta hermosa ,

Como tierna mariposa

Que de flor en flor corria.

¡Consérvete Dios así ,

De esa ventura mecido ,

Y entónces habrá caido

Un bálsamo sobre mí! —

Y vos , Nuño , ¿qué os he hecho ,

Que tan lejano os quedais?

¿Esquivo conmigo estais?

NUÑO.

Siempre es el mismo mi pecho ,

Nacer os vide , Señora ,
 Y de entónces os serví :
 Fiel á vuestra casa fuí ,
 Fiel tambien os soy ahora .

DOÑA SANCHA .

Nunca , ¡ ó Nuño ! yo dudé
 De tu lealtad ; y es bien claro ,
 Pues que sin ningun reparo
 Á mis hijos te entregué .
 De virtud insigne ejemplo
 En tu vida aprenderán ,
 Y en pos de tí subirán
 De la gloria al alto templo .
 Que si del hado el furor
 Su padre pudo arrancarles ,
 Tú , Nuño , habrás de enseñarles
 El camino del honor . —
 Caballeros de Castilla
 Ellos son , de ilustre cuna ;
 Buena ó mala su fortuna ,
 Pero jamás con mancilla .
 Y tú pura , refulgente ,
 Les harás siempre guardarla ,
 Sin que consiga empañarla
 Borrón ninguno en su frente .
 Las dotes de un caballero
 Aprendan , Nuño , de tí ,
 Ya que no pueda por mí

Manejar el limpio acero.
 Al Conde, que es nuestro rey,
 Sepan fieles acatar;
 Mas sepan tambien lidiar
 Por los fueros de la ley.
 Justicia aprendan de vos
 Á otorgar á sus vasallos;
 Y guárdense de vejallos,
 Que hijos son tambien de Dios.
 Conserven pura su fé,
 Cuando su palabra dieren,
 Aunque los cielos cayeren,
 Y se hunda el orbe á su pié.
 Que combatan con lealtad,
 Terribles sus golpes sean;
 Mas al que rendido vean,
 Mírenlo ya con piedad.
 Que es vil, infame, villano,
 Herir desarmado pecho...
 Y si hay quien tal haya hecho,
 Ni es bueno ni castellano...—
 ¿No te parece, mi vida?

RAMIRO.

Sí, madre mia... verdad...
 Y por lo mismo... mirad!
 Por poco ya se me olvida.
 Un peregrino infelice
 Os traigo... y se me pasaba!
 ¡Si le vírais como estaba!

DOÑA SANCHA.

¡Peregrino!... Y ¿quién lo dice?

RAMIRO.

Le vereis : la tarde ya
 Del horizonte caía ,
 Y él perdido discurría...
 Porque á Compostela vá.—
 Amenazaba llover...
 ¿Quisiérais que le dejara?
 Siempre donde habita un Lara ,
 Un pobre puede caber.

DOÑA SANCHA.

Con tal de que un pobre sea.

RAMIRO.

Un pobre , no lo dudeis :
 Vos de ello os convencereis...

DOÑA SANCHA.

Puede ser... Haz que le vea.

RAMIRO.

Sí: voy por él... ¡Madre mía!
 ¡Sois tan buena!... Quedará:
 ¿No es verdad?... y partirá
 Luego que amanezca el día...—
 Voy, voy por él. (Vase.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, MÉNOS RAMIRO.

DOÑA SANCHA.

¡Imprudente!...
 Más vale así... ¡que su seno
 No turbe ningun veneno;
 Ninguna nube su frente!...
 Imprudente... mas ¡tan bueno!—
 Pero tú, Nuño, lo digo
 Otra vez: sí, tú conmigo
 Triste, silencioso estás...
 ¿Por suerte ya no querrás
 Ser mi padre, ser mi amigo?

NUÑO.

Con esas dudas, Señora,

Injuriais á un servidor ,
Que os respeta y os adora...

DOÑA SANCHA.

Pero en fin...

NUÑO.

No , por mi honor :

Como siempre soy ahora.
Mas tal vez injusta idea
Se clava en la fantasía;
Y por más que se desea ,
Y por más que uno pelea ,
Lanzarla no lograria.
No sé... mas apenas ví
Á ese pobre peregrino ,
Cuando en el pecho sentí
Recio golpe, que contino
Me está redoblando aquí.
Un triste presentimiento
Él me causa de dolor :
No me esplico lo que siento ;
Mas sufro crudo tormento :
Su vista me da pavor.
Y soy injusto quizá ,
Porque, cual dice, será
Religioso peregrino ;
Mas mi pecho turbará,
Hasta seguir su camino.

DOÑA SANCHA.

No, no... Yo le haré partir...

¿Y si fuese algun malvado,

Que se atreviera á fingir...

NUÑO.

Ramiro albergue le ha dado :

¿Le querreis contradecir?—

Dejadle, que pronto pasa

Una noche, pronto á fé:

Descuidad, yo velaré

Mientras esté en vuestra casa,

Y al alba partir le haré.—

Mas él llega.

ESCENA IV.

LOS DE LA ANTERIOR.—Entran RAMIRO y EL PEREGRINO. (1)

RAMIRO.

¡Madre mia!

¿Veis?— un pobre peregrino,

(1) Este es el Moro que salió al final del acto segundo.

Que el religioso camino
 De Compostela seguía... —
 Llegad, amigo, llegad :
 Es mi madre... y es ¡ tan buena !
 Si teneis alguna pena,
 Contadla luego, contad.
 Que jamás nadie ha llegado
 Á verterlas en su seno,
 Sin volver de alivio lleno,
 Y de su mal consolado.
 Decid, decid...

EL PEREGRINO.

¡ Bello niño !
 Sí, consuelos brotarán,
 Donde juntos morarán
 Su amor y vuestro cariño. —
 Muy desgraciado, Señora,
 Tal vez hoy quisiera ser,
 Por disfrutar el placer
 De interesaros ahora.
 Mas poco os puedo contar,
 Que es harto comun mi vida :
 Hube en la guerra una herida,
 Y ofrecí peregrinar.
 Y á Compostela marchaba,
 Camino triste y devoto,
 Á cumplir el santo voto
 Que al Sepulcro me ligaba.
 Noche tirana y cruel

En el monte me amagó
 Y mal lo pasara yo
 Sin este bello doncel.
 El compasivo y piadoso
 Me trajo, señora, aquí,
 En donde ya merecí
 Mirar ese rostro hermoso. —
 No espero menos piedad
 Hallar en vuestra alma bella ;
 Que si da luz una estrella ,
 El Sol da mas claridad.

DOÑA SANCHA.

¿Decís verdad, extranjero ?

EL PEREGRINO.

Los cielos testigos hago
 De que voy á Santiago ,
 De su Sepulcro romero.

DOÑA SANCHA.

Y ¿cuál vuestra patria es ?

EL PEREGRINO.

En Navarra he visto el dia :
 Llámome Fortun García ,

Descendiente de un leonés ,
 Que al rey Alfonso siguió
 Á la terrible jornada ,
 Donde la Francia humillada
 En Roncesvalles quedó.

DOÑA SANCHA.

Y ¿paisano ó caballero ?

EL PEREGRINO.

Verdad os diré, Señora :
 Pues, aunque pudiese ahora,
 El engañaros no quiero.
 De humilde cuna nací ,
 Aunque ¡vive Dios ! honrada ;
 Y alguna casa nombrada
 honrosamente serví.

DOÑA SANCHA.

Parece que habla verdad. (Á Nuño.)

NUÑO.

Y ¿donde sirvió el García ?

EL PEREGRINO.

Ultimamente servia
 De Estella en la merindad.

NUÑO.

Pero á ¿quién?

EL PEREGRINO.

Voy á decirlo...

Al conde de Lerin era.—

¡Preguntais de una manera!...

Cual si tratase encubrirlo...

RAMIRO.

¿Lo veis, madre, como así?

Fué todo, cual os decia?...

GONZALO.

(*Dentro.*)

¡Madre!

DOÑA SANCHA.

¡Cielos! (*Entra Gonzalo.*)

GONZALO.

¡Madre mía!

DOÑA SANCHA.

¡ Mi Gonzalo !

EL PEREGRINO.

(Ya está aquí.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, GONZALO, UN PAJE.

(Mientras los versos siguientes, Ramiro habla en secreto á un Paje que ha entrado con Gonzalo; y este parte con el Peregrino. Nuño, siempre fijo en él, los sigue á poco.)

DOÑA SANCHA.

¡Gonzalo mio!... Por fin
Has querido que te vea...
Con lo que dijo Ramiro.

GONZALO.

Me ha dado el Conde licencia,
Aunque breve, en cinco horas

He caminado diez leguas...

Estoy rendido.

DOÑA SANCHA.

¡ Oh ! descansa...

Ven aquí... que te sostengan
Mis brazos. Para una madre
¡ Qué carga tan dulce es esta !

RAMIRO.

¡ Diez leguas en cinco horas !...

No... Pues cuando yo me vuelva

Al campo, las he de andar :

Que no quiero que en la tierra

Haga nadie... ni Gonzalo...

Lo que Ramiro no hiciera.

Más que yo, ninguno.

DOÑA SANCHA

Siempre —

¿ Lo ves ? — igual lijereza !...

GONZALO.

Mas bravo como un Roldan ,

Y firme como una peña.

Mi digno hermano: el primero

Cuando un riesgo se presenta :
 El honrado de los fuertes :
 El querido de las bellas :
 Digno en fin hijo de vos ,
 Y del escudo que lleva .

DOÑA SANCHA .

¡ Oh !... todos, todos, mi gloria ,
 El conselo de mis penas ,
 Todos sois... vivos reflejos
 Del que yace entre cadenas...
 ¡ Si él os viese ! Lloraria
 Como yo... mas ¡ ay ! que fuera
 El llanto de placer puro ,
 No de desventura eterna...

RAMIRO .

¿ Otra vez, Madre... ! (*Nuño vuelve.*)

DOÑA SANCHA .

¿ Quién ?... ¡ Nuño !

GONZALO .

Pensé, Nuño, que me huyeras.
 Al llegar te ví; mas luego
 Faltaste de mi presencia.

NUÑO.

La piedad de vuestro hermano
Esta noche nos alberga
Aquí un peregrino...

RAMIRO.

Y Nuño

Que es un malvado recela.

GONZALO.

Echarle pues.

NUÑO.

No hay motivo
Que confirme mis sopechas...

RAMIRO.

Ni lo esperes...

NUÑO.

Mas en fin,
Criminal ó santo sea,
Descansad, que por vosotros
Mi activo cuidado vela.

GONZALO.

¡Y aquí tantos!... no : esta noche
 Recelar en vano fuera :
 Duerma, y cuando venga el día...

RAMIRO.

¿ Ves, Nuño ? — solo te quedas.

GONZALO.

Mas... decidme... Y ¿ es él sólo
 Quien ha llegado á esta puerta ?

DOÑA SANCHA.

El sólo.

GONZALO.

¿ Algun caballero...
 Algun paje... ?

DOÑA SANCHA.

No.

GONZALO.

¡ Creyera... Y !
 Imposible...!

DOÑA SANCHA.

Y ¿ qué aguardabas ,
 Gonzalo...?

GONZALO.

Tambien sospechas
 Teneis vos?—Era un soldado ,
 Que esperamos en la guerra ,
 Y que me ofreció venir...
 Habrá olvidado su oferta...
 No es en verdad el primero
 Cuya memoria flaquea...—

DOÑA SANCHA.

Estás rendido, Gonzalo !...
 Descansarás.

GONZALO.

Sí... quisiera...
 Un instante... Deberian

Los soldados ser de piedra.
 ¡Estar el ánimo firme,
 Y el cuerpo como una cera!

DOÑA SANCHA.

Yo misma voy... Un abrazo...

¿Y yo?

(Abraza á los dos Doña Sancha.)

DOÑA SANCHA.

¿Vienes?

RAMIRO.

Nuño queda.

(Vanse Doña Sancha y Ramiro.)

ESCENA VI.

GONZALO y NUÑO.

(Va anocheciendo.—La luz de la creciente luna entra por los balcones, é ilumina la escena.)

GONZALO.

¿Ves, Nuño? Son los tres días,
Y Alvar Sanchez no ha acudido.

NUÑO.

Nunca lo hubiera creído.

GONZALO.

É injusto tú me decías!

NUÑO.

¡Faltar así un caballero
Á la palabra que dió!
¡Que se diga que esquivó
El encuentro de otro acero!
¡Oh mengua de nuestra edad!

¡Oh de Castilla desdoro !
 ¿Quién defenderá del moro
 La patria y la libertad !

GONZALO.

¿Qué mucho no tenga honor ,
 Si siempre cobarde fué ?

NUÑO.

Quien asi falta á su fé ,
 Bien puede ser un traidor.
 Que os guardéis será forzoso.

GONZALO.

¿Guardarme yo del villano ?
 Tengo mi espada y mi mano :
 Qué me importa un alevoso ? —
 Hoy el plazo se ha cumplido :
 Mañana ante el Conde iré ,
 Y allí le apellidaré
 De cobarde y mal nacido.
 Y caerá sobre su frente
 De ese nombre la mancilla ,
 Y con el dedo en Castilla
 Le señalará la gente.
 Y él esconderá su cara ,
 Y de sí se correrá ;

Porque donde quiera oirá
 «El que huyó, el que huyó de Lara.»—
 Mas ¿qué piensas?... Distruido...

NUÑO.

No lo puedo desechar...

GONZALO.

¿Aun sigues en sospechar
 De ese pobre recogido?

NUÑO.

Me avergüenza mi temor,
 Y quisiera dominarlo...
 Mas no puedo remediarlo,
 Vuelve con ansia mayor.

GONZALO.

¿Qué temes?

NUÑO.

Yo no lo sé.

GONZALO.

¡Temor es el tuyo extraño!

NUÑO.

Si temiera cierto daño,

No así cavilara á fé. —

¿ Me permitireis?...

GONZALO.

¿ Rondar

De ese pobre el aposento ?

¡ Bien !

NUÑO.

Le observaré un momento,

Y os vendré luego á buscar.

(Vase Nuño.)

ESCENA VII.

GONZALO.

No ha venido... no ha venido...

Heló su pecho el temor...

Su bullicioso valor

En humo se ha convertido...

Y se jactaba atrevido
 De ser bravo y caballero...
 Y su ademan era fiero...
 Y su palabra arrogante...
 Y al arrojarle mi guante,
 Empuñar le ví su acero...!
 De bueno hacer quiso alarde,
 Porque Elvira estaba allí;
 Pero el emplazarlo así
 Accion fue ya de un cobarde:
 Que cuando en el pecho arde
 Del honor la viva llama,
 Cuando la mente se inflama,
 Y bulle el hierro en la mano,
 Ningun plazo un castellano
 De su enemigo reclama.—
 Duerma por fin rodeado
 De la fama que le espera...
 ¿Qué me importa á mí que muera,
 O que viva deshonorado?
 De lodo vil salpicado
 Su escudo le queda ya:
 La Côte le mostrará
 Cual villano sin honor,
 Y Elvira, mi dulce amor,
 Tambien le despreciará.
 A sus ojos ya triunfé,
 Y sus ojos son mi gloria...
 ¿A qué quiero más victoria,
 Si la más bella gané?

Cuando el guante le arrojé ,
Y le dije que mentía ,
Cuando de la justa el día
Tronando le recordaba . . .
Entónces ya de él triunfaba ,
Y mi Elvira me veía . —
¡ Elvira , mi bien , mi amor !
¡ Nombre de dulce consuelo !
¡ Ángel bajado del cielo ,
Cual etéreo resplandor . . . !
¡ Elvira ! de mi valor
Eres la brillante estrella ;
Y si todo lo atropella ,
Y vence todo mi acero ,
Es porque en el mundo entero ,
Como tú ninguna es bella .
Vencedor seré del moro
En los campos de Castilla ,
Y del Tajo á la ancha orilla
Llevaré el nombre que adoro .
Más que de diamante y oro
Mi corona brillará ;
Mas tuya , Elvira , será ,
Que mi aliento tuyo es :
Tuya , y postrada á tus piés ,
El orbe la admirará .
Y allá en un siglo apartado
Tal vez cante el trovador
Tu belleza , y mi valor
Ante un pueblo entusiasmado ;

Y á nuestro nombre enlazado
 Por tan brillante laurel,
 Quizá tiemble algun doncel,
 Y palpite alguna bella,
 Y á mi Elvira envidie ella,
 Y á Gonzalo envidie él.

ESCENA VIII.

GONZALO. EL PEREGRINO. NUÑO.

(Durante el monólogo que precede sale el Peregrino recatándose y observando: va al balcon del fondo, y arroja por él una cuerda: despues viene hácia Gonzalo, sacando un puñal: al tiempo de herirle, aparece Nuño gritando. El puñal rasga la sobrevesta de Gonzalo, pero se quiebra en la armadura. Este sujeta al Peregrino; y al mismo tiempo saca la daga.)

NUÑO.

¡Gonzalo!

EL PEREGRINO.

Muere...

GONZALO.

¡Traidor!

Muere tú... pero ¿qué veo?
Lo estoy viendo; y no lo creo!...

*(Al ir Gonzalo á herirle se contiene. La luna ha iluminado
la cara del Peregrino.)*

NUÑO.

Muera, Gonzalo...

EL PEREGRINO.

¡ Oh furor !

GONZALO.

Sí, te conozco... y ya sé
Quién es, aleve, el villano
Que pone el hierro en tu mano,
Y así responde á mi fé...
Matarte debiera aquí,
Y tu cabeza cortarla,
Y ir luego allá, y arrojarla
Á quien á tu lado ví...
Mas quiero puédasle hablar,
Y contarle lo que hiciste...
Díle que el golpe me diste;
Que bien te debe pagar;
Ya que cobarde, medroso,
Se oculta de mi mirada,

Y, en vez de vibrar la espada,

Conpra un puñal alevoso.

Mas que tiemble, que llegar

Tiene de hallarnos el día,

Y su nueva alevosía

Gonzalo le ha de pagar...

Y marcha, marcha al momento,

Que se enciende mi furor;

Y ¡vive Dios! que mi honor

Mancille con tu tormento.

ESCENA IX.

Los mismos. DOÑA SANCHA y RAMIRO.

(Gonzalo que ha tenido sujeto al Peregrino, le lanza fuera de la escena. Al mismo tiempo entran doña Sancha, Ramiro y acompañamiento.)

RAMIRO.

¡Hermano!

DOÑA SANCHA.

¡Gonzalo mio!

GONZALO.

Llévale... (á Nuño.)
(Á doña Sancha). No es nada... nada...

DOÑA SANCHA.

¡Cielos! el pobre... esa espada...

GONZALO.

(¡Tan villano, y es su tío!)

ACTO CUARTO.

*En el castillo de Ruy Velazquez.—Un jardin.—De noche.—
Luz de la luna.*

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA y GARCIA.

ELVIRA.

En fin, ¿dijo que vendría?

GARCIA.

¡Si le viérais, como oyó
Mis palabras, cuál brilló
Su semblante de alegría!
Jurómelo por su fé,
De placer enajenado.

ELVIRA.

¡Quién no le hubiera llamado!

GARCIA.

¿Llorais?

ELVIRA.

Quizá lloraré.—

¡Una ilusion, un instante,
Y luego mas padecer!...
Tú debiste...

GARCIA.

Obedecer.

ELVIRA.

No á una ciega, ilusa amante.

¿Por qué, cruel, me dijiste
Que de aquí tan cerca estaba?

¿Por qué, cuando vacilaba,
Mi pasion no combatiste?

¿Es tan acerba mi suerte!

¿Quién sabe (¡crudo dolor!)

Si vendrá buscando amor,
Y encontrará con la muerte?

GARCIA.

Tan léjos todos de aquí,
Mal pudiera recelar...

ELVIRA.

Hora acaban de llegar;
¡Desventurada de mí!
¡Si le viesen!...

GARCIA.

No será:
Á este jardin apartado
Á don Gonzalo he citado;
Aquí ninguno vendrá.
Yo tambien vigilaré...

ELVIRA.

Ya vigilaste otro dia:
¿No lo recuerdas, Garcia?

GARCIA.

Injuria haceis á mi fé.

De vuestro padre os guardaba ;
 Don Alvar vino de afuera...
 Y ¿quién de entrambos pudiera?...

ELVIRA.

Perdona : no te culpaba.
 Bien sé tu fidelidad,
 Pura cual luciente espejo ;
 Mas de mi suerte me quejo,
 Y de su negra crueldad.
 Ella... Pero escucha... sí...
 Alguien viene... dejamé,
 Y que sospechas no dé
 El vernos juntos aquí.
 ¡Es Alvar Sanchez... mi tío!

ESCENA II.

EL PAJE se va por un lado. Entra DON ALVARO por otro. ELVIRA.

ALVAR SANCHEZ.

Dios te guarde... (*Elvira quiere irse.*)
 ¿Cómo!... Espera...
 ¿Esquivar de esta manera!...

ELVIRA.

Se hace tarde... y hace frio.

ALVAR SANCHEZ.

No: la verdad me direis:

Siempre de mí os alejais...

ELVIRA.

Pues ¿á qué me preguntais,

Cuando la verdad sabeis?

Dejadme.

ALVAR SANCHEZ.

No, vive Dios!

Aquí os habeis de quedar;

Porque tenemos de hablar

Siquiera una vez los dos.

ELVIRA.

¿Hablar tenemos! ¿de qué?

ALVAR SANCHEZ.

¿De qué? ¿finjes ignorarlo?

¡Pues bien! habrás de escucharlo:

Escucha, y te lo diré...

ELVIRA.

Don Alvar Sanchez, no ignoro

Vuestra necia pretension,
 Que ofusca vuestra razon ,
 Y causa mi acerbo lloro.
 Sé que codiciais mi mano ,
 Y aun mi amor quizá quereis :
 Sé que de ello alarde haceis,
 Cobarde , injusto y tirano...
 Callad : dejadme decir...
 ¿No solicitais hablarme ?
 Consentid en escucharme ,
 Pues me quisisteis oir. —
 Sé que pretendéis mi amor ;
 Que me perseguís sin tasa ;
 Y abusais ser de mi casa
 Para causarme dolor.
 Pero vos sabeis tambien
 Que es vana vuestra porfía ,
 Y que nunca os amaria ,
 Aunque faltase mi bien...
 Mi bien , sí... que no lo niego :
 Mi amor no encubro al de Lara ,
 Y aunque el cielo lo mandara
 No se apagará este fuego .
 Esto lo sabeis , señor ,
 Como que nadie lo ignora ;
 Pero yo os lo digo ahora
 Por desengaño mayor .
 Ved si , habiéndolo escuchado,
 Aun perseguirme quereis :
 Que ¡ vive Dios ! si lo haceis

Que sois un vil y un malvado.

(Quiere irse y D. Alvaro vuelve á detenerla.)

ALVAR SANCHEZ.

No, Elvira : yo os escuché,
 Y escucharme habeis á mí :
 Vuestros denuestos oí...
 Injurias yo no os diré...
 Mas no penseis que pretendo
 Vuestra dureza ablandar,
 Ni que procure embotar
 El puñal que me está hiriendo.
 Os he amado con furor ;
 Y tal vez algun delito
 En mi frente llevo escrito
 Tan solo por vuestro amor.
 Vos me pudiérais salvar...
 Y preferís rechazarme...
 ¡ Bien!... Yo voy á despenarme ;
 Pero aprestaos á llorar.

ELVIRA.

¡ Llorar ! Llorar es mi suerte,
 Y me resigno á su mando...
 Mejor que amaros, llorando
 Hasta la hora de la muerte.

ALVAR SANCHEZ.

Mas no es tan sólo por vos,
Que por otro llorareis.

ELVIRA.

¿Esa amenaza me haceis?
Yo no la temo, por Dios!
No es, por dicha, la primera
Que de vuestra boca oí;
Y fuera desgracia en mí
Que esta sola se cumpliera.

ALVAR SANCHEZ.

¡Elvira!

ELVIRA.

Tres veces ya
En el oriente brilló
El Sol; tres veces murió...
Y Gonzalo vivo está. (Vase.)

ESCENA III.

ALVAR SANCHEZ. Despues DOÑA LAMBRA.

ALVAR SANCHEZ.

Sí, vivo... ¡pese al puñal,
 Y al torpe que lo templara!
 Mas no se goce el de Lara,
 Que aun vivo yo por su mal.
 Y si el golpe de un villano
 En sus armas se embotó,
 No soy un villano yo,
 Ni es tan débil esta mano.

DOÑA LAMBRA. (*Que entra.*)

¿Es Alvaro!

ALVAR SANCHEZ.

Sí, yo soy.

DOÑA LAMBRA.

Te encuentro por fin aquí:
 Parece que huyes de mí...

ALVAR SANCHEZ.

¡Yo!

DOÑA LAMBRA.

Sí: no os conozco hoy.

Del campamento llegais

Esta noche tú y Rodrigo;

Mas tan esquivos conmigo...

Salud apénas me dais.

Como nunca misterioso,

Él se encierra en su aposento;

Y tú tambien al momento

Retírate presuroso.

Véase en tu frente el pesar

En hondo surco grabado...

¿Me será tambien vedado

Tus penas investigar?

ALVAR SANCHEZ.

Ninguna nueva, á mi fé.

DOÑA LAMBRA.

No eres ingénuo conmigo...

ALVAR SANCHEZ.

Por Dios, que sí.

DOÑA LAMBRA.

Mas Rodrigo...

ALVAR SANCHEZ.

Su secreto no lo sé.

DOÑA LAMBRA.

Pero en el momento aquí
Venirte !...

ALVAR SANCHEZ.

Buscaba á Elvira.

DOÑA LAMBRA.

Pues pienso que se retira :
¿ La has visto ?

ALVAR SANCHEZ.

La he visto , sí.

Y atrevimiento ha tenido
Para ultrajarme en mi cara...
¡ Yo despreciado por Lara !

DOÑA LAMBRA.

¡Hubiérasme tú creído...

ALVAR SANCHEZ.

Mas ¿qué encuentra Elvira en él,

Para anteponerlo así?

¿En qué me aventaja á mí?

¿Lleva mejor un corcél?

¿Es más noble su linaje?

¿Más gente la que acaudilla?

¿Tiene más puesto en Castilla?

¡Porque es niño como un paje!...

Mujer en fin, como son

Tantas mujeres de hoy!

DOÑA LAMBRA.

Ved, Alvar, que yo lo soy!

ALVAR SANCHEZ.

No habla con vos mi razon.

DOÑA LAMBRA.

Duro estais, muy duro á fé,

Y dudo si lo acertais.

ALVAR SANCHEZ.

¡ Lambra !

DOÑA LAMBRA.

Digo que os quejais ;
Mas si con razon , no sé.

ALVAR SANCHEZ.

¡ Tambien vos en contra mia !

DOÑA LAMBRA.

Harto por vos me empeñado
No me habeis vos ayudado ,
Como esperarse debia .
Y , por Dios , que alguna vez ,
Alvaro , lo he de decir ,
Ya que os escucho venir
Con esa necia altivez .—
Te quejas de las mujeres ,
Y de méritos blasonas .
Y deben darte coronas
Segun lo galan que eres .
Mas olvida tu memoria ,
Que Gonzalo te ha eclipsado ;
Que de tu frente ha arrancado

Las palmas de la victoria ;
 Que en la justa te venció ,
 Y luego tan débil fuiste ,
 Que amigo le recibiste...
 ¡ Que no hubiera sido yo !
 Y despues , él vivo está :
 Tú tambien vivo , por Dios ;
 Cuando alguno de los dos
 Muerto debiera estar ya...
 ¿ Te sonrojas ? Sí ; bien debe
 Mi palabra sonrojarte .
 Pero no puedes quejarte ,
 Que aun es su herida harto leve .
 Más sonrojos , más pesar
 En mi pecho he devorado ,
 Cuando á Elvira la he escuchado
 Tales hechos recordar .
 Ama á Gonzalo y no á tí...
 Y ¿ quisieras que te amara ?
 Vence primero al de Lara ,
 Y vuelve triunfante aquí .

ALVAR SANCHEZ.

Os he escuchado en verdad ,
 Y en verdad que no os comprendo...

DOÑA LAMERA.

¡ Bien fácil , á lo que entiendo !

ALVAR SANCHEZ.

No, Doña Lambra... esperad...
 ¿Por qué de él no me vengué,
 Despues del aciago dia?
 ¿Fué acaso por cobardía?
 ¿Fué por temor?

DOÑA LAMBRA.

No lo sé.

ALVAR SANCHEZ.

¡Vive Dios que esto es de más!
 Vengo aquí brotando furia,
 Y te encuentro que otra injuria
 Tú tambien llorando estás:
 Vengarte quiero afanoso,
 Y te niegas á mi acero,
 Y me exijas que primero
 Vaya y lo diga á tu esposo:
 Y él me veda combatir,
 Porque quiere ignoble mano:
 Y por él busco un pagano:
 Y tú le mandas herir...
 Y hora dicesme en mi cara
 ¡Vive Dios! que deshonorado
 Estoy, porque no he matado

Á ese insolente de Lara!...
 No, Lambra, dime que él
 También tu pecho ha vencido,
 Y que ya das al olvido
 El suceso de Ismael:
 Y no me culpes á mí
 Con lo que, si culpa fuera,
 De los dos la culpa era,
 Y en mayor parte de tí.

DOÑA LAMBRA.

¡Bien, Alvaro!... no diré
 Que pierdas nada conmigo...
 Mas Elvira...

ALVAR SANCHEZ.

Yo te digo
 Que á oirlo no volveré.
 Adios.

DOÑA LAMBRA.

¿Adonde, imprudente?...
 Pero... escucha... (Sonido de una corneta.)
 ¿No has oido?

ALVAR SANCHEZ.

Y ¡otra vez! (Suenan de nuevo.)

DOÑA LAMBRA.

Este sonido...

ALVAR SANCHEZ.

Calla, calla... viene gente...

Es tu esposo...

ESCENA IV.

LOS MISMOS. RUY VELAZQUEZ.

DOÑA LAMBRA

Don Rodrigo...

RUY VELAZQUEZ.

Vos... ¿y vos también aquí?

No importa.

DOÑA LAMBRA.

¿Escuchásteis?

RUY VELAZQUEZ.

Sí.

No temais: es un amigo.

*(Ruy Velazquez se dirige á una puerta pequeña, y la abre.
Entran dos Moros.)*

Entrad, entrad...

ESCENA V.

LOS DE LA ANTERIOR Y DOS MOROS.

MORO 1.^o

Por Alá,

Abriérais en fin, cristiano...

Pero...

(Se suspende al ver á Doña Lambra y á D. Alvaro.)

RUY VELAZQUEZ.

Mi esposa y mi hermano...

MORO 1.º

Azarosa noche está.

RUY VELAZQUEZ.

¿Algun peligro corristeis?

MORO 1.º

Encontramos un guerrero...

RUY VELAZQUEZ.

Y ¿os conoció?

MORO 1.º

No lo espero.

RUY VELAZQUEZ.

Y ¿sabrás donde vinisteis?

MORO 2.º

No hayais, cristiano, temor,
 Que en el bosque le dejamos...
 Pero pronto concluyamos,
 Que nos aguarda Almanzor.
 Siempre fiel á la hermandad
 Que un tiempo con vos juró...

RUY VELAZQUEZ.

Su lealtad conozco yo;
 Pero la seña me dad.

MORO 2.º

Esta vuestra carta es.

(Mostrando una carta sin entregarla.)

RUY VELAZQUEZ.

Mis intentos ya sabeis.
 Bien: ¿el puerto conoceis
 De la ermita del Leonés?

MORO 1.º

Le conozco.

RUY VELAZQUEZ.

Por allí,
Al romper mañana el día,
Un fuerte escuadron envia
El Conde.

MORO 2.º

¿Por allí?

RUY VELAZQUEZ.

Sí.
Doscientas lanzas serán,
Buena gente y de valor.

MORO 2.º

Lo diremos á Almanzor.

RUY VELAZQUEZ.

Cuidado que lidiarán;
Que no es gente que la espada
Depongan amedrantados.

MORO 1.º

¿Decís doscientos soldados?..

Descuidad, no temais nada.
Y con ellos?

RUY VELAZQUEZ.

Lo que quiera.
Uno solo... el que los manda...
Llevará una roja banda...
Ese es forzoso que muera.

MORO 1.º

Morirá.

RUY VELAZQUEZ.

Con los demás...
Lo que quiera... Pueden ir
Allá á Córdoba á servir...
Mas que no vuelvan jamás.

MORO 1.º

Sabeis que es segura y fuerte
La Calahorra.

RUY VELAZQUEZ.

Lo sé.

MORO 1.º

Y que el que en ella se vé,
Está en ella hasta la muerte.

RUY VELAZQUEZ.

Lo sé.

MORO 2.º

¿Que decir teneis
Algo más para Almanzor?

RUY VELAZQUEZ.

Nada... que hoy en su valor
Librar mi esperanza veis.
Que recuerde la alianza,
Que jóvenes contrajimos
Cuando en Córdoba nos vimos,
Y que cumpla mi venganza.

MORO 1.º

Firme su palabra es,
Y prueba de ello os ha dado:
Aun vive en prision...

RUY VELAZQUEZ.

(Interrumpiéndole.)

Cuidado

Con la ermita del Leonés.

MORO 1.º

Descuidad, no olvidaremos...

RUY VELAZQUEZ.

Al amanecer será.

MORO 1.º

Ya entónces allí estará...

MORO 2.º

Del éxito os respondemos.

(Vánse los moros por la misma puerta.)

ESCENA VI.

LOS DE LA ANTERIOR MENOS LOS MOROS.

RUY VELAQUEZ.

Veremos si escapa ahora
 Por su cota de buen temple. —
 Cuando busqueis un pagano, (*Á don Alvaro.*)
 Así buscarlos conviene.

ALVAR SANCHEZ.

Mas... perdonad, don Rodrigo...
 Entregarlos de esa suerte...

RUY VELAZQUEZ.

Compasion me da escucharos.
 ¿Es acaso más aleve
 Hacer que lidiando muera,
 Que el hacer que muera inerme?
 ¿No consentisteis... vos mismo
 ¿No armásteis la mano débil,
 Del que en su castillo entrara
 Tan sólo á ser su juguete?
 Don Alvaro, ó no vengarse,

O hacerlo como se puede :
 O lidiar cual caballero ,
 O cerrar los ojos siempre . . .
 Porque dudar como vos ,
 Ser cobarde y ser valiente ,
 Ser traidor y ser leal ,
 Necio empeño me parece .

ALVAR SANCHEZ .

Cosas teneis, don Rodrigo . . .

RUY VELAZQUEZ .

Porque mi espresion es fuerte ,
 Y porque llamo á los hechos
 Así cual llamarse deben ? . . .
 Descuidad . . . estamos solos ,
 En donde nadie nos vende .

ALVAR SANCHEZ .

Pase por Gonzalo, en fin . . .
 Mas los doscientos ginetes ,
 Mas la suerte de Castilla ,
 ¿ Os es quizá indiferente ?
 Y así venderla á Almanzor . . .

RUY VELAZQUEZ .

No, que injusto cargo es ese .

Yo puedo por mi venganza
 Mi propia sangre venderle ;
 Mas la patria , mas Castilla
 En mí su columna tiene ,
 Y segura está del Moro ,
 Pues mi espada la defiende.

ALVAR SANCHEZ.

¿Y su tropa ?

RUY VELAZQUEZ.

Rendiránse ,
 Cuando cercados se vieren.
 Si muere alguno , los cielos
 El Obispo les promete... —
 Y , en fin , de vuestra memoria
 Que se ha borrado parece
 Ese reto que Gonzalo
 Os ha clavado en la frente.
 ¿Olvidais que ante Castilla
 Os ha acusado hoy de aleve ?
 ¿Olvidais que si mañana
 No va á su encuentro la muerte ,
 Al nacer el otro día
 Os aguarda en el palenque ?

DOÑA LAMBRA.

¡ Alvaro !

RUY VELAZQUEZ.

Y ¿estais seguro
De enfilar tan bien su almete,
Que al bote de vuestra lanza
Postrado por tierra quede?

ALVAR SANCHEZ.

Lidiaremos: la victoria
Despues será del que fuere.

RUY VELAZQUEZ.

¡Y así exponer mi venganza
Al azar de vuestra suerte!...
No, no... Lidiad esta noche
Entre tanto que amanece:
¡Bien! si triunfais; mas si no,
El Moro le aguarda siempre.

ALVAR SANCHEZ.

¡Don Rodrigo!

RUY VELAZQUEZ.

Calla, calla...

¡ Música en estas paredes !

(Fuera del jardín UNA VOZ ha principado á cantar las siguientes coplas.)

«Ufano marcha el guerrero
Al encuentro de Almanzor,
Llevando al lado su acero
Y el alma llena de amor.

—

»No temas, noble doncella,
Los peligros de la lid :
Tu nombre será la estrella
Que sostenga al adalid.»

RUY VELAZQUEZ.

Callad... ¿ no escuchais pisadas,
Que por esa parte vienen ?

DOÑA LAMBRA.

Sí... verdad...

RUI VELZAQUEZ.

Hácia este lado...



Observemos lo que fuere.

(*Retíranse hácia un lado, y se ocultan entre los árboles.*)

LA VOZ *continúa.*)

«Contéplale cual combate

Al resplandor de tu luz :

Cuántos paganos abate :

Como defiende la Cruz.»

ESCENA VII.

Durante esta copla salen ELVIRA y GARCIA observando.—

Después GONZALO.

ELVIRA.

Él es... no hay duda, García...

¿Para qué tanto cantar?

Le pudieran escuchar,

Y todo se perdería.

LA VOZ.

«Ufano vuelve el guerrero

Del encuentro de Almanzor,

Trayendo al lado su acero

Y el alma llena de amor.»

ELVIRA.

¡Aun más!... Ábrele al momento...

(El Paje abre la puerta y entra Gonzalo.)

GARCIA.

Entrad y callad, por Dios,
Don Gonzalo... no hagais vos...

GONZALO.

Y mi Elvira?

GARCIA.

Aquí.

GONZALO.

¡O contento!

ELVIRA.

¡Imprudente!

*(El Paje se retira á observar por otro lado que donde
están los escondidos)*

GONZALO.

No hay temor:
Tu padre en el campo está...

ELVIRA.

No, Gonzalo... poco há
Vino para mi dolor.

GONZALO.

¿Que ha venido, dices?

ELVIRA.

Sí.

GONZALO.

Extraño que haya podido...

ELVIRA.

Tambien Alvaro ha venido.

GONZALO.

¿Tambien Alvaro está aquí?
Si pudieran sospechar!...

ELVIRA.

¡ Oh ! vete... ¡ qué mal he hecho
En llamarte..!

GONZALO.

Calma el pecho...
Déjame un poco observar...

*(Gonzalo se dirige por todas partes y observa con
precaucion)*

Todo en silencio se mira,
Envuelto en oscuro manto...
¿ Qué temes ? lanza ese espanto...

ELVIRA.

¡ Mi Gonzalo !

GONZALO.

¡ Amada Elvira !
Ven... siéntate... un solo instante
Al lado del que te adora... *(Se sientan)*
Que esa luz que el cielo llora
Ilumine tu semblante...

ELVIRA.

Gonzalo... vas á partir...
 Á las lides , á la muerte...
 Yo tambien... ¡ amarga suerte !...
 Tambien me quedo á morir !...

GONZALO.

No , mi Elvira : la victoria
 Su corona me prepara ,
 Que es mi corazon de Lara ,
 Y tu nombre es mi memoria.
 Voy donde llama el honor
 Á los buenos de Castilla ;
 El faltar fuera mancilla ,
 Indigna de mi valor.
 Voy donde un padre tambien...
 Tú lo sabes , amor mio...
 Él pide auxilio á mi brio ;
 ¿ Le oyera yo con desden ?
 Voy á lidiar , sí , á lidiar...
 Pero no tengas recelo ,
 Que es mi causa la del cielo ,
 Y el cielo la hará triunfar.
 El honor , la prez , la gloria ,
 Todo en las lides se gana...
 ¿ Quién sabe ?... Tal vez mañana
 Me corone la victoria.

ELVIRA.

¡Mañana! ¿tan pronto?

GONZALO.

Sí:

Mañana partir debemos,
Y á Almanzor encontraremos,
Pues muy cerca está de aquí.
Mas tú...

ELVIRA.

¡ Y mañana quizá ,
Mientras vierto amargo lloro ,
La dura lanza del Moro
Su pecho desgarrará !
¡ Y cuando tienda su velo
Noche transparente y pura ,
Y esa antorcha de dulzura
Vuelva á iluminar el cielo ;
La que tanto y tanto amor
Ora iluminando está...
Quizá tan sólo hallará
Muerte y eterno dolor !

GONZALO.

¡ Por Dios , Elvira !...

ELVIRA.

No: deja ,

Deja desahogar mi llanto :
 Deja que hasta el cielo santo
 Libre se eleve mi queja... —
 Pero escucha... Yo lo juro (Se levanta.)
 Á su presencia sagrada ,
 Bajo la esfera estrellada,
 De su gloria templo puro...
 Si en esa lid ominosa ,
 Donde te lleva el honor ,
 Sucumbir debe el valor
 Que de tu pecho rebosa :
 Si está escrito que tu vida
 Se corte verde y lozana ,
 Como flor de la mañana
 Por duro granizo herida :
 Si como tu padre , en fin ,
 Al son de roncadas cadenas ,
 Debes arrastrar tus penas ,
 Allá en remoto confin...

GONZALO.

¡ Elvira !

ELVIRA.

Yo te lo juro

Por Dios y su nombre santo ,
Cubierta la faz del llanto ,
Que en vano calmar procuro...
Tú sólo fuiste mi amor ,
Y mi esposo sólo fueras ;
Y que vivas ó que mueras ,
Serás del alma señor.
Jamás mi mano á otra mano
Enlazada se verá ;
Ni sobre mí brillará
Fútil adorno y liviano.
No. Del mundo retirada ,
Ser enterrado y viviente ,
Ceñiré mi humilde frente
Con la toca consagrada.
Y en la oscuridad, allí,
Bajo el empapado velo ,
Serán mis votos al cielo
Por unirme pronto á tí.

GONZALO.

No más : no más , por piedad !
¿ Quieres , Elvira , matarme ?
Déjame á tus pies postrarme...

ESCENA VIII.

Los MISMOS. GARCIA que entra apresurado.

GARCIA.

Pronto, al instante, marchad.
No os detengais un momento...

ELVIRA.

¡ Vienen?... ¿ quién viene, García?

GARCIA.

No sé... mas hay, á fé mia,
Un extraño movimiento...

ELVIRA.

¡ Vete... sí, vete!...

GONZALO.

Mas hora

Dejarte...

ELVIRA.

No temas nada...
¡Sálvate tú!

GONZALO.

Traigo espada...

ELVIRA.

Te lo pide quien te adora.

GONZALO.

Mas tu peligro...

ELVIRA.

No, no...
No es ninguno si te vas...
Y me pierdes si te estás...

GONZALO.

¡Ah!... que no te pierda yo!...

Adios...

GARCIA.

Salid...

(Garcia abre y se va Gonzalo.)

ELVIRA.

Ya se fué!...

Y para siempre... ¡infelice!

Oigo una voz que me dice

Que en mi vida le veré.

GARCIA.

¡Vamos!

ELVIRA.

Llora, corazón:

Llora, que á la muerte corre...

¡Ay Dios! ¡mi padre!

RUY VELAZQUEZ. *(Señalando á Garcia)*

Á la Torre...

Al Convento de Sion!... *(Señalando á Elvira.)**(Durante la anterior escena, en la que Ruy Velazquez, su mujer*

y el hermano de esta permanecian encubiertos, se ha visto hablar en secreto á D. Rodrigo con Alvar Sanchez, y partir este en seguida.—En el momento en que Elvira y Garcia van á retirarse, aparece el D. Alvaro seguido de Pajes y criados con luces, y se presenta tambien Ruy Velazquez, quien manda conducir á Garcia á la Torre, y á Elvira al Convento.

ESCENA PRIMERA

ACTO QUINTO.

En las faldas del Moncayo, confines de Castilla y Aragon.

ESCENA PRIMERA.

La falda de una sierra, que se eleva en el fondo. Un vivac. Se ven centinelas avanzadas, alguna hoguera, y soldados castellanos sentados ó durmiendo en derredor. Hacia el proscenio cuatro de ellos conversando.—Es de noche todavía.

1.

¿Con que no aprueba la entrada?

2.

Ya se ve que no la apruebo;

Y sabe Dios, Pero Nuñez,
Si á contarla volveremos.

1.

Y ¿cuál razon, si le place?...

2.

Dios me entiende, y yo me entiendo.

1.

No, maese Sancho: entre amigos
No debe haber tal secreto.
Todos vamos á lidiar,
Y de todos es el riesgo...
Diga, diga.

2.

Si no es nada...

1.

¿Cómo nada?... No lo creo:
No es vuesarced un poltron,
Que de rada tenga miedo.

2.

De modo que...

3.

Apostaría

¿ que hay bruja de por medio.

2.

Pues mire...

3.

Si yo lo digo...

¡ Bruja ! ¡ bruja !

1.

Haya silencio ,

Alfonso ; tenga razon ,

Y el campo no alborotemos.

3.

¡ Las brujas de maese Sancho !

Vaya... cuéntenos su cuento...

2.

Al diablo vaya el burlon,
El charlatan...

1.

Pues yo tengo
Para mí, que de esta entrada
Poderosos nos volvemos.

3.

¿Hablas tú también con brujas?

1.

¿Con brujas yo?... Vade retrò...
¿Tengo, por ventura, cara
De quemarme en el infierno?—
Lo he soñado... cinco noches!...

4.

Pues entónces, no hay remedio.

3.

Gracias á Dios que despliega
Sus labios... ¿era ya tiempo?

4.

¿Qué sirve tanto charlar?
 ¿Quereis más bien que juguemos
 El botin?

2.

Cuando se gane;
 Mientras no...

1.

Si no... ¡Laus Deo!
 ¿Qué se pierde?

3.

Dice bien.
 Yo, por mí, no me contento
 Con cinco esclavos.

1.

Ni yo.

3.

Pero ¿cómo jugaremos
 Si aun no se ve?

4.

Aquella lumbre...

3.

Sí, sí...

1.

El capitán... ¡ silencio !

ESCENA II.

Los cuatro soldados se acomodan á jugar junto á una hoguera.—

Entran GONZALO y NUÑO.

GONZALO.

¡ Cómo tarda , Nuño , el día !

NUÑO.

Él vendrá , no le anheleis...

Que quizá no le vereis

Morir con tanta alegría.

GONZALO.

¿Aun insistes en temer
Del éxito de esta entrada?
¿Aun piensas que la jornada
Aciaga se ha de volver?

NUÑO.

Lo pienso.

GONZALO.

¡Raro temor!
Tú, que en tu vida temblaste,
Que tantas veces hollaste
Al pagano y su furor:
Tú, que aun ayer esperabas
Prez y gloria en la pelea,
Y la destructora tea
En tu mano preparabas...
De pronto cambia tu frente,
Y fallece tu valor,
Y una nube de pavor
Vela tu mirada ardiente...
¡Nuño! ¡Nuño!...

NUÑO.

Perdonad
Si de esa suerte os he hablado...

¿Pensais que ignore un soldado
Morir con serenidad?
Mil veces en torno mio
Blandir el hierro miré:
Como entónces lo veré,
Que aun tiene mi pecho brio.
Yo... ¿qué he de temer por mí,
Débil y caduco anciano,
Cuando es ya inútil mi mano,
Y mi destino cumplí?
Cuando, sirviendo á Castilla,
Llevé sus armas do quiera,
¡Que importará en fin que muera,
Pues que muero sin mancilla?
Más bella, más digna muerte
La de los bravos será;
Y, por Dios, no faltará
Quien tenga envidia á mi suerte...
Si temo, si ese pavor
En mi frente se declara,
Por vos, Gonzalo de Lara,
Por vos solo es mi dolor.
Por vos y vuestros hermanos,
Estrellas de lumbre pura,
Que en un mar de desventura
Van á extinguir los paganos.
Por vos, que apénas nacísteis,
Que apénas brillado habeis,
Que tanta esperanza veis,
Y así á la muerte corrísteis...

GONZALO.

Pero Nuño...

NUÑO.

Extrañais vos

Que os hable , Gonzalo , así :

Tal vez os burlais de mí...

GONZALO.

Yo no me burlo , por Dios.

Empero...

(*Va amaneciendo poco á poco.*)

NUÑO.

Escuchadme. — Un día ,

Mas há de cuarenta años ,

Por las orillas del Duero

Ibamos veinte cristianos.

Al Moro de la frontera

Ya incendiáramos los campos ,

Y sus hembras y sus hijos

Cogiéramos por esclavos.

Ganadas ricas preseas ,

Y hácia la patria tornando ,

Á las haldas de ese puerto ,
De la otra parte, llegamos.
Entre sus peñas entónces
Se elevaba un santuario,
Pobre de joyas mundanas ,
Pero rico de milagros.
Albergábase en sus muros
Un penitente ermitaño ,
Que , extranjero en este clima ,
El Leonés era llamado :
Y tal fuera su virtud ,
Y sus méritos tan altos ,
Que hasta los moros de allende
Le respetaban por santo. —
Caminábamos rendidos ;
Y la noche amenazando ,
En busca de algun reposo
Á la ermita enderezamos...
¿Qué os diré? Jóvenes todos ,
De sangre y vino cargados ,
Con insolencia procaz
Manchamos el santuario.
Y en vano intentó el Leonés
Nuestros hechos afearnos ,
Que aun hubo algun atrevido
Que sobre él alzó la mano :
Bien que conmovido entónces
Contuve yo al temerario ,
Y en agitada disputa
Nuestros aceros brillaron...

3.

(Vuelvo á ganar.

4.

Vive Dios ,

Que no me deja un cornado...

¡ Haya suerte !)

NUÑO.

¿ No escuchásteis ?

GONZALO.

Proseguid... son los soldados.

NUÑO.

En fin , con eco de trueno ,

Y los ojos hechos rayos ,

La voz del Leonés sonó ,

Desgracias vaticinando.

« Que al nacer el otro dia ,

Víctimas de los paganos ,

Aguardábanos la muerte

En el puerto que miramos :

Y yo solo exento de ella ,

Arrastrando largos años
 De infortunio , al fin vendria
 Á encontrarla en sus peñascos. » —
 Tal dijo , y fué... Sorprendidos,
 Como valientes lidiamos ;
 Mas poco puede el valor
 Cuando bullen los contrarios.
 Todos murieron ; yo solo
 Herido quedé en el campo :
 Y desde entónces mi vida...
 Vos la conocéis , Gonzalo. —
 Pues bien... Esta misma noche
 Ví otra vez al ermitaño ,
 Y sus palabras de muerte
 Otra vez las he escuchado.
 Á recordarme ha venido
 Que ya se cumplió mi plazo ,
 Y que la espada pendiente
 Se derriba resonando.
 Mas ¡ ay ! que tambien con vos,
 Tambien con vuestros hermanos ,
 Hablaba al par que conmigo :
 Y sus ojos inflamados,
 Y su voz, y su ademan
 Á todos nos señalaron ;
 Y su lúgubre sentencia
 Contra todos ha lanzado.

GONZALO.

¡ Fatal historia , en verdad ,

Es, Nuño, la que refieres :
 Pues sé que valiente eres,
 Y conozco tu piedad!
 Mas tal vez tu fantasía
 Esas ilusiones crea,
 Recordándote la idea
 De este sitio y de otro día.
 Tal vez...

NUÑO.

No: yo lo creí,
 Al verle la vez primera;
 Mas por segunda y tercera
 Seguidamente le ví...
 Del cielo, no hay que dudarlo,
 Es un anuncio.

GONZALO.

Si es tal,
 Todo partido es igual,
 Y lo mejor olvidarlo.
 Prepararnos á lidiar
 Por la muerte ó la victoria,
 Que en lidiar está la gloria,
 Si la fortuna en triunfar.
 Cumplamos nuestro deber,
 Como el Conde nos mandó:
 Cuando el deber se cumplió,
 No es ignominia el caer.

ESCENA III.

LOS DE LA ANTERIOR.—RAMIRO.

(Ha empezado á amanecer.)

RAMIRO.

¿De este modo todavía,
Gonzalo?... Llegó la hora
De marchar... ¿no ves la aurora?
Va á lucir un bello día.
Ya Enrique, y Alfonso, y Suero;
Todos, preguntan por tí:
Y tú ¡vive Dios! aquí,
Sin desnudar el acero...
¿No marchamos?

GONZALO.

Sí, marchemos.

RAMIRO.

Nuño, Nuño, ¡qué placer!
Al Moro vamos á ver:

Hoy quien es fuerte veremos. —

No : mañana , por mi vida ,

Niño no me han de decir ;

Que verán mi brazo herir ,

Y mi lanza enrojecida . . .

¡ Oh ! ¡ si mi madre me viera ! . . .

No . . . Temblara de pavor . . .

Luego , luego , vencedor

Me abrazará cuanto quiera. —

¿ Sigue , don Nuño , el callar

Con ese rostro anublado ? . . .

Por Dios , que estais ya cansado . . .

Venid . . . vamos á formar .

(Las trompetas tocan á formar , y todos lo verifican. — Gonzalo sólo en el proscenio.)

GONZALO .

¡ Si fuera ! . . . mi madre . . . Elvira . . .

Y morir . . . ¡ morir ahora !

¡ Perder la vida en su aurora ,

De un signo infausto á la ira ! . . .

¡ Imposible ! . . . es ilusion ,

Que ofusca su pensamiento :

Es un recuerdo sangriento ,

Y él lo juzga una vision .

Obra fué de su memoria ,

Por esta sierra que vemos . . .

RAMIRO.

Y bien, Gonzalo...

GONZALO.

Marchemos...

Soldados... ¡ á la victoria !

(Pónense en marcha al son de las trompetas, y suben el puerto.

Sale el sol.—Gonzalo, señalando á lo léjos, dice):

Mirad... del Duero la orilla...

Triunfo y gloria allí os esperan...

(De repente se coronan de moros todas las cimas, gritando.)

LOS MOROS.

¡ Mueran !

LOS CRISTIANOS.

¡ Traicion !]

GONZALO.

¡ Firmes !

LOS MOROS.

¡ Mueran !

GONZALO.

¡ Santiago !... ¡ viva Castilla !

ESCENA IV.

Otra decoracion : recinto estrecho y montuoso en medio de la sierra.—Sale ALVAR SANCHEZ, escuchando.

ALVAR SANCHEZ.

Tarde ¡ vive Dios ! llegué...

Se oye el rumor de las armas,

Y el eco de los gemidos

Que se pierde en la montaña...

Van á morir ; y mi nombre

Cubierto queda de infamia :

Que aunque el mundo no lo sepa,

Lo sé yo, y eso me basta.

Fuí débil ; dejé vencerme

De Rodrigo á las palabras...

¡ Maldicion ! ¡ Oh ! nunca, nunca

Sus acentos escuchara !

Mi sangre toda daría
 Por lavarme de esta mancha...
 Vienen... es él... mas su hermano...
 ¡Respetemos su desgracia!

ESCENA V.

ALVAR SANCHEZ que se retira á un lado.—Salen GONZALO
 y RAMIRO: este herido, y apoyándose en su hermano.

RAMIRO.

No, Gonzalo... dejamé...

GONZALO.

Pronto salimos al llano.

RAMIRO.

Te pierdes...

GONZALO. (Animándole)

¡Querido hermano!

RAMIRO.

Y no me salvas á fé.

GONZALO.

Anímate...

RAMIRO.

No... imposible...

La siento... mira... la muerte...

Pero tú... dichosa suerte

Aun te deja...

GONZALO.

¡Oh! que es horrible! —

Por nuestra madre, Ramiro,

Ten valor...

RAMIRO.

¡Valor! ¡valor!

Lo tuviera por su amor...

Pero ¡si apenas respiro!

¡Madre!... Gonzalo... por ella...

De rodillas te lo pido...

Tú solo no estás herido...

De salvacion es tu estrella...

Consérvate por su amor:

Que á todos no pierda un dia:

Que esa espada cruda, impía,

No la mate de dolor...—

Mira... la hablarás de mí...

De que cual hombre lidié...

Que mi puesto conservé,

Y digno de ella caí...

GONZALO.

Pierdes tu fuerza en hablar,

Cuando salvarte pudieras.

RAMIRO.

¡Imposible!... ¡si sintieras...

GONZALO.

Probemos.

RAMIRO.

¡Vano intentar!

(*Prueban á seguir, y Ramiro no puede.*)

¿Lo ves?... ¿Y lloras?... No, no...

Sálvate, Gonzalo mio...
 Guarda á la patria tu brio...
 Que perezca sólo yo...
 Ya cayeron los demás.
 Sálvate para vengarnos...
 Es forzoso separarnos...

GONZALO.

Ramiro!

RAMIRO.

Sí... ¿no te vas?

GONZALO.

¡Y dejarte así!

RAMIRO.

Por Dios

Que la prodigues consuelos...
 ¡Ay! yo pediré á los cielos
 Que velen sobre los dos...
 Mira... mira... ¿ves helada
 Mi frente? ¿helada mi mano?
 ¿Lo sientes?

GONZALO.

¡Querido hermano!

RAMIRO.

Madre... ¡madre idolatrada!
 Adios... madre... adios... yo muero...
 Gonzalo... madre... (Muere.)

GONZALO.

¡Espiró!

Todos... todos... ¡solo yo!...
 Yo no he encontrado un acero...—
 ¡Execrable, horrendo día
 De llanto y de luto eterno,
 Que lanzaron del infierno
 La traicion y la falsía!...
 ¡Qué horror! La sangre más pura
 En estos campos se vierte;
 Campos hora de la muerte,
 Para siempre de amargura...
 ¡Solo yo!... Todos cayeron...
 Mis amigos, mis hermanos,
 Mis doscientos castellanos...
 Todos ¡ó rabia! murieron!...
 ¿Por qué el cielo me salvó
 Con su compasion impía?
 También con ellos debía
 Bajar á la tumba yo.
 Sin gloria, sin esperanza,
 Sin honor... honor me queda!

¡ Así el cielo me conceda
No perecer sin venganza !

ALVAR SANCHEZ. (Saliendo.)

¡ Gonzalo !

GONZALO.

¡ Vos !... ¡ vos aquí !
Oh, qué luz !... Vos habeis sido
Quien al pagano ha vendido...

ALVAR SANCHEZ.

¡ Yo !... no.

GONZALO.

Lo habeis sido, sí.
Por vengaros ¡ vive Dios !
En nuestra especial querella...

ALVAR SANCHEZ.

¡ Gonzalo !

GONZALO.

Sí... cuando ella

Era sólo de los dos.
 Por vengaros de seguro,
 Infame y vil caballero,
 Temeroso de mi acero...

ALVAR SANCHEZ.

No, Gonzalo : yo os lo juro.

GONZALO.

Callad, y no blasfemeis
 Con juramento falaz :
 Sé de lo que sois capaz ;
 Sé lo que pagado habeis...
 ¿No mandásteis al pagano
 Que en mí su puñal quebró ?
 ¡ Oh ! que hubiese muerto yo
 Al impulso de su mano !
 Y yo tan solo muriera ;
 Y Castilla no llorara :
 Y el nombre ilustre de Lara
 Para siempre no se hundiera !...
 Todo lo hollaste, traidor,
 Sin fé, sin patria, sin ley :
 Tu religion y tu rey
 Has vendido á tu furor...
 ¿ No temblaste al conocer
 Que entregabas á Castilla ?
 ¿ No sentiste la mancilla

Que iba en tu frente á caer ?
 ¿No viste alzarse tronando
 Á los fuertes que has vendido ,
 Y tu nombre maldecido
 Ir por el orbe llevando ?
 ¿Y aun vienes aquí á insultar
 Su triste y aciaga suerte :
 Á gozarte con su muerte :
 Tal vez su sangre á cobrar ?...

ALVAR SANCHEZ.

Mentís, el de Lara, sí :
 Yo no vende ¡ vive Dios !
 Vengo a buscaros á vos ,
 Para mataros aquí.
 Yo soy noble, y soy cristiano ,
 Y soy fiel , y caballero ,
 Y tengo al lado un acero ,
 Y tengo vida en la mano.
 Supe el criminal intento...

GONZALO.

Confieras que lo supiste ,
 Y al Conde no lo dijiste ?
 Y no volaste al momento ?...
 Y has dejado perecer
 La flor de Castilla así ?...
 Mas tiembla , tiembla por tí ,

Que has venido á mi poder.
 Y no es querella de amor
 La nuestra ya, ni de celos;
 Yo te denuncio á los cielos
 Por infame y por traidor.

ALVAR SANCHEZ.

Que mientes de nuevo digo,
 Y el cielo nos juzgará...

GONZALO.

Y el cielo decreta ya
 Mi venganza y tu castigo.
 Defiéndete...

(Gonzalo acomete á Alvar Sanchez, y lidian un momento.)

Este cae.)

ALVAR SANCHEZ.

¡Oh Dios!... caí....

GONZALO.

Sí... muerte, y mi maldicion,
 Y la eterna execracion
 Que irá siempre sobre tí...

ALVAR SANCHEZ.

Fuí débil... ya estás vengado...

El cielo es justo conmigo...

Mas guárdate de Rodrigo...

Guárdate... si... (Muere.)

GONZALO.

¡ Ya ha finado ! —

¡ Oh ! ¡ qué de horrores, gran Dios !

¡ Dura y ominosa suerte !

La muerte... ¡ siempre la muerte !

¿ Me guardábais esto vos ?...

Partamos...

ESCENA VI.

Al partir Gonzalo se escucha el sonido de trompetas, y aparecen los MOROS sobre los peñascos, como al final de la escena anterior.

GONZALO.

... ¡ Cielos !... do quiera

De moros cercado estoy...

Si debo en fin morir hoy...

¡ Elvira ! ¡ madre !

MOROS.

(Dentro y sobre los peñascos.)

¡Que muera!

GONZALO.

Todo es inútil... Mi acero

Contrastarlos no podrá...

¿Para qué le quiero ya?

En fin, con venganza muero...

Mi Elvira me lo ciñó

Llena de esperanza un día...

Y ¿en poder de ellos caeria?

No : que muera como yo.

(Quiebra la espada y arroja los pedazos.)

Muramos... ¿Qué les espera...

¡Desgraciadas!...

LOS MOROS.

(Dentro.)

Por aquí...

GONZALO. *(Arrodillado.)*

¡Cielos! ¡piedad!... no por mí...

¡Piedad por ellas!!!

LOS MOROS.

¡Que muera!

(Con este grito salen los Moros por todas partes, corriendo
hacia Gonzalo.—Cae el telon.)

EPILOGO.

La escena es en Búrgos.

La iglesia de un convento de Monjas, adornada con colgaduras y trofeos. En medio un túmulo cubierto con insignias militares y festones de flores y laurel.—Un numeroso concurso, que se agrupa por todas partes; y en el centro EL CONDE, RUY VELAZQUEZ, DOÑA LAMBRA, Caballeros y Damas, llevando coronas de siemprevivas y laurel en las manos. Detrás de una reja se ve la Comunidad, entre la cual se encuentran ELVIRA y SANCHA.—EL CONDE, subiendo la escalinata del sepulcro, dice:

Así corona Castilla

De sus hijos el valor :

Así proclama el honor

Del que murió sin mancilla.

Al aciago, acerbo luto,

Que ya prestara á su suerte,
 Al triste lloro de muerte,
 Suceda mejor tributo.
 Su bella tumba adornemos
 Con el glorioso laurel,
 Y la rosa y el clavel
 Sobre su frente reguemos.
 Fueron como puro día
 En el imperio español:
 Brillaron cual igneo sol
 Tras de tormenta sombría.
 La traicion y la maldad
 En su oriente los hirieron;
 Mas fué la tumba que abrieron
 Trono de inmortalidad.
 Y su nombre y su memoria
 Mostrarán, radiante ejemplo,
 La gloria, en su alzado templo,
 En sus páginas la historia.
 Que así corona Castilla
 De sus hijos el valor,
 Y así proclama el honor
 Del que murió sin mancilla. —
 ¡ Paz y descanso al valiente !

Diciendo este verso coloca el Conde sobre la tumba la corona de laurel que tiene en la mano; y enseguida dice á Ruy Velazquez, que está el primero á su derecha):

A vos...

DOÑA LAMBRA.

(Ánimo, te digo!
¡Serenidad!...)

UNA VOZ.

¡Don Rodrigo!

(Esta voz se oye de lo interior del templo. Don Rodrigo vacila un instante; pero hace un esfuerzo, y llega al pié del túmulo.)

RUY VELAZQUEZ.

¡Paz y descanso...

MUDARRA.

(Apareciendo é interrumpiéndole. Viene armado y cubierto.)

¡Detente!

RUY VELAZQUEZ.—DOÑA LAMBRA.—ELVIRA.

¡Cielos!

MUDARRA.

Perdonad, señor,
Que interrumpa el rito santo,
Y que al acento de llanto
Mezcle acentos de furor.

Como ninguno mi lloro
 Se debiera derramar :
 Más debo yo deplorar
 Esas víctimas del Moro ;
 Más que ninguno verter
 Sobre su frente gloriosa
 Debiera laurel y rosa ;
 Más incienso debo arder !...
 Pero es injusto gemir
 Con apacible bonanza ,
 Cuando reclaman venganza ,
 Y alguno debe morir .
 Tal es la ofrenda mas pura ,
 Que á su memoria debemos :
 Las lágrimas enjuguemos ;
 Venguemos su desventura .
 Por eso vine , señor ,
 Á denunciárosle aquí...
 ¿ Le veis !... yo le acuso , sí ,
 De asesino y de traidor .

RUY VELAZQUEZ.

¡ Yo !

EL CONDE.

¡ Don Rodrigo !

MUDARRA.

A Castilla ,

A vuestra sangre lo fuiste :
 Al Moro se la vendiste ,
 Con infamia , con mancilla...
 Mas si entónces ocultaron
 Las tinieblas tu traicion ,
 El cielo y su compasion
 Al cabo la revelaron...
 Y tiembla : sobre tu frente
 El trueno ruiendo está ,
 Y el rayo se enciende ya ,
 Vengador, omnipotente...

RUY VELAZQUEZ.

Conde invicto don García .
 Caballeros que me honrais,
 Que tal calumnia escuchais...
 ¡ Esperarla yo debía ?
 Cuando gime el corazon ,
 Cubierto de llanto y luto ,
 En pago de ese tributo
 Se me acusa de traicion .
 De traicion... y ¿ contra quién ?
 Contra la sangre más cara ,
 Contra la sangre de Lara...
 Lara es mi nombre tambien !...
 De traicion... y ¿ quién me acusa ?
 Tal vez un desconocido ,
 Un hombre sin apellido...

¿Por qué mostrarse rehusa?
 Y ¿á quien?... á mí, á un caballero,
 Á un rico-hombre de Castilla,
 Que junto á la régia silla
 Tengo mi silla el primero...
 Á quien constante lidió
 Por su patria y por su rey;
 Al defensor de su ley;
 Al que esa sangre vengó... —
 Indigno, indigno de mí
 Fuera contestarle ya;
 Mas mi voz contestará
 Por él á todos aquí. —
 Mentís, el desconocido,
 Y miente quien os creyere;
 Y si tal alguno hubiere,
 Vil le llamo y mal nacido;
 Y si es noble y caballero,
 Y á alzar se atreve mi guante,
 Ahí está, que lo levante,
 Yo traigo al lado mi acero.

MUDARRA.

Yo le levanto, Rodrigo.

EL CONDE.

¿Le podeis vos levantar?

MUDARRA.

Puédole, señor, alzar,
Cual puedo darle castigo.

EL CONDE.

¿Caballero?

MUDARRA.

Como él...

Y mal he dicho, mejor:
Porque él es vil, y traidor,
Y yo soy valiente y fiel.
Y de aleve y asesino
Á acusarle vuelvo hoy...

EL CONDE.

Pero, en fin...

MUDARRA. (*Á D. Rodrigo.*)

¿Sabeis quién soy?

Un Lara... vuestro sobrino. (*Descúbrese.*)

RUY VELAZQUEZ.

¡Cielos!

DOÑA LAMBRA.

Su acento , su cara...
¡ Rodrigo !...

MUDARRA.

Miradlos ya:
Ved cómo su rostro está
Á la presencia de un Lara.

(Ruy Velazquez y Doña Lambra confusos y aterrados. Mudarra,
dirigiéndose al Conde , continúa.)

Años hace , señor. Aun vuestra frente
Esa régia corona no ceñía ,
Ni vuestra mano augusta , omnipotente,
Los destinos del pueblo dirigía.
Memoria empero guardará la mente
Del triste , infausto , deplorable día ,
En que del bravo y generoso Lara
El duro alarbe la cerviz hollara.

Era tiempo de paz : de ella fiado
Osó correr á la andaluza orilla
Por mostrar en su márgen apartado
La prez de los guerreros de Castilla.
Pero la tregua y el seguro hollado ,
Sus glorias empañando con mancilla ,
Á la voz de Almanzor injusto y fiero ,

Trocó por las cadenas el acero.

Sábelo el mundo ; mas el mundo ignora
 Que una traicion infame le vendiera :
 Su infausto signo condolido llora ,
 Cuando solo venganza le debiera.
 En vano , en vano el infeliz la implora
 Con su queja continúa , lastimera...
 ¿Cómo salvar su infortunada suerte
 Aquel lóbrego espacio de la muerte?

Hubo un alma doliente , cariñosa ,
 Que en la suya vertió dulce consuelo.
 Niéguese el mundo á apellidarla esposa ;
 Su esposa fué para el piadoso cielo.
 Prenda yo de su union... union dichosa !
 Pues que rasgando á la maldad el velo ,
 Á la traicion del bárbaro asesino
 Ruda venganza en mi valor previno.

Pero no su maldad el vil cumplia
 Con la prision aleve de un hermano :
 Más baldon en su frente apetecia ,
 Más sangre pura en que bañar su mano.
 La virtud , la inocencia , la valía ,
 La esperanza del pueblo castellano ,
 Todo lo vende... hasta su nombre mismo ,
 Ese monstruo lanzado del abismo.

—¿ Os admirais ? ¿ dudais ?... En vuestra frente
 Luce el horror que su traicion inspira :
 Porque bulle la sangre del valiente ,
 Si infame tal á su presencia mira...
 No lo dudeis empero... Allí patente ,

En él, en ella, en su impotente ira,
 En el terror del rostro demudado,
 Allí teneis su crimen retratado.

Por vengarse, señor, en sus querellas,
 Cobardes y malvados los vendieron.
 Sus cartas ved, y la traicion en ellas,
 Que en ellas estamparla no temieron:
 Padron eterno, perdurables huellas
 De la infanda maldad que cometieron,
 Del execrable y bárbaro delito
 Que en su frente de horror llevan escrito.

Yo, Mudarra, el de Córdoba, el de Lara,
 El hijo de la mora y del cristiano;
 Yo, su infamia y baldon lanzo á su cara,
 Y el hierro vengador vibro en mi mano.
 Del Dios que sirvo ante la augusta ara
 Ante vos, ante el pueblo castellano,
 Sobre esta santa, consagrada losa,
 Yo acuso á Ruy Velazquez, y á su esposa.

(*Cogiendo á Ruy Velazquez y llevándolo á la tumba.*)

Venid, venid aquí... Jurad conmigo,
 Si es tal de vuestra frente la insolencia...
 ¿Aún osaréis decirme, don Rodrigo,
 Que calumnia mi voz vuestra inocencia?
 ¿No temeis de los cielos el castigo?
 ¿No escuchais resonar vuestra sentencia?
 ¿No escuchais el acento de la tumba
 Que por sus senos cóncavos retumba?

RUY VELAZQUEZ Y DOÑA LAMBRA.

¡No más, no más, por Dios!

(Cayendo de rodillas.—ELVIRA, que ha estado en la mayor agitación, cae desmayada en brazos de sus compañeras que se la llevan.)

MUDARRA.

¿Lo veis? lo veis?

Pudo más que su audacia su delito...

EL PUEBLO.

¡Mueran! — ¡Que mueran!

MUDARRA.

Sí, morir debeis...

Muerte y condenacion... así está escrito!...

RUY VELAZQUEZ Y DOÑA LAMBRA.

¡Por piedad! — ¡Por piedad!

MUDARRA.

No la esperéis...

No la tuvisteis vos... ¡Morir, repito!

(Hierre á Ruy Velazquez. Luego se vuelve á Doña Lambra y dice):

Vos sois una mujer... Indigno fuera...

EL CONDE.

Llevad la infame, donde al punto muera.

(Los soldados se apoderan de Doña Lambra. Cae el telon.)

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

	<u>Páginas.</u>
Introduccion.....	v
I. Poesías líricas.....	3
Á la amnistía de 1832.....	5
Grecia.....	19
Á la Señora Doña A*** en la muerte de***.....	21
Caton.....	27
Catone (traduccion del anterior).....	29
Á D***, enviándola una rosa.....	31
Noche y Amor.....	37
Retrato.....	41
Á D***.....	43
Cádiz.....	49
Meditacion.....	51
Á la Señora Doña Tomasa Andrés de Breton.....	55
Á S. M. la Reina Gobernadora, por la libertad de Bilbao.....	57
Córdoba.....	65
Domine, ne in furore tus arguas me.....	67
Londres.....	71

	<u>Páginas.</u>
Á la Ciega de Manzanares.....	73
París.....	75
Al Señor Director de <i>El Belen</i> , Revista de Tribu- nales.....	77
Al pié de la Cruz.....	83
Á la Señora D*** en su álbum.....	85
II. Dramas.....	87
Alfredo.....	89
Los Infantes de Lara.....	227





